

GONZALEZ VERA

Necesidad de  
Compañía

N A S C I M E N T O

---

## "NECESIDAD DE COMPAÑÍA"

José Santos González Vera, honrado con el Premio Nacional de Literatura en 1950, publica **Necesidad de Compañía**, conjunto de relatos sobre las mujeres solas. ¿Hay algo más angustioso que la soledad, que la incomunicación entre ser y ser?

Las mujeres, por imperativo de su naturaleza, están obligadas a vivir íntimamente. Su necesidad de dialogar íntimamente, de comunicar sus emociones, de dar y recibir afectos es inmensa. Si pierde la compañía sufre en su equilibrio emocional, mental y moral.

El aumento veloz de los conglomerados humanos, el crecimiento

OBRAS DEL AUTOR

*Vidas Mínimas.* Novelas

*Albué.* Novela

*Cuando Era Muchacho.* Memorias

*Algunos.* Biografías

*La Copia y otros Originales.* Relatos

*Eutrapelia.* Ensayos

*Aprendiz de Hombre.* Selección

*Necesidad de Compañía.* Relatos

JONZAPES VERA

## NECESIDAD DE COMPAÑIA

NECESIDAD  
DE COMPAÑIA

© J. B. Gonzalez Vera  
Londres, Inglaterra

N A S C I M E N T O 1972

NECESIDAD DE COMPAÑIA

ALFONSO DEL TARRIO

© J. S. González Vera  
Derechos reservados

G O N Z A L E Z . V E R A

NECESIDAD  
DE COMPAÑIA

N A S C I M E N T O

# INDICE

*A Maria Marchant Riquelme.*

Introducción	11
Capítulo I. Conceptos	21
"    "    "    "	31
"    "    "    "	41
"    "    "    "	51
"    "    "    "	61
"    "    "    "	71
"    "    "    "	81
"    "    "    "	91
"    "    "    "	101
"    "    "    "	111
"    "    "    "	121
"    "    "    "	131
"    "    "    "	141
"    "    "    "	151
"    "    "    "	161
"    "    "    "	171
"    "    "    "	181
"    "    "    "	191
"    "    "    "	201
"    "    "    "	211
"    "    "    "	221
"    "    "    "	231
"    "    "    "	241
"    "    "    "	251
"    "    "    "	261
"    "    "    "	271
"    "    "    "	281
"    "    "    "	291
"    "    "    "	301
"    "    "    "	311
"    "    "    "	321
"    "    "    "	331
"    "    "    "	341
"    "    "    "	351
"    "    "    "	361
"    "    "    "	371
"    "    "    "	381
"    "    "    "	391
"    "    "    "	401
"    "    "    "	411
"    "    "    "	421
"    "    "    "	431
"    "    "    "	441
"    "    "    "	451
"    "    "    "	461
"    "    "    "	471
"    "    "    "	481
"    "    "    "	491
"    "    "    "	501
"    "    "    "	511
"    "    "    "	521
"    "    "    "	531
"    "    "    "	541
"    "    "    "	551
"    "    "    "	561
"    "    "    "	571
"    "    "    "	581
"    "    "    "	591
"    "    "    "	601
"    "    "    "	611
"    "    "    "	621
"    "    "    "	631
"    "    "    "	641
"    "    "    "	651
"    "    "    "	661
"    "    "    "	671
"    "    "    "	681
"    "    "    "	691
"    "    "    "	701
"    "    "    "	711
"    "    "    "	721
"    "    "    "	731
"    "    "    "	741
"    "    "    "	751
"    "    "    "	761
"    "    "    "	771
"    "    "    "	781
"    "    "    "	791
"    "    "    "	801
"    "    "    "	811
"    "    "    "	821
"    "    "    "	831
"    "    "    "	841
"    "    "    "	851
"    "    "    "	861
"    "    "    "	871
"    "    "    "	881
"    "    "    "	891
"    "    "    "	901
"    "    "    "	911
"    "    "    "	921
"    "    "    "	931
"    "    "    "	941
"    "    "    "	951
"    "    "    "	961
"    "    "    "	971
"    "    "    "	981
"    "    "    "	991
"    "    "    "	1001

# INDICE

LA SEÑORITA QUIJANO . . . . .	11
NECESIDAD DE COMPAÑÍA . . . . .	21
SABINA . . . . .	31
LA MADRE Y EL JUEZ . . . . .	43
LIBRO PÓSTUMO . . . . .	49
LA SIMULADORA . . . . .	73
EL AMANTE PRESUROSO . . . . .	81
LA LORERA . . . . .	91
CONVERSACIÓN PARALELA . . . . .	97
DESPUÉS DEL RAPTO . . . . .	123
LA HIJA DEL PROFESOR . . . . .	135
MAR Y CIELO . . . . .	147

## LA SEÑORITA QUIJANO

A Mariluz Huidobro y  
Valeria López Edwards.

**PRIMERO** la señorita Quijano se recibió de preceptora.

Un joven delgado, apuesto y soñador se la comía con los ojos. Ella no tardó en corresponderle visualmente. Su madre, severa y mandona, no habría aceptado recibir al soñador, ni menos que se vieran a diario, ni pasear, cogidos de la mano, por la alameda, alejándose de lo poblado. No confesó la señorita Quijano si la dureza materna era sólo verbal.

Por no agraviar a su madre se contentaba con atisbarlo. Solía quedar feliz o desconsolada. A él le ocurría igual: se iba erguido, ufano o cabizbajo. ¿Quién era? No cabía precisarlo, mas, dada su decencia, debía de proceder de buena familia, acaso con fundo, o ser alguien que hubiese venido a descansar. Por su delgadez bien podía convalecer de una enfermedad pasajera. En una ocasión en que ella salió de su hogar, él vino a su encuentro. Le rozó los dedos fugazmente y se perdió en la sombra. Quedó trémula. El contacto, en ondas, comunicó a su cuerpo una tibieza diferente de la suya.

Había decidido pertenercerle. Pronto el doncel logró

entregarle una esquila, de contenido vago, que demostraba cuánto la quería.

La esquila fue el fin porque aquél desapareció. Ella no pudo conformarse, ni contener sus lágrimas y la esperanza de reencontrarlo anidó en su corazón. Lo veía en cada joven.

Cayó en sus manos una revista y leyó, en un poema de Manuel Rojas, este verso auroral: "Vendrá un día lejano trayendo lo que ansías". Ella le envió al poeta una misiva rebotante de gratitud. Era el salvador de su alma. El poeta, no se sabe por qué, en ese año escribió más poemas que prosa narrativa.

La señorita Quijano se vino a la capital y pudo, con esfuerzo, egresar del curso de inglés. Otra, luego de titularse, hubiera entrado a un liceo. Ella partió a los Estados Unidos. El viaje lo costeó su madre vendiendo, entre suspiros, unas cuantas vaquillas.

Allá, junto con asimilar el inglés de la calle, y sin perjuicio de sus estudios, traducía, o quedándose a cuidar niños, o conduciendo a tomar el sol a valetudinarias opulentas, clavadas en sus sillas de rueda, ganaba unos dólares.

A ratos mostrábase quejosa.

El recuerdo del doncel la atormentaba porque, por instantes, identificábase con alguno de los universitarios que se movían en torno suyo. A ratos le era imperioso que alguien lo encarnara.

—¿Eres capaz de guardarme un secreto? —preguntó a una compatriota. Esta le juró que sí.

Entonces la señorita Quijano, apenas hubo mirado a todas partes con sus pupilas de remanso, casi susurrando, agregó:

—Me invitó un compañero a un baile en Yaconville, a doce kilómetros de aquí. Desde que puso el auto en movimiento, nada dijo. Parecía hombre sin vibración, desprovisto de sensibilidad y hasta de cortesía. De repente, en el claro del bosque que cruzábamos, salió la luna, enorme. ¿Por qué una se formará juicios precipitados? Detuvo el coche. “Esto hay que verlo aunque sea un minuto”, dijo, inclinándose a la izquierda, sin cuidarse de mí. Era inesperado y me alegré por él pues lo tenía por persona utilitaria. Para verla también me incliné y sentí que era él y no mi acompañante. Entonces éste puso su brazo en mis hombros, como si fuera normal, sin decir palabra ni mirarme. ¿Qué te parece el estilo? Sin embargo, no me sentí mal, ah, no. Casi me desvanecí. Lo había esperado tantos años y sólo ahora lo hallaba. Cuando apretó sus labios contra mi boca, respondí instintivamente, con tal vehemencia que pienso en que jamás podré besar así.

En seguida dejó de interesarle la luna, quedándose entre ensimismado y ausente. Cuando puso en marcha su automóvil habló algo ajeno a nosotros. Me habría gustado que me dijera palabras hermosas y tiernas.

¿No crees que cuando una da algo de todas maneras da mucho?

En la siguiente mañana me sentí traidora. Lo hecho no era irreparable, pero yo había sido débil. Era despreciable, lloré y trabajé más que nunca. Comprendí que mi redención la conseguiría convirtiéndome en mujer sobresaliente y volviendo a mi país. Quizás pueda encontrar todavía al verdadero. Conseguí olvidarme y no caer en otra veleidad amorosa. A pesar mío, apenas la luna crece, qué necesidad de compañía experimento; se me afloja el cuerpo y para qué decir la voluntad. Temo, sobre todo en los atardeceres, decirle al primero que pase: “¡lléveme y quíerame!” Que una tan seria, tan apartada de todo, llegue a eso es terrible. Voy andando, cuando atardece, y me digo. “si alguien me toma ¿seré capaz de resistir?” Trato entonces de estar ocupada hasta que me gana el sueño. La obligación endurece y evita que una piense sólo en sí misma. ¿No te parece ridículo todo esto? Por favor, no lo cuentes. ¡Me daría tanta vergüenza!

La señorita Quijano dejábase ver poco.

—¿Por qué no bajas al restaurante? —la interroga su amiga.

—Trabajo el día entero y como en mi cuarto. Aunque gano dispongo de escaso dinero, y necesito una reserva. Aquí nadie presta un centavo.

Antes de meterse en cama leía páginas de su diario, o escribía otras, un tanto alegóricas, en las que se pin-

taba en medio de un sendero con cielo nublado o con la luz virginal del amanecer, mezclando sus experiencias y sus ensañaciones.

Asistía regularmente a los cursos, atenta, con un cuaderno. A ratos su vecina de banco veíala anotar un vocablo que se transformaba en dibujo. También solía mirar, a través del pedagogo, el campo de su país, la calle de su pueblecito por donde, con rapidez fantasmal, pasaba aquél.

En los corrillos oía en éxtasis, porque tenía el don de la admiración, como si lo que hablaran fuese absolutamente novedoso y los hablantes seres de genio.

A pesar de su tendencia a la inmovilidad, las ideas ambiciosas de sus camaradas penetraban en su cerebro y, ya en su cuarto, gustábale planear su vida hasta la más remota vejez, no en cualquier labor, sino en una deslumbrante.

Siempre activa, comiendo apenas, algo soñolienta, escurridiza, tal vez por ser susceptible, confiaba sus cuitas por retazos, dejando en sombra, precisamente, la raíz. A los dos años recibió el título de maestra en artes. En ese período tuvo beca y cabe presumir que sus estudios fueron fructuosos.

¿Cómo le nació el afán de doctorarse, meta que exige tiempo y dedicación? Quizás lo bebiera en el ambiente, porque con lo que sabía hubiese ocupado en su país un buen cargo.

El dinero que recibía de su madre lo guardaba y,

mezquinándose alimentos, ropa y distracciones, salvo embelesarse gratuitamente con la luna, conseguía atesorar a la vez algo de lo que ganaba en clases y otros menesteres.

Calladita marchóse a Francia y se matriculó en el curso de una lumbrera. Es ley, no sólo en aquélla sino en cualquier nación, que se llegue a tal merecimiento con el cabello cano. Nada crece más lentamente que la fama de un artista, escritor o maestro. A los veinte se le reputa de bien dotado; al doblar esa edad, de capaz, y al entrar en la senectud alguien asume la categoría de sabio o lumbrera.

Seguía con el mismo profesor y llorando asistió a sus funerales.

Pasó a Londres. Redactaba notas por montones de cuanto a diario decía la eminencia británica. Casi feliz, aunque le tenía inquina a la bruma y le contrariaba que los ingleses ignoraran a quienes no les presentasen, habría seguido, pero el Todopoderoso en contados años dispuso que el pedagogo subiera a su santo reino. Entonces partió a Bolonia donde solía alumbrar el sol. Aprendió mil cosas; creció el número de sus libretas. Ibanse y retornaban los meses. Todo era estímulo para la fuga de su pensamiento. Su corazón latía dichoso. No obstante, una tarde hubo de ir en el cortejo de los universitarios, mientras la banda alargaba las notas de la marcha fúnebre. No había persona que no llorara

al sabio ilustre, y los propios músicos, habituados a la tristeza, se interrumpían para secar sus lágrimas.

Vínose a Holanda. Descubrió una lumbreira que enseñaba en francés.

Seguía fijo en su memoria su enamorado de vista, a veces lleno de ímpetus. Por escamada que ella estuviera, aquél atravesaba esquinas, deslizábase pegado a la ventanilla del tren o veía sus ojos entre la multitud. En Holanda ¿se podría decir que tuvo más suerte? halló un condiscípulo rubio, de rostro más lleno que el otro y de movimientos tardíos. Sufriendo descubrió que su deseo la inducía a fundir en una ésta y la imagen de aquél.

Hasta en sus días más serenos sentía al lejano en el holandés. Cuando la semejanza era irresistible, huía temblando. En su pieza sollozaba por su porvenir inmediato, temible y anhelado.

En un instante de abrumadora emotividad, movida por la pasión, no le cupo duda de que era él y quiso sentirlo. El holandés no sólo demostró ser dócil, sino que la mimó, más con hechos que con palabras. Por breves meses meditar en quién era uno u otro le causaba horror. Valiéndose de tretas nemotécnicas ascendió a una atmósfera de pensamientos amenos, en que permanecía libre de resquemores, gozando con el eco de sensaciones recibidas, como acaso pudiera quedar, muy a la sordina, una guitarra largamente pulsada.

Fuera de sus cursos hubo de hacer trabajos eventua-

les para mantenerse. A poco el gran maestro, cargado de años y sabiduría, se retiró a una pequeña aldea. No había quien lo sustituyera y la señorita Quijano se trasladó a París.

No se sabe cómo, pero se conocía su peregrinación de sabio en sabio y lo ocurrido con aquellos. Cuando pretendió elegir profesor, éste le hizo notar que, faltándole sólo la memoria para doctorarse, le convenía ligar sus conocimientos, ya bastante extensos. Le recomendó un pedagogo, todavía joven y sin gran nombre, que como guía era único.

Asistió a clases un período. No cesaba de llenar libretas, pero alguien, entre las palabras, veía figuritas dignas de un miniaturista. Al aquietarse su mano, su espíritu huía por los ventanales ¿a dónde?

Dificultades para subsistir, la amenaza de guerra o la muerte de su madre, trajeron a la señorita Quijano a su país.

Había estudiado, a partir de la escuela primaria, alrededor de treinta años y representaba, al llegar, unos treintiséis. Era alta, de líneas correctas, morena, en vía de engrosar, con aire candoroso como si desde muy adentro la iluminara una religión nueva.

Parecía residir lejos del lugar en que pisaba, o muy alto, y que volvía a la tierra por momentos. Sabíase que permaneció más sola que acompañada, de manera que por donde fuese la rodeaban los sueños.

Una de sus compañeras de escuela, ya directora de

liceo, harto exigente, le ofreció una cátedra. La señorita Quijano rehusó por no considerarse preparada.

En una velada en que la directora hizo una disertación, la señorita Quijano, sorprendida, le preguntó:

—¿Dónde aprendiste a hablar tan bien?

Se la vio asistir a cursillos incitantes para prójimos de instrucción elemental, por debajo de lo que ella sabía antes de cursar humanidades. Iba puntualmente cada tarde. Su permanencia en tantas escuelas, a pesar de su timidez, habíale enseñado a pasar desapercibida entre los alumnos. Se acostumbró a vivir encerrada. Los muros la protegían. ¿Por qué no se quedaba entonces en su habitación? Acaso por serle necesario el murmullo, el aliento simpático de la gente joven. Sentadita en medio de los demás se desentendía inconscientemente de lo que dijera el profesor, echaba a volar su pensamiento como si estuviera solitaria, se defendía, ignorándolo, de los peligros imponderables de la calle y de la vida, trazaba figuritas casi invisibles, mantenía así su intimidad.

Sus compañeras no podían comprender por qué no aplicaba sus conocimientos, que tenían por descomunales.

Meses después la vieron en una plaza. Movía lentamente su maletín a modo de incensario. Su actitud era reposada y seguía ese juego sin aburrirse, sin mirar a otro sitio, indiferente al ruido y a la animación que rebotaban desde cuatro calles.

Ese estado, por su persistencia, tal vez indicara que la señorita Quijano había adquirido el sentido del ocio. Pase que alguien lea de espaldas horas y horas; que el pescador de caña espere inmóvil. Estas acciones tienen finalidad, mas ¿cuál podía ser la del movimiento de la cartera por tan prolongado tiempo?

Ese embeleso, su separación del mundo circundante, ¿nació en el extranjero, dentro de las aulas, y determinaría, por ejemplo, que ella se ausentara en mente, arrebatada por sus ensoñaciones? Quizás sus estudios, de ser esto cierto, sufrieran en su ligazón, y tal pudo haber sido la causa que le impidió sentirse segura, llegar a término y ejercer su profesión como hacen los más con o sin aprendizaje.

Por no ser comunicativa, y preferir la compañía de sus visiones, demoraron sus amigas en echarla de menos. Se supo tardíamente que habitaba junto a un ancho río, en la región austral, y que tres veces por semana, en bote, ganaba la orilla opuesta para enseñar las primeras letras a dos chicuelos de un modesto agricultor.

## NECESIDAD DE COMPAÑÍA

A Hernán Covarrubias Pallamar.

—Estoy tan sola. Mi marido no se ocupa de mí. Mentiría si dijera que es malo, qué va a serlo, si es un pan. Se lo pasa en el piano. Apenas anochece come y parte a tocar. Usted sabe que está en una orquesta y lo consideran mucho. Suelo estar dormida cuando regresa y entonces quiere contarme cómo le ha ido. “¡Déjame dormir, por favor!” le digo.

De día ando sin saber qué hacer, no tengo quien me acompañe al teatro. Pierdo las mejores películas, los conciertos y para qué hablar de ir al parque. Una vida así, como la mía, no tiene asunto. Y ahora que está el tiempo tan bonito —y miró los árboles dorados a través de los cristales—. Era una rubia en camino hacia el otoño, de rostro serio y formas expansivas. Fuera, con la brisa, crujían las hojas.

Hallábase en el café con un profesor reposado, de bigote, que la miraba con atención, pero sin recoger la sugerencia. Conocía a la pareja desde que llegó del extranjero con otros refugiados. El pianista era algo más que cincuentón, ensimismado, de carácter dulce. Ella tenía hermosa piel y buen porte; era espontánea, graciosa a ratos, pero únicamente proyectada al exte-

rior. El marido vino al café, a diario, en las primeras semanas de su arribo. No bien le contrataron, desapareció.

La rubia necesitaba divertirse con los ojos, bailar, tal vez conocer a otros varones por si entre éstos, extraviado, surgía ese gran amor con que sueña cada mujer, de sin par encanto varonil, que le traería joyas, bombones y flores (¿qué mujer, aunque more en una caverna, no adora las flores?); que le construiría una casa con ventana al mar; varón que la llevaría a una comida suntuosa en que el escote es obligatorio; que insiste en ver sólo con ella tal drama o sainete; hombre afortunado que acierta en la lotería y la lleva a otros mundos, sin reparar en gastos; que le dice con voz y palabras diversas que la ama, no, que la idolatra; que la siente crecer en belleza cada día; que si ella dejara de quererlo sucumbiría de pesar; varón atento a su capricho que, no bien ella exclama: "¡qué hermoso vestido!", a la fuerza la introduce en la tienda, y el vestido, en una caja preciosa, los espera en casa a la llegada.

El profesor, pasajeramente, se sintió atraído por su lindo cutis y por la piel de su cuello y de sus brazos. Sospechaba que la oculta no desmerecería. Sin ánimo de contárselo a ser viviente, ansió besarla en contorno. Era indudable que, de favorecerlo con esta merced, ella la condicionaría. Podía ocurrir que la rubia, cumplida la prueba pasional, resultara un clavo. Una bonita figura satisface al ojo, y ella apenas lo es, pero si el es-

píritu no juega entre mirada y mirada y entre labio y labio, lo que se recibe en un día, en ciento o en mil, es dulzura insípida, humo. Su lejano origen lo hacía sospechar que jamás sería suya del todo, aun en el caso hipotético de enamorarse de ella. La rubia dejó raíces en un lugar remoto y desconocido para él. En cambio, con Isabelita, su amiga, a la cual seguramente se uniría, aunque oriunda de un extremo del país, no había cosa, idea o parecer de uno que resultara ininteligible para el otro. Un país posee una atmósfera absoluta. Cada paisano, sea del rincón que sea, la expresa, la refleja, la representa.

Apenas pudo varió de conversación y con miradas de soslayo se despedía de su tez suave, con la tristeza del que por seguir un camino pierde el fruto de los demás.

El profesor venía al café, con amigos, a menudo. Hallaba a la rubia conversando con algún prójimo, y si éste no era de apariencia inicua, quejábase de abandono.

Un químico, también conocedor de la pareja, manifestó al profesor:

—Comprendo que el marido de esta señora anhele ser un buen ejecutante, un virtuoso. ¿Así se dice? Ensayando una y más veces halla placer. Es algo que nadie le podrá arrebatarse. Sin embargo, por ser casado, tiene la responsabilidad de otra persona, ¿no es cierto?

—Así es —intervino el profesor— pero a la rubia nada le falta. Viste bien, fuma, tiene para gastos de calle

y dispone de su tiempo. Es un poco superficial, ¡no me lo negarás! no sabe entretenerse sola. ¡Esto es evidente! Tampoco es una niña para pasarse con ella de la mañana a la noche. Otras recuerdan hechos. Tú sabes lo fina y profunda que es en las mujeres la memoria emotiva. Algunas imaginan que pudieron ser distintas, que su vida pudo desenvolverse de otra manera y la desarrollan en ese plano ideal, disfrutando horas y horas con tal ensoñación. Esto es lo que en prosa se llama tener vida interior. La afortunada que la posee no estará nunca sola, porque así, con su fantasía, crea su felicidad.

—Nos apartamos —replica el químico, hombre huesudo, de mirar serio—. Si tú eres casado, es mi caso, tu señora puede ser anodina, con tal o cual defecto. No es razón para que te desentiendas. Te gustará a morir la música, el dibujo o la invención, pero llegada cierta hora hay que dejarlo todo y salir con ella al cine, acompañarla a una visita, invitarla a un restaurante. Queramos o no, nos debemos, no sólo a la mujer, sino a muchos parientes, amigos y conocidos. A extraños también. La gracia es hacer por alguien lo que hasta pudiera sernos penoso.

—Considera que la rubia también se debe a su marido. Ella, ¿le compondrá la ropa, tendrá la casa como se debe, lo apoyará? Acepta que alguien recoja su insinuación y la lleve al baile, al teatro o a un lugar boscoso. Estará feliz con la animación o con la belleza,

¿cómo dudarlo?, pero debe condescender con su invitante. Empieza el lío o el nudo. ¿Cómo procede, rompe con el nuevo, sigue con su esposo, quién gana, quién pierde? ¡Sépalos Dios!

—¡Diablos! —exclamó el químico mirando su reloj—. Me espera mi señora, y con lo impaciente que es... ¡Paga tú! —y se alejó a largos pasos.

Mientras, la rubia se lamentaba ante un varsoviano joven y vigoroso, comisionista de suerte, también refugiado. Este la estuvo mirando a los ojos unos instantes y se puso de pie ¿quería irse? Decidido la invitó:

—¿Por qué no te vienes conmigo? Gano lo suficiente, tengo dos cuartos, soy solo, me gusta salir. ¿No nos entenderíamos? —y seguidamente miró su cuello, su busto, sus ojazos y la hora.

—¡Pero Michal! Tendría que hablar con mi marido, esperar unos días. ¿Cómo dejarlo tan de repente? Además, necesito llevarme la ropa.

—¡Qué marido ni qué ropa! Te vienes conmigo, te compro lo necesario y se acabó. ¡Decídetes! —y remiró su reloj.

Ella vio ante sí un abismo y en torno el caos. Su esposo era bueno. Le apenaba abandonarlo de sopetón. ¿Y si cambiara? No, no habría fuerza que lo alejase del piano. Michal sí que era resuelto y estaba segura de que la quería. Copiosos lagrimones se escurrieron por sus tersas mejillas. El enérgico polonés seguía er-

guido, a punto de mirar nuevamente su reloj. La rubia enjugó sus lágrimas y se cogió del brazo fuerte.

No se les vio más en el café.

Al mes, inesperadamente, porque hubiera evitado el encuentro, ella tropieza con su marido y queda sin saber qué decir ni cómo irse. ¿La mataría?

El pianista, que caminaba con paso macilento, como buscando, ¿qué? no bien la vio, cogiéndola de una mano con desesperación, y mirándola enojado, no furioso, habló a borbotones, a gritos, gesticulando con su otro brazo.

—¡Qué porquería de persona eres tú! Abandonas tu casa, dejas a tu esposo sin aviso. ¿Crees que es conducta de gente? Eres un animal, te vas como un perro o un gato, no, éstos son más fieles. No debería mirarte. ¿No te avergüenza tu proceder? ¡Contesta! ¿Tienes que reprocharme algo, te faltó pan, te faltó ropa, te faltó dinero, te faltó cama, te maltraté? ¡Contesta! Tú debes comprender el apego que ahora puedo tenerle a la casa, abandonado el día entero. ¡Matarte sería poco! —le soltó la mano. Su voz se transformó en dolorida—: Ni siquiera puedo estudiar tranquilo; salgo a vagar. Estuve enfermo una semana. ¡Es terrible! —se quedó unos segundos mirando al suelo y, en seguida, con tono forzosamente plácido, que procuró fuera acariciador, agregó—: ¿Cuándo te vienes?

La rubia respiró profundamente, agradeciendo al

Creador no recibir ninguna bofetada, aunque las dio por seguras.

—Pero, ¿cómo podría hacerlo si vivo con Michal?

—No veo la dificultad. ¡Te vienes con él!

Ella quedó en suspenso. Antes de responder lo miró hasta el fondo de los ojos, más adentro aún. Cuando al fin comprendió tuvo pena:

—Debo consultar a Michal y luego te diré lo que acordemos.

El músico había conocido a la rubia temprano, cuando ésta dejaba la adolescencia. El era joven. No le cabía duda de ser famoso con los años. Empezaba su afición a la música. De la rubia sabía acaso tanto como de sí. Considerábala prolongación suya, imprescindible como sus manos o sus piernas. Le tenía confianza, pese a sus defectos. Sus nuevos amigos, si atentos, le resultaban a menudo incomprensibles. El idioma adquirido lo entendía por fuera, pero los matices se le escapaban, de modo que sin la rubia su soledad era pavorosa.

Desde hacía años hallaba placer únicamente en interpretar a sus compositores predilectos. Los sonidos lo adentraban en una zona sin contrariedades, protectora, de dicha permanente, que le ofrecería novedad aunque viviera tanto como los hombres de la Biblia.

Sin embargo, al ser abandonado por su mujer, comprendió que ésta también lo protegía con sólo caminar por las habitaciones, con su canturreo. Es verdad que apenas hablaban. No obstante, al decir “ha cambiado

el tiempo" estaba cierto de que ella sentía cual era su ánimo: si alegre, triste o cansado. Suficiente le era esta comunicación indirecta, pues seguro estaba de que ella, en caso extremo, haría por él cuanto pudiese.

El mal quizás consistiera en que él tenía una razón personal para vivir: el piano, las posibilidades sin fin que éste le ofrecía, mientras la rubia, por carecer de un interés propio y duradero, pues no era soñadora ni inclinada a la religión, tenía que vivir de alguien o para alguien.

Es evidente que mi conducta —pensó el músico— se aparta de las normas comunes, y aún de las más particulares que todo individuo elabora para no perderse en los caminos del mundo; pero, desde la profundidad de su ser, lo urgente era la compañía, la compañía de la rubia. Con sólo tenerla al alcance de su voz, volvería a integrarse.

La rubia apareció al subsiguiente día. Miró el hogar como si recién empezara a verlo y su esposo le fuese vagamente conocido. Todo se hallaba en mediano desorden, sin excluir la vestimenta del músico.

—Conversé con Michal. Al principio se negó. Exclamaba una y otra vez: ¿qué pensaría la gente? Michal es muy delicado. Dijo, al fin, que no podemos venirnos sin una razón. Distinto sería, son sus palabras, si tuviéramos algo nuestro en tu casa. ¿No nos podrías vender los muebles?

—Qué más da. Será como ustedes quieran. Con tal

de tenerte cerca acepto cualquier solución. ¡Vénganse al momento! ¿Los espero a comer? Es mi día libre.

El músico se reservó dos piezas, las últimas. Con las demás se quedó la pareja. La rubia manejaba la casa cantando o ratos. El piano oíase distante, a horas regulares. Ella se defendía con una radio que le obsequiara Michal. Solían verse los tres al mediodía. Si Michal no llegaba, almorzaban los dos. Al músico gustábale entonces recordar lo vivido por ambos. Uno y otro se referían a hechos gratos. Habían entrado en un encanto que no querían alterar.

Como Michal era callejero, el músico alguna vez lo veía abriendo la puerta, a medianoche, y cambiaban breves impresiones de aliados inevitables, porque si Michal dejara de sentirse bien allí, él perdía a la rubia. Sin esfuerzo le fluía al músico una reflexión tierna que, en los recovecos de su espíritu valía por ¡no te vayas!

## SABINA

A Bisagrita González-Vera.

NO TENIA la expresión dramática de tantos pobres cuya mirada parece acusarnos. Era baja, gordita, pálida, de grandes ojos inocentes.

De dos camisas rotas hacía una pasable. Reducía o agrandaba lo que se le diera. Cambiaba cuellos y puños; zurcía a lo monja. Ni al coser a máquina era ruidosa. Podía ser verano y usaba un sin fin de blusas, chaquetas y un chal. Tendría entonces más de sesenticinco años.

Después de almorzar leía revistas y periódicos en el mayor sosiego. "Deben de ser novelitas de amor" pensaba al verla, siempre a distancia.

Entre los pequeños deseos, rara vez satisfechos, uno de los míos era tenerla en casa. Hacía bien que nos mirara con sus ojos inocentes.

No tuve ocasión de hablar con ella. En eso de recordar no tiene competencia sino la dueña de casa y como ésta salía a dar clases de piano, con Sabina se comunicaba mi cuñada Mercedes, criatura observadora y preguntona.

Supé por ésta que Sabina no leía novelitas de amor, sino relatos de crímenes y abominaciones. Traía cada

mañana un periódico morboso que devoraba al mediodía, pero tales lecturas no alteraban la pureza de su expresión.

Entre zurcido y zurcido, decía a mi cuñada Mercedes:

—Aprendí a coser en casa de los Riesco. Tenían baúles de ropa nueva, traída de Francia, que no tocaban, y otros de prendas para remendar. Por humildad usaban manteles llenos de costurones. ¿Qué le parece? Sin quererlo, ahorraban. El caballero, a pesar de lo rico, era muy observante. Temprano partía a misa; luego, si era el día, visitaba a los presos y, después de leerles varias páginas de un libro de oraciones, les regalaba cigarrillos. Una vez por semana aparecía en el Hospicio. Lo rodeaban los tontos y los inválidos. Les leía oraciones hasta cansarse y al terminar la última, daba a cada uno muy buenas cosas de comer. Se hacía acompañar por Serapio que cargaba un gran canasto. Este decía en la cocina: “¿para qué se fatigará el patrón leyéndoles, cuando yo podría decir las oraciones, sin equivocarme, una detrás de otra? A veces, mientras espero, me digo la que él lee, al revés y al derecho. La señora levantábase en bata y en el oratorio se le iban las horas rezando. Al final recorría las piezas. ¡Figúrese cuántas habría en el caserón! Se fijaba en el trabajo de las sirvientas, no serían menos de diez, creo yo, y si algo le parecía mal, le gritaba a una: “¡Mula, fíjate en lo que haces!” y a otra: “¿Cuándo aprenderás a cerrar la bo-

ca?" Si el señor Riesco la oía, protestaba suavemente: "pero hija, ¡cómo las tratas así cuando también son siervas del Señor!"

Ella se aplacaba al momento. El era un santo. Al poco rato, seguramente para borrar la pena de las reprimendas, se presentaba ella diciendo: "esta blusa es para ti" y a la de más allá: "quédate con estos zapatos".

Terminado el almuerzo, él rezaba otro poco y ella se dormía rezando. En la tarde, con dos amigas de edad, salía en coche a tomar aire.

—Tenían dos hijos, ya jovencitos. Mi trabajo comprendía también el arreglo de sus dormitorios. Estos iban donde otras familias empingorotadas. Si uno decía que allí bailó con cierta niña, el señor Riesco le preguntaba con pesar: "¿cómo te atreviste a bailar con ella si no es tu mujer?"

Mi cuñada Mercedes era incansable para sonsacarle:

—Usted sería muy bonita cuando joven.

—Lo que se llama bonita, no. De piernas era regular, pero sí buena de arriba.

—¿Le buscó novio su patrona?

—No. Consideraba inmoral que las demás se casaran. Yo había conocido al huaso Escalona. Mi tía, cocinera de la casa, me aconsejó: "no le hagas caso porque es mujeriego". Pero él me habló con palabras tan bonitas que no pude negarle el sí.

—Tuvimos ocho hijos, varios han muerto. Fue buen padre. Ganaba el dinero fácilmente porque era un he-

rrero de lo mejor. Le llovían los encargos. A su ayudante le explicaba una sola vez como se hace tal o cual pieza. Este era olvidadizo y a los pocos días le preguntaba. Entonces mi marido, un poco altanero, le gritaba: “¿no te expliqué baboso, hijo de una grandísima...” pero no seguía porque el ayudante lo paraba: “...dejemos las cosas ahí, acabo de acordarme”.

Mi marido trabajaba cuatro días en la semana, cubría mis necesidades y volaba a remoler. Al irse me decía: “tendré otras mujeres, pero ninguna como tú”. Yo, buena tonta, quedaba la mar de contenta. A consecuencia de tanta remolienda, murió joven. Después de llorarlo, desengañada de los hombres, me dediqué a criar mis chiquillos. Me buscaron unas monjitas que tenían fama de buenas zurcidoras, aunque debo decir que yo tampoco lo hacía mal. Me dieron costura por largo tiempo, mientras quise. La jefe me consideraba y si ella no se sentía bien, pues tenía sus años, me llamaba a su celda. Odiaba estar sola. Decía esto y lo otro, cosas divertidas. Nos aveníamos. Tenía sus rarezas. Me ordenaba: “¡levanta la frazada y ve quién está debajo!” Ella oía respirar y tocar su cama. Ante mi negativa no insistía. A esa monjita pronto se la llevó el Señor.

Cosí en mi casa. Mis hijas se fueron casando, aunque les hice ver la laya de hombres que nos tocan a nosotras las pobres. Se casaron de todas maneras. Ahora la pagan. Me quedó Ernestina, la mayor, que vio cómo era su padre y no quiso lidiar con un marido.

Sabina aparecía en casa cuando mi mujer le juntaba ropa para remendar.

Mi cuñada Mercedes una vez la echó de menos y fue a verla. Había estado meses enferma, se repuso, pero ya no era tan animosa.

En la vieja y amplia casa en que ella habitaba había otros arrendatarios: hombres solos, matrimonios, mujeres solas. Los dueños la querían y le daban el cuarto y la comida casi de balde. Sabina todavía remendaba. Si antes fue silenciosa y prudente, ahora apenas se la sentía. Su hija Ernestina, cocinera de puertas adentro, la visitaba un rato cada semana. Las demás hijas venían más a lo lejos, retenidas por sus hijos y quehaceres.

Sabina solía visitar a escasas amigas cuando le pesaba mucho la soledad.

Una tarde, al oscurecer, entró a la casa. Había hombres de pie en las puertas. Tuvo la certeza de que la miraban, fuera de vigilar ellos otros cuartos donde también había mujeres solas. ¿Qué pretendían? ¿Acaso entrar cuando alguna estuviera sin compañía y sin defensa? Cerró bien su puerta y se entregó a la lectura de su periódico de abominaciones. En los siguientes días fue igual. Uno o dos individuos inmóviles aguardaban ¿qué? Sabía que en un cuarto donde habitaban tía y sobrina, aquella a eso de las seis íbase a entregar obras a la tienda. Era chalequera. Tampoco era muy joven la sobrina. Quizás sería una de las que tenían en vista. Otra pieza la ocupaban madre e hija, ambas costureras.

La hija iba a entregar. Su madre era aún joven. A uno de esos sujetos Sabina lo vio con un pañuelo. Más tarde, cuando todos se habían recogido, pasos sigilosos ¿de quién? Llegaban hasta la puerta inmediata. Alguna vez alcanzaron a la suya. ¿Por qué caminaban? ¿Para qué tenían ese pañuelo? Había leído en su periódico que aplicando un pañuelo impregnado en narcótico a las narices de alguien, lo dejaban sin sentido.

Cuando los pasos cesaban en la habitación paredaña, ponía su oído en espera del grito desgarrador que lanzaría la viuda. Nada oía. Deben haberla sorprendido, pensaba. Creer que entrasen a los cuartos a robar, era engaño.

Al comprobar que las pisadas también se detenían en su puerta, repitiéndose, dio otra vuelta de llave.

Ernestina la encontró preocupada.

—¿Qué le está trabajando en la cabeza?

—Nada. Una recuerda tantas cosas que no valen la pena de contarse.

A las pocas noches no pudo contenerse y se lo contó todo a su hija. Esta pretendió disuadirla. Bien puede un hombre entrar al cuarto de una mujer sola, si la conoce. Si no con un grito acudirían todos los vivientes.

—Es que tú no sientes por ser tarda de oído. Además traen un pañuelo con narcótico. Yo oigo hasta el paso más leve. Te aseguro que han remecido esta puerta. La tengo asegurada, si no ¿te figuras?

Ernestina se empleó de puertas afuera. Al llegar sentábase con Sabina a tomar aire.

—¡Siempre ha sido así, mamá! Un vecino entra a la pieza del otro. Nosotras también lo hacemos. ¿Ves aquel arrendatario? Se limpia el cuello con su pañuelo. Es que la tarde está calurosa. —Sabina admitió para sí que había exagerado. En seguida se fue al campo invitada por otra de sus hijas.

Llegó, tras un largo mes, alegre. Cosía a gusto y echaba un vistazo al periódico de crímenes. ¡Que haya gente tan perversa! exclamaba a media voz. Al día siguiente, si disminuían los crímenes, figuraba una violación en el campo. Le causaba pavor.

Pensando en este peligro latente lamentaba que su marido no viviera. Si salía a entregar costuras su mirada iba del aspecto de la persona a su posible intención. De no descubrirla al menos encontraba raros a hombres y mujeres, y semejantes a los animales por lo impenetrables.

A simple vista había hombres buenos, mujeres de pura bondad. Los de rostro desagradable escaseaban. La mayoría de los de edad mediana causábanle desconfianza. Caminaban igual que los demás; sonreían atentos, pacíficos. Mirándolos cuerpo adentro descubría en unos cierta sequedad, en éstos un dejo torvo, aquéllos podían ser viciosos o sinvergüenzas y, a la vez, todos revelaban generosidad o simpatía, buen ánimo, pero manteníase vivo su temor de que se convirtieran, en una

pestañada, en fieras. ¿Qué los mantenía lejos del delito? Algo impreciso, tal vez el miedo al castigo. Mientras no hacían maldades iban como dentro de una invisible camisa de fuerza.

No tardó en ver hombres inmóviles, en espera, con el pañuelo sin oficio. Y luego se reanudó el caminar hasta el muro de su cuarto.

Le pidió a su hija Ernestina que se mudaran. Esta accedió, pesarosa, por ver si el cambio hacía desaparecer su inquietud.

Sabina sintióse bien en la nueva casa. Don Anselmo, el propietario, era un señor maduro, de bigotes caídos, amable, con un familión de muchachas y sólo dos varones. Alquilaba habitaciones a dos hermanas, un matrimonio de ancianos, cada cual de edad inestimable, un sobrino con su tía valetudinaria y acaso alguien más.

Al cabo de unos meses, le pareció notar que don Anselmo seguía mirándola después del saludo y solía tener un pañuelo a la vista. Aseguró su puerta. Al entrar la noche, pasos que se alejaban y volvían la angustiaron.

—¿Qué opinión tienes de don Anselmo? —preguntó a Ernestina.

—Es bonachón, callado, se le ve poco. Talla santos en madera. Y gana. ¿No has visto a una señora con una gran cruz en el pecho? Es la santera. Ella le trae los encargos.

—¿Y de los muchachos?

—Los oigo reír. Uno estudia. El mayor es empleado.

Los domingos, a mediodía, Sabina descendía del autobús en una callecita de buenas construcciones, limpia, con árboles, una callecita adormecida. Por ahí, otra de sus hijas, era sirvienta de la mano. Esta vez un caballero fumaba en la verja. Sabina avanzó y sus ojos se encontraron con los del caballero. Vaya, se dijo, qué intenciones tendrá. ¿Y si al pasar la cogía y se la dejaba para él? Volvió sobre sus pasos y por la otra acera anduvo precavida. Cuando lo dejó atrás, suspiró:

—¡De buena me he librado!

De muchacha, en el campo, no recordaba a ninguno que se propasara ni que la mirase con insistencia. Después, en la capital, le dijeron piropos, pero no siendo un espantajo, y nunca lo fue, era natural, pero de ahí nadie pasó.

Una vez solamente en casa de los Riesco, mientras coía, entró sin hacer ruido el menor de los jóvenes y le dio un gran beso. Ella se cortó tanto que no acertó sino a exclamar: “¡Ay, señor, que nos pueden ver!” A esto respondió el joven caballero, riéndose: “¿Y si no nos ven?”

Entonces era joven y agraciada.

Cuando al regresar a su casa, veía mujeres en las puertas, entraba tranquila a su pieza y hasta dormía bien, no sin antes echar una mirada a su periódico.

Presintió que, fuera de don Anselmo, también la rondaban los hijos. Era un sufrimiento abrir la puerta a su

hija Ernestina porque en vez de ésta podía ser uno de ellos.

Ya en cama, antes de medianoche, preguntaba:

—¿No oyes pasos?, alguien se detuvo; no salgas, somos mujeres desvalidas. ¿Qué pretenderán estos criminales?

—¿Está soñando, mamá?

—¡Pero si tienen que repicar para que tú oigas!

Ernestina abrió.

—¡Qué le decía! No hay ni sombra de nadie.

—Se han ido. ¡No lo voy a saber yo! El padre pisa lentamente, apenas. El hijo mayor se le parece, pero marca más la pisada. El menor anda como su madre, a pasos cortos. No bien baja la luz es un ir y venir, y sólo por aquí. ¿Crearás que el de la pareja de viejos se acerca también? Pone un pie y al rato el otro. ¡Que me tenga que pasar a mí y a mis años! —y lloró con vehemencia. ¿Qué hacer con mi madre? se dijo Ernestina. Y la hizo venir por unos días a mi casa. Nada había perdido de su recato ni de su expresión inocente. A la hora de acostarse se deshizo en llanto. La cocinera nuestra, pues Sabina dormía en su pieza, le rogó que no nos despertara y ella, tan considerada, reprimió sus lágrimas. ¿Cuál fue la causa de su pesar? Que su hija Ernestina era tonta de oído y dormía profundamente. Vio al facineroso introducirse en el cuarto de aquélla con paso de algodón, aplicarle el pañuelo impregnado de narcótico y luego ¿qué no haría con ella? Se levantó

con los ojos hinchados de llorar. Desayunó desganada y no quiso permanecer otro día con nosotros. Fue la última vez que la vimos.

Mi cuñada Mercedes averiguó que al reunirse con su hija, valiéndose de rodeos, quiso sonsacarle qué ocurrió en su ausencia. Se indignó al oírla responder sonriendo.

—¿Qué esperaba que me ocurriera?

Le tomó ojeriza “al hipócrita de don Anselmo”, así lo motejó en los últimos días, y estaba segura que sus dos malvados hijos terminarían en la cárcel.

Tal vez se habría librado de su obsesión de haber podido arrendar una casita, pero hacía años, muchísimos, que los pobres no estaban de moda y nadie construía para ellos, por lo cual cada familia se hacinaba en un cuarto, aunque la prole fuese numerosa.

Se mudaron al tercer conventillo, que hervía de arrendatarios, más peligrosos aún debido al mayor número de piezas, a la promiscuidad, al hecho de que en alguna cantaban, lo que apagaría cualquier grito de auxilio.

La vida de Sabina fue más insegura todavía. No sólo estaba bajo la amenaza del narcótico, del que podía defenderse echándole llave a la puerta, sino de la ganzúa que lo abre todo. El ultraje podía ocurrir durante el sueño, pero juró que no se dejaría atropellar. Al acostarse puso en la funda de su almohada unas tijeras. Esa noche durmió algo. De atacarla, pensó, lo

harían por la izquierda o la derecha. Entonces agregó a la izquierda un cuchillo.

Alguna vez despertó gritando:

—¡Atrévete perverso, sé como defendérme!

Ernestina, a la disimulada, retiró las armas. Temía que su madre se hiriera, pero la anciana, astutamente se hizo de un asador que colocó bajo el catre, no lejos de su mano. En donde golpeará con él rompería el hueso.

No se notaba cual era la habitación de un inquilino u otro, pues eran amigos, y cualquiera se metía al azar en ésta, en la de más allá. Podían entrar a la suya sin extrañeza de nadie. Sentíase triste y abandonada. Ni su hija creía en el peligro para ella tan evidente.

Una noche en que Ernestina salió a platicar con una amiga, a escasa distancia, Sabina vio a un sujeto acercándose a su lecho con el consabido pañuelo.

Se enderezó gritando:

—¡De mí no te burlarás, desalmado!

Se inclinó a un extremo, fuera de la cama, para coger el asador y así, doblada y yerta, la encontró su hija.

## LA MADRE Y EL JUEZ

A Elvira Magaña de Luco.

—TIENE que valerse de alguien que conozca al juez  
—aconsejó la cónyuge del zapatero vecino.

—Conozco a don Alberto, el almacenero.

—No puede sacarla de apuros. Vende licor por la puerta trasera y como en días pasados salió de allí un herido, fuera de la multa, estuvo a punto de quedar preso. Es delicado vender sin patente. Claro que a don Alberto lo protege Calixto, el regidor demócrata, pero cuando hay sangre de por medio la cosa para en el juzgado.

—¿Qué haré, Dios mío?

La atribulada era una señora delgadita y alta, de aspecto tímido. Silenciosamente enjugábase las lágrimas. ¿Qué podía ocurrirle a su muchacho? El daño que éste hizo al otro joven no fue grande, contusiones no más.

—¿Por qué no ve al juez de todas maneras? Puede compadecerse y dejarlo libre. Si quiere, la acompaña.

—Si me hace el favor. —No cabía confesar a la vecina que conoció de estudiante al juez. Se moriría de vergüenza.

En el juzgado permanecían sólo el escribiente y el gendarme.

—US. no atiende en la tarde. Venga temprano. ¿Le parece bien a las nueve? Sea puntual. ¿Cuál es su gracia? Sí, mañana verá el parte de su hijo.

Salieron.

—Los hombres no sirven sino para formar embrollos —expresó la maciza y resuelta esposa del zapatero—. Rara vez es detenida una mujer. ¡Y tan mal que hablan de nosotras! Por suerte mi marido es tranquilo. Lo más del día está en su banco. Habla poco, contesta con gestos. Yo tengo que decirlo todo. Una vez solamente me puso la mano encima y tampoco habló. Un hombre de esa laya asusta. De lo demás nada tengo que decir. Como una es seria y de su casa, no tiene por qué temer.

—Mi finado —agregó la señora delgadita— era cariñoso; muy alegre. Nada nos faltó, ¡créamelo Ud.! Eso sí que algún sábado se conversaba con sus compañeros unas botellas de vino. Me lo traían en la noche y ¡vamos desvistiéndolo!

La señora delgadita entró a su casa y, mientras adelantaba sus quehaceres, ordenó sus pensamientos. ¿Qué le diría al juez, cómo se lo diría? ¡Ni pensar que la recordara! Los hombres suelen ser desmemoriados para secretos que las mujeres no olvidan nunca. Era moreno, más serio que risueño. Cuando le clavaba la vista, sin que hubiera nadie cerca, poníase nerviosa, pero él no se propasaba. No, no. Eran miradas solamente. Esas miradas de hombre, hostigosas. De haberse quejado a

su patrona, tía de él, ésta a lo más se habría reído, porque nadie puede proceder por una mirada así o asá. Ella nunca le dio lado y no le miró sino cuando él le pedía algo. Hay cosas que se forman solas, de nada, que no se pueden evitar. Por suerte, el volvió a la capital para recibirse de abogado. Y se acabaron las visitas a la tía.

Pasado un tiempo se prendó de ella el que fuera su marido, hombre ya formado, trabajador y bueno. Era talabartero y qué paciencia la suya para pulir correas, sobar el cuero y darle forma. Sus monturas eran muy buscadas. Gracias a eso pudo dejarle una casita y a este grandote, de buen natural como su padre, pero camorroero después de beber unas copas.

Llegaron temprano al juzgado. En la sala de espera había hombres y mujeres desconocidos. ¡Qué mal agestados algunos! ¿Serían criminales? A veces el andar tirillento, si no se tiene cara de ángel, hace al pobre parecer culpable de lo que sea. Ella se estuvo calladita, mirando de soslayo, asustada. A uno afeábale cierta cicatriz que de la oreja bajaba dramáticamente a la boca.

—Sobre todo —le sugirió la sierva del zapatero— no hay que achicarse. Diga todo lo bueno que es Julio. Y no olvide añadir que es la primera vez que se halla en este aprieto. Si le piden testigos, aquí me tiene. Sé hablar claro.

—Señora, pase. El juez llegó.

Ella, trémula, corrigió los pliegues de su vestido negro. El funcionario la introdujo en una oficina espaciosa. Al fondo, detrás del escritorio, esperaba el magistrado. Blanqueábale el cabello y su rostro había oscurecido. No quedaba sombra del estudiante flaco. Ahora, apenas cabía en su traje.

—Vengo a implorar a Usía por mi hijo Julio Pérez Cárcamo, detenido por contusiones; nada grave, señor juez. El es mi apoyo y es bueno. Suele tomar unos tragos y ahí está el mal. Es la primera vez que se ve en esta dificultad.

—¿Y qué más? —interrogó el juez con tono más bien festivo, pues le hizo gracia el encogimiento de la señora delgadita y alta.

—¿No me reconoce Usía? —y sintió ardor en sus mejillas enjutas.

La miró detenidamente, esforzándose por recordarla.

—¿Dice usted que me ha conocido? ¿Cuándo, dónde pudo ser?

—Señor juez: ¿no recuerda la casa de su tía, en Linares, a donde Usía iba a preparar sus exámenes?

—¡Claro que sí, pero entonces era un muchacho; ¡mire como estoy ahora! ¿De modo que usted estaba allí?, sería chiquilla seguramente, ¿no?

—No tanto, Usía. Era mayor de veinte años. Una tarde cosía en mi pieza, cerca de la puerta, porque disminuía la luz. Usía se paseaba, leyendo en voz alta, hasta

el fondo del patio. En una de esas vueltas entró de sopetón en mi pieza —bajó sus ojos y se quebró su voz— y cumplió su deber conmigo.

—¡Buen dar con la señora! No se aflija: en un rato más su hijo estará libre. ¡Adiós, señora!

## LIBRO POSTUMO

A Emir Rodríguez Monégal.

10. Entonces dijo: De cierto volveré a ti según el tiempo de la vida, y he aquí, tendrá un hijo Sara tu mujer. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él.—11. Y Abraham y Sara eran viejos, entrados en días: a Sara había cesado ya la costumbre de las mujeres.—12. Rióse, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?—13. Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: ¿Será cierto que he de parir siendo ya vieja?—14. ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, según el tiempo de la vida, y Sara tendrá un hijo. **Génesis**, cap. 18.

Clarita terminaba de poner la mesa cuando aparecieron Rafael y Enriqueta.

—¿Y tu marido? Anoche releí su artículo sobre el hijo. Es lástima que no se dedique sólo a escribir. Muchos que aparecen en revistas y diarios no le llegan al talón

—dijo, convencido, Rafael, que fue en su mocedad servidor de la rima y todavía lector voraz, romántico hasta los huesos. Aparentaba cuarenta años, era de rostro ovalado, líneas regulares, más bien alto y de carácter seguro y cordial.

—¡Y qué vocabulario tiene Juan Carlos! —agregó Enriqueta, su mujer, criatura menudita, vivaracha, hija de un profesor universitario—. Es seguro que un libro suyo se lo arrebatarían. Mis amigas quieren conocerlo de tanto oírme hablar de él.

Clarita absorbía embelesada estas palabras. Quizás fuera de esas mujeres que nacen sólo para unirse a un varón determinado. Al encontrarlo se convierten los demás en seres paralelos, sin posibilidad de convergencia, aunque medie la viudez o la soledad las haga gemir.

—Hablaban de ti, Juan Carlos —exclamó Clarita al verlo entrar.

Juan Carlos Aróstegui era de gran familia empobrecida. El estímulo de profesores, en humanidades, lo indujo a leer clásicos y escribir. Sus composiciones gustaban. Más tarde ocupó un cargo público. Era ligeramente inclinado, con innata cortesía, de grandes ojos que miraban con fijeza y que, por instantes, se encendían de admiración.

Solía publicar breves ensayos de acento entre pan-teísta y religioso, aludiendo a los hijos del Creador, que rezumaban amor a la vida pura. De epígrafe o para rematar un período ponía versículos de los profetas.

Era sorprendente que tales disquisiciones, nunca extensas, las ligara a libros de aparición reciente, conciertos y otros hechos de la vida artística. Nadie le negaba su finura, el acento noble, benigno, cordial, de sus escritos. Esta palpitación no muy periódica de su espíritu le trajo invitaciones. Sus amigos eran literatos o humanistas en potencia. En comidas y encuentros, ellos se referían a la última colaboración de Juan Carlos, que les gustó; a otra sencillamente inolvidable. Todos sentíanse en un mundo excepcional y el encanto para Juan Carlos no se rompía.

Clarita lo adoraba. Era muy caballero para vivir con él. Sólo al comienzo de su matrimonio, durante un mes, él no hizo sino conversar con un gringo delgado, educadito, que saludaba a las mujeres de lejos, y sin mirarlas, porque presentía que apenas las viera las amaría sin cesar. Salvo las horas de oficina Juan Carlos paseaba con Clarita. Si el tiempo era agradable recorrían el parque y ¿por qué no decirlo? disfrutaban mirando a las parejas musitarse al oído palabras decisivas. Los sábados o domingos iban al teatro, si no recibían amigos. Con frecuencia cenaban en el hogar de Rafael.

Enriqueta revivía al verlos, pues le pesaba estar solitaria. En un aparte confesaba su inquietud a Clarita:

—Rafael se perfuma y llega tarde. ¿Con quién puede andar? ¿Por qué los hombres tendrán esa maña?

—No digas eso, Rafael es persona encantadora.

—Me disgusta que no les quite el cuerpo a las mujeres. A más de una he visto invitándole con la mirada. ¿Cómo será cuando va solo? Si una hiciera igual le daría rabia. ¡Y qué nos costaría ya que nos piropean y nos siguen!

—Tal vez sean puras apariencias.

—¡Abónale no más! El marido de mi hermana al cuarto de hora de abandonar el empleo entra a su casa. Verdad que es más feo que el susto, pero ahí tienes el tuyo, buenmozo, y con tan buena conversación, que no tiene más pensamiento que tú. Clarita baja la cara ruborizada.

Clarita tuvo un padre duro, distante, y una madre harto nerviosa, tomadora de remedios, que lloraba, maldecía e intentó, a menudo, arrojarle por la ventana, sobre todo cuando había alguien a la vista. Clarita vivió en tensión, anhelante, paliando las durezas de aquél, prevenida para no replicar, esclava de los menores deseos de su madre y también con ganas de hartarse de calmantes o morir. Pudo recuperar su espontaneidad cuando casó con Juan Carlos. Este era cariñoso, de ánimo parejo y sabía aventar sus reacciones negativas y presentarse con rostro placentero. Si ella quería lucir un traje oscuro, él saltaba diciendo “ese color es de vieja y no para ti, Clarita”. Por sus palabras ella podía creerse de veinticinco años, aunque bordeaba los cuarenta.

Al término de la comida Juan Carlos íbase a escri-

bir, pero siempre que su mujer estuviera ahí, cosiendo, y para que no la agobiara el silencio o el rasgueo de la pluma, mantenía la radio en tono susurrante.

Cuánto le gustaba verlo pensar. Del verde desvaído de la muralla del fondo, parecía extraer sus pensamientos. Luego escribía y, pasado un rato, volvía a mirar. En cambio a ella no se le ocurría nada. La muralla era sólo muralla. Para Juan Carlos todos los pensamientos se hallan escritos en el aire. Sin duda que eso es un don.

—Si encuentro un empleo —dijo Clarita— tú podrías ir a la oficina medio día y escribir en el resto, ya que lo haces tan bien.

—No, Clarita. Quiero ser yo quien te procure lo necesario. No deseo verte en contacto con oficinistas, gente frívola, que acaso no te distinguan como me gustaría —y emocionado la tomó en sus brazos y la acarició y besó tanto como si en un momento más debiera partir a la guerra. Clarita perdió su moral y vertió lágrimas en su pecho y en la costura. Siguió un minuto trémulo, y Juan Carlos prosiguió:

—Un libro exige años. Con suerte puede conseguirse editor. ¿Qué se ganaría? Tal vez ni la décima parte de lo que recibo en mi cargo. El arte forzosamente es bien gratuito. Sirve para descubrir lo que hay en uno y pensar en matices y sutilezas que nunca aparecen en la conversación. Basta con dedicarle una hora por noche. Además ¿quién está seguro de hacer obra valiosa? Mis

conocidos aplauden cuanto publico, pero ¿qué piensan los que no están ligados a mí?

La vida se deslizó gozosa para ambos, sin otra alternativa que una enfermedad de Juan Carlos, no bien definida por los médicos, que le obligó a reposar un tiempo y de la cual se repuso.

A los dos años amaneció muerto de un ataque al corazón.

Clarita perdió el apetito y enflaqueció peligrosamente. Entre ambos hubo tal dependencia que ahora, sola, sentíase irresoluta. ¿Cómo habría hecho él esto o lo otro? Creía andar inclinada para un costado, el de su brazo izquierdo, que apoyaba en el de Juan Carlos.

Recibió montepío y un seguro que él, tan afectuoso, tomó para que ella tuviera un pasar mediano. Cuando algo más tarde aquella heredó de una tía casa con huerta y potreros, le causó más bien pena, porque de ocurrir en vida de él los hubieran compartido. ¡Y con lo que él tuvo que medirse en los gastos!

Los amigos más fieles —Rafael y Enriqueta— insistían en recopilar las producciones de Juan Carlos.

—Un libro suyo —opinaba Rafael— se vendería rápidamente y acaso dejara utilidad.

—Estoy segura —agregó Enriqueta— que mis amigas lo comprarían. Hasta las que no lo conocieron lo admiraban. Hombres como él no hay muchos.

Clarita se rindió y puso en manos de Rafael una carpeta, muy pulcra, en que su marido tenía los ensayos.

Rafael no se atrevió a suprimir ningún texto. Todos le parecían excelentes. Juan Carlos había supuesto que se publicarían, pues en la página inicial figuraba este título: **El Gozo Divino**. Era un nombre que lo definía.

El impresor indujo a Clarita a editar dos mil volúmenes, porque el segundo millar apenas le costaría la mitad. Rafael diseñó la tapa, eligió los tipos cabezales y ayudó en la corrección de pruebas.

Esta labor, que cumplían después de comida, reanimó a Clarita. Mientras Rafael iba leyendo, ella reparaba en ciertas frases genuinas de su esposo. Era oírlo. A veces desconocía el signo de corrección y Rafael acercábasele tanto para escribirlo, que la impregnaba con su perfume. Ella sentíase bien, mas no sin algo de miedo, pues Enriqueta dormitaba en un rincón o leía. El nombre más de su gusto, fuera del finado, era Rafael. Si Enriqueta cometiera el disparate de casarse con otro, y Rafael le pidiese su mano ¿podría negarse? Iba cayendo en una modorra deliciosa, pero un impulso íntimo la hizo pellizcarse atrozmente.

Las pruebas de página tornaron a reunirlos cada semana. Cuando le trajeron la segunda remesa, antes que la pareja llegara a comer, pensó en qué olor tendría ella. Vigilaba las ollas y apenas todo estuvo en su punto, fue a acicalarse, y se echó unas gotitas de una esencia muy fina que se mezquinaba. Veía en el espejo sus mejillas sonrosadas y sus ojos de expresión dormida. Es tremendo —pensó— que digan de una: “qué

olor tan raro tiene". Recordaba a un novio que se alejó de su prometida porque su cabellera olía a fermento.

Enriqueta estuvo chispeante, comió con apetito y el vino, al final, la adormiló:

—Si estuviera al lado de mi casa, correría porque me caigo de sueño. ¿Me dejas tenderme un rato?

Clarita la condujo a su dormitorio.

Pusiéronse a leer. Ahora era fácil porque los errores escaseaban. Sería un libro hermoso. Qué felicidad la suya de haber sido mujer de tan buen escritor. Rafael tenía razón; en pocos meses tal vez no quedara un ejemplar.

Por fin la obra se imprimió. Pronto dos pionetas entraban paquete tras paquete. Llenóse una pared del comedor. El resto hubo de ser arrimado al muro del dormitorio. Su departamento asumió apariencia de bodega. Igual impresión produjo a sus amigas y conocidos. Era increíble que los libros ocuparan tanto espacio.

Hubo nuevas reuniones para dedicar ejemplares.

—A éste —dictaba Rafael— póngale "al ilustre crítico". Es pasional y si está lunático no escribe una línea. Libro sobre el cual no habla es como si no apareciera. Hay que tener cuidado.

Clarita escribía y firmaba. No dejaba de producirle algún orgullo ser la viuda de un escritor importante. Enriqueta hacía los sobres.

—Ese prefiere que lo llamen poeta, aunque sólo vale

como crítico. Dígale “al delicado poeta” o algo así. Le gustará.

A los amigos no les enviaron porque, era lógico, serían lectores obligatorios.

—A Montero no sé si deberíamos mandárselo. ¿Qué opina usted? Puede tratarse de un libro de minería y siempre dirá locuras: las palomas, los caracoles, el viento, los nardos y, cuando menos se espera, agregará las palabras vivencia o temática. Quizás este lenguaje signifique algo para ciertos lectores. ¡Todo es muy misterioso! Dígale: “al crítico de sensibilidad y visión moderna”. Puede hacerle efecto. ¡Es hombre difícil!

Cada librería no aceptó más de tres ejemplares a consignación, por falta de espacio. Prometían, eso sí, no bien se vendieran, pedir otros. Clarita colocó entre libreros y críticos alrededor de cincuenta. Con tristeza miraba las altas rumas que obstruían su departamentito.

Un temblor fortísimo desmoronó los paquetes y hubo de pedir auxilio a Rafael, que era alto, para encaramarlos. Empezaron el acomodo, ella con delantal y él con una bata del finado. Enriqueta, más endeble, limpiaba los paquetes. Al rato exclamó:

—¡Tengo polvo hasta en las uñas de los pies! Dejen que tome aire. Ustedes son impermeables.

Clarita también sentía pesados los ojos, algún entondecimiento y aspereza en sus manos, de modo que cuan-

do Rafael colocó el último, dio un suspiro y se arrellanó.

Mientras comían, Enriqueta dijo:  
—Tanto placer que siente una leyendo, pero los entretelonés qué fastidio producen. Cuánto más tendrán que hacer ustedes. ¡Los compadezcó!

De los críticos, uno recordó breve y afectuosamente al autor; otro alabó la presentación del libro y el tipo que permitía leer sin fatiga, en pocas líneas, pero en cuanto a juicio se escabulló; el tercero considerábalo de talento, también en contadas palabras. “De haber tenido más oficio —agregó— hubiera llegado muy alto”. Ninguno más se pronunció.

Clarita, espantada con el feo aspecto de los bultos, terrosos por añadidura, pagó a un muchachón para que los limpiara. Se le ocurrió que una cortina podía ocultarlos. Apenas el cortinero la puso mejoró la vista de los cuartos. Sin embargo, no había persona que no levantara una punta para atisbar.

—En ciudades y pueblos, por ser más quieta la existencia, se lee bastante —aseguró Rafael—. ¿Por qué no enviar a los libreros de provincia?

—De soltera veraneábamos en un fundo —agregó Enriqueta— y leía una novela para comenzar la otra al anochecer. Nunca leí tan seguido como entonces. Tú comprendes, Clarita, allí es pura naturaleza. Los profesionales se aburrirían sin lectura. A lo mejor agotan la obra.

Comenzó a venir más a menudo su prima Estefanía, que no se dejaba ver sino una o dos veces al año. Verdad es que jamás apareció sin algún embeleco, pues era generosa, alta, de bonitos ojos, andar lento y maneras sobrias y agradables, lo que se llama distinguida. Al enviudar quedó con una pensión insignificante que cubría su desayuno y almuerzo. Se vio obligada a coser, oficio aprendido en las monjas. A pesar de su empeño transcurrían semanas sin ningún encargo.

Se entretuvieron en despachar a las provincias. Rafael hizo los paquetes, los ataba Clarita, y Enriqueta, hábil en reservarse lo más liviano, escribía las direcciones. Todos tres veían hombres y mujeres del interior leyendo **El Gozo Divino** en calles, plazas y hogares; unos al alba, otros al mediodía y los más en la alta noche. A ratos pensaban que los ejemplares podían hacerse pocos.

Rafael, a la hora del café, se refirió a los críticos:

—No faltan los críticos agriados, no porque ellos o los libros sean malos. ¡Nada de eso! Es por achaques del estómago o por tener esposas gruñonas, exasperantes, traperas, celosas o mandonas. No pudiendo pegarles, le atracan a los autores o los silencian. ¿No sería bueno estimular la venta con avisos? Ayer un hombre maduro leía la obra en el autobús. Me dieron deseos de abrazarlo. Cuántos lectores la comprarían si se hablara más de ella.

Clarita insertó propaganda en el gran diario liberal

conservador. ¡Qué caros eran los avisos! Pero lo pusieron en vida social, al pie de una lista de damas notables.

Mas, ningún librero hizo nuevo pedido.

Otro amigo entendido y culto expresó:

—No se aflija por lo que opinan esos escritores —era degado, fulgurante y trabajaba en una novela maciza que sorprendería (según él). Ninguno se atrevió a negar el talento de Juan Carlos. ¡Habríamos saltado todos! El lector dirá la última palabra. Esté segura que **El Gozo Divino** apenas sea leído por cierto número, cobrará fuerza. Valdría la pena obsequiar muchos ejemplares a la Biblioteca Nacional para que ésta los envíe a las del interior.

—¡Qué idea excelente! —exclamó Clarita—. No le importaba recuperar lo gastado, pero despejar su departamento era su ideal íntimo. Nunca pensó que los libros pudieran ser un tormento.

—¿Cuánto nos podría donar? —preguntó el bibliotecario.

—¡Mil ochocientos! —declaró ella.

—Conocemos la pluma del autor y ¡con qué gusto los recibiríamos! Pero, fíjese: no hay rincón sin montones de impresos. Las demás salas también se hallan atestadas. ¿Dónde ponerlos? Faltan catalogadores; la encuadernación no tiene un centavo. Es que el gobierno ha comprado dos cruceros. Además se imprime en demasía. ¿Calcula cuántos escriben llenos de ilusiones?

Pueden ser miles. ¡El deseo de inmortalidad es tremendo! Si la imprenta no fuera prohibitiva, aparecerían centenares de libros cada mañana. Del extranjero llegan en todos los barcos. Nos haría un servicio regalándonos veinte al año. Podemos darle una lista de las bibliotecas del país. ¿Podría enviárselos por su cuenta?

Los libreros, pasado el semestre, liquidáronle veintidós ejemplares. No obstante, oyó elogios de sus amistades, de compañeros de Juan Carlos, de amigos de Rafael y de Enriqueta. ¿Serían de cincuenta personas? Eso significa entonces que una obra es leída, gratuitamente, por muchísimos. Ahora comprendía por qué su marido se negó a escribir con regularidad. No hubiera ganado ni para zapatos.

Al comenzar las lluvias, un ventarrán movió las tejas y un hilillo barroso penetró en el comedor sin que pudiera advertirlo hasta la mañana siguiente. Manchóse el cortinaje y varios paquetes se mojaron. Lamentó que la cortina, lavada y relavada, quedase con una fea mancha.

Pidió cuentas a los libreros de provincias. Uno le remitió tres volúmenes desteñidos; los demás no respondieron. Ella, temerosa de recibir otras devoluciones, no quiso escribir nuevamente a los remisos.

Enriqueta le decía:

—¿Por qué no buscas un cuarto en casa de señoras solas? No arriendan por no lidiar con los demás, pero

les encanta que les alquilen para guardar cosas. Allí estarían muy bien los libros.

Renació su esperanza de ver el departamento sin ese aire de bodega, y limpio. Miró avisos; copió direcciones; visitó casas. Ningún cuarto estaba a su alcance. Además la mortificaban con tantas preguntas, acaso temiendo que fueran obras prohibidas y echarse la policía encima.

Rafael, consolador (pero a disgusto consigo por haberla instado a imprimir la obra) le expresaba:

— Considere, Clarita, que en un país como el nuestro se leen miles de obras diversas. Los lectores que corresponden a cada autor son pocos (Clarita decía: “¿por qué me aseguró entonces que se venderían en un santiamén?”). Hay libros que se imponen inmediatamente y otros que conservan su interés, digamos: **Los Tres Mosqueteros**, los de Julio Verne. ¿Qué me dice de los de historia? Chileno que entera cuarenta años no pone sus ojos en otros. Quedan las novelas eróticas. Excepcional es el adulto que no sepa por experiencia suya, directa, lo suficiente; algunos podrían ser profesores. A pesar de esto qué escasos son los hombres, y también las mujeres, que no las devoren. Un libro de artículos varios, como el de Juan Carlos, por bueno que sea, se vende menos que otros de asunto único o en el que las partes van enlazadas por una idea común. Además, los compradores no abundan. ¡Veo el asombro en sus ojos! Hay sujetos que leen en bibliotecas, sin gastar un cen-

tavo, ó aguardan que un conocido lo compre para pedírselo. Otros aprenden oyendo, inclusive altos profesionales y poetas. Usted le cuenta una novela a su amiga y ésta la repetirá con pelos y señales, igual que si la hubiera releído. También hay quien hereda libros, la biblioteca de un tío, que leen y releen durante su vida. Asombra su saber, pero sorprende su ignorancia en obras posteriores. Son como aquellos que conocen del paisaje únicamente lo que divisan por su ventana. Volviendo a lo nuestro, le diré que existen libros que no se agotan rápidamente y esto no prueba que sean malos. Más tarde prenden y la gente los pide.

Clarita dudaba del porvenir de la obra de Juan Carlos. Nadie la pedía.

“Una por dentro —decíase— debe de ser la mitad buena y la mitad mala. Me fastidia **El Gozo Divino**. Aunque sea de mi marido que adoro, que fue incomparable”.

A fin de mes vino el muchacho de la limpieza y Clarita le oyó:

—Buena plata le darían si los vendiera por kilos.

—¡Qué idea más absurda! —protestó ella.

Cuando Rafael y Enriqueta llegaron, Clarita les contó lo dicho por el mozalbete.

—Un libro pertenece al pueblo, a la humanidad —expresó contrariado Rafael—. No cabe darle otro uso que la lectura. Venderlo puede ser lo de menos, pero hay que divulgarlo. ¿Por qué no abandonarlos de uno en

uno en el autobús? Llegaría a manos de seres humildes que jamás disponen de esa expansión espiritual. Es increíble lo que un libro camina. Fuera de los salvajes, que suelen encandilar el fuego con él, no hay quien no lo conserve.

Clarita entusiasmada, cada día durante una semana, olvidó un ejemplar.

En la siguiente primaron los honrados. Apenas iba a descender, le gritaban:

—¡Señora... se le quedó un libro!

—En tal caso —sugirió Rafael— hay que bajar no más, sin volver la cabeza.

Le fue bien por un tiempo. Después, oyó decir a sus espaldas:

—¿No comprende que es sorda? ¡Corra a entregárselo!

Seguía, sin embargo, abandonando volúmenes. Su vena práctica la llevó a calcular que tardaría diez años en divulgarlos todos.

Rafael, iluminado, la informó:

—He conocido un pedagogo. ¡Qué lenguaje tan escogido el suyo! Vale la pena oírle; cuando quiera se lo traigo. Me dijo algo notable: que en los colegios particulares premian con un libro a los alumnos sobresalientes. ¿Le parece bien escribir a los directores?

—Ay, Rafael, no sabría cómo pagar sus desvelos. Es una idea genial. Esta noche le daré un postre digno de usted.

De sobremesa él redactó el borrador y, en seguida, todos hicieron copias. Hubo que menudear las reuniones, pues dichas escuelas son centenares. La prima Estefanía, con esa letra sublime aprendida en las monjas, escribió los sobres. Rafael esperaba colocar quinientos ejemplares, Enriqueta mil. Clarita contentábase con trescientos.

No tardaron en llegar señoras y caballeros, personas cautas. Hojearon **El Gozo Divino**. Como no vinieron a la vez, sino a ratos perdidos, para ellos, Clarita estuvo clavada más de una quincena.

Varios curas terminaron por decir que les gustaría variar el regalo anual, pero que finalmente se quedaban con el Kempis. ¡Era inmejorable! Las monjas, con rodeos, sugerían que **El Gozo Divino** tenía algo raro. Es seguro que para personas formadas podía ser bueno, pero ellas, ¿por qué no decirlo? sólo confiaban en la **Vida** de Santa Teresa. No se halla obra semejante para guiar a la joven cristiana, a la madre cristiana, y desaparecían.

Las señoras y los caballeros, corteses, llenos de urbanidad, aunque expeliendo frío, leían un párrafo, volvían la página, sonrientes o severos, más severos aún los de confesión protestante, y todas y todos terminaban excusándose. Había que dar obras ejemplares, en que la moralidad sea lo primordial. Ellos se retiraban con genuflexiones. Las directoras, agraviadas. ¿Por qué? Raramente, en alguna página del libro decíase: "la be-

só con frenesí” o “la oprimió entre sus brazos”. Como se ve, no era para tanto.

Después nadie vino.

—¿Crees tú que exista una que no haya visto, de niña, besarse a su hermana o a la sirvienta? —preguntó Estefanía.

—Bueno. Les gusta ver el mundo como se les antoja —agregó Clarita.

—Sin embargo, no pueden impedir que una hija se les escape con cualquiera, cuando les nace precisada —aseguró Estefanía, por lo general nada habladora.

—Cada ser, antes de la juventud es un secreto —adujo Rafael—. Estas gentes graves no consideran que el pequeño ensaya día tras día lo que hará cuando grande. Soy fatalista. Contra una mala tendencia, si hay remedio, es el cariño. No se ha inventado nada mejor.

Clarita hallábase preocupada. De su propiedad no le enviaban un centavo. Al parecer son más frecuentes las heladas en los campos, y las lluvias, que en la ciudad purifican la atmósfera, allí caen justo para botar la fruta naciente o tender los trigales, y cuando no es esto, los ríos, también abundantes, salen de su cauce, dan un paseo por vastas extensiones y dejan pedregales y ¿qué germina de las piedras?

Decidió irse al sur.

A cargo del departamento dejó a Estefanía. La pobre andaba muy pulcra, pero eran vestidos de años opulentos.

Salvo las rumas de volúmenes, que tan feo aspecto daban al comedorcito, convertido en probador, Estefanía sintióse contenta.

Antes de partir, Clarita la emplazó:

—Puedes regalar libros a quienes quieras, pero ¡júrame que no los venderás al peso! Sería una profanación.

Estefanía en cada paquete de costura deslizaba un libro. Alguna le devolvió el segundo recordándole que lo había recibido con el abrigo azul.

A comienzos de mes vinieron unos cuantos mendigos. ¿Qué ofrecerles si carecía de dinero? Mas, una súbita iluminación la hizo declarar:

—Les regalo esta obra. Véndanla y obtendrán más de lo que yo pudiera darles.

Los pedigüeños se presentaron en el mes siguiente, muy interesados; después pareció que nunca hubieran existido.

A donde fuera Estefanía llevaba un volumen para obsequiarlo, además del que perdía en el autobús. En tal o cual ocasión alguien quiso restituírselo. Ella, muy digna, declaró que suyo no era.

—Extraño se ve el probador —le dijo una señora aséptica, flaca, con horror al polvo. La intrusa había levantado la cortina. Entre los paquetes, algo desteñidos, a pesar del activo plumero, la tierra era suficiente para llenar un pequeño macetero.

Obsesionada, cavilando sin cesar, se le ocurrió ir a los

conventos. Entregaba un pulcro paquete de cinco ejemplares al monje portero. Quería el parecer de la comunidad para poner o no la obra en todas las manos, era su pretexto. No dejó convento sin visitar y jamás regresaba por la respuesta. Al cabo de meses recibió devoluciones de dos comunidades. Suponíanla enferma y agregaban que el libro podía tenerse por moral.

De su puerta abría sólo una mano. Convino con el lechero en dejar la botella tras la cerrada. Desaparecieron la primera y la segunda. Estefanía no se enojó y sí se la vio reír a menudo. A diario dejó allí un ejemplar primorosamente envuelto. Antes del mediodía se lo hurtaban.

Apenas vino Clarita le contó qué había hecho. Orgullosa mostróle cuan baja se hallaba una de las rumas.

—Cuando se terminen, te vas a vivir conmigo al campo. Mientras, espero tenerte allá en el verano.

Clarita había engordado. Veíasela más resuelta, con su voluntad en desarrollo, sus mejillas rosadas y todos sus imanes femeninos en esplendor. Su tierra producía. Un propietario tímido, con sed de amor, la rondaba. De querer, diciendo una palabra, se casarían.

—Tú sabes que cuesta volver a la vida de soltera. En sueños me veo casada, a ratos contenta. Despierta, no encuentro quien se compare a Juan Carlos. Era único.

A pesar de su esfuerzo Estefanía, que no era pesimista, estaba cierta que por muchos años tendría por

lo menos una ruma de libros. No era cosa de andar repartiéndolos puerta por puerta.

Había dejado de interesarle lo que antes formaba el núcleo de sus intereses: ver amigas, ir a misa, pasear por el centro comercial de la ciudad mirando rostros y vitrinas, echar una prudente mirada a ciertos varones. ¿No habría, entre tantos, uno que llegara a quererla? Considerábase joven, con salud, y sola la vida tenía escaso sentido. ¿Y si le salía un pretendiente jugador, espiritista, músico, pintor o fanático de algo? ¿No sería para ella igual que estar viuda? Los hombres en la intimidad suelen ser extraños. Su difunto marido, tan cortés, ¿no pasaba horas encerrado en su escritorio mirando la pared como si viera visiones? Todo esto la retraía. Si alguna vez se viera libre del sin fin de libros, pero ¿cuándo? sin vacilar iríase al campo a vivir con su prima Clarita.

Por suerte abundaba la costura y no podía dar abasto, a pesar de sus dos ayudantas.

Inesperadamente se presentó un individuo, en camino de envejecer, cuyo rostro era todavía de niño.

—He venido a molestar, señora; necesito de esos libros... **El Gozo Divino**. No quedan en ninguna librería.

Estefanía no recordaba a nadie que por gusto lo hubiera solicitado. Le impresionó que éste, de tan humilde apariencia, zapatero tal vez, demostrase un

interés parecido al que provocan las cosas indispensables. A lo mejor lo tenía por manual de algo.

—¿Cómo conoció **El Gozo Divino**?

—Verá, señora. Hace meses se me acercó un mendigo. Dudé en socorrerlo porque un prójimo, viejo y todo, puede ganarse el pan. Hay tantos quehaceres livianos que ni siquiera exigen moverse. Viéndome indeciso, el pordiosero agregó: “deme por este libro lo que le nazca”. Era distinto. Trocaba mi plata por algo. Me quedé con la obra y debo confesarle que la olvidé. De día, trabajo; al anochecer voy al templo. ¿No le dije que soy de los Hijos de Jahvé? Hay que atender a hermanos que luchan con dificultades. Soy el segundo de la comunidad, que fundó un gringo delgadito, muy sabio, un santo. Nos confunden con los evangelistas, pero usted acaso no sepa que honramos el milagro de Sara. ¿Ha leído la Biblia? De las parejas sin hijos que van al culto, varias, gracias a su vida pura, ya los tienen. La última prueba de la voluntad de Jahvé favoreció a un matrimonio estéril durante veinte años. ¿No es para volverse loco de sorpresa? Bueno, ¿qué le iba diciendo? A mi edad se pierde el hilo. Ah, sí, una noche, buscando no recuerdo qué, puse la mano en **El Gozo Divino**. ¡Usted no lo creerá! Lo leí, en cada rato libre, hasta concluirlo. A medida que avanzaba, me sentía más y más dichoso. En esa obra viene explicada con sencillez nuestra religión. En cada artículo hay una parte. No falta palabra. Y como somos gente trabaja-

dora, que ignora otras lenguas, y los libros del culto están en inglés, figúrese si tendría o no razón para alegrarme. Se lo llevé volando a nuestro pastor. Cuando fui de nuevo, me pidió: "hermano Astudillo, búscame más libros de éstos, pues nos servirán de guía". Conseguí pocos. Deben de habérselos peleado. Mandamos uno a cada país y llegaron cartas pidiendo más. Los argentinos, ya sabe lo orgullosos que son, los paraguayos, los cubanos, todos lo querían.

Estefanía negábase a creer en lo que oía, pero la actitud del Hijo de Jahvé era muy neta, y sólo acertó a responder:

—¡Me alegra tanto oírlo! Puedo darle cuantos...

—No se trata de eso, señora. Mis hermanos desean adquirirlos por su precio. El beneficio para nosotros es que exista una obra tan necesaria. Si me dice cuántos hay y lo que cuestan, mañana vendremos a retirarlos.

Ajustaron trato y Estefanía, ya sola, creía en un encantamiento y se pasaba las manos por sus mejillas, y fue al patio a sentir el aire.

Por si fuera verdad, deshizo dos paquetes de costura en que puso sendos ejemplares. Al anoecer, transida por raptos de felicidad y de llanto, salió a contárselo a Rafael.

Este escuchaba, pedía detalles, poníase radiante y se preguntó:

—¿Sería el mismo gringuito que estuvo un mes con Juan Carlos? Esa podía ser la causa de que éste dijera

a veces: "los hijos de la carne mantienen la vida; los de Jahvé la engrandecen". A pesar de lo mundano que fue, Juan Carlos había en él un brote evangelista, pero nunca bien visible.

Enriqueta no tardó en exclamar:

—¿No dije hasta el cansancio que se los arrebatarián?

Rafael propuso:

—Debemos enviar un telegrama a Clarita diciéndole, por ejemplo: "Vendido hasta el último libro de Juan Carlos. Véngase".

—¡Muy bien! —gritaron ambas mujeres, de pie, a punto de entregarse a una danza de su propia invención.

## LA SIMULADORA

A Rebeca Recabarren.

EL TRANVIA hallábase tan repleto que si alguien levantaba el pie, era menester mantenerlo en el aire, pues otro pie se había corrido al hueco. La mansedumbre para viajar en estrechura, alojar en cuartos hórridos, causa la impresión de que el pueblo está muerto. Menos mal que era invierno. El tiempo sentíase gélido y el interior ofrecía una grata tibieza de establo.

Iba en mitad del pasillo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

La anónima pregunta me hizo mirar.

Otra voz agregó:

—No es nada.

—Le ha dado un ataque.

En los asientos de la izquierda, un teniente de ejército se inclina rítmicamente. Me acerqué con dificultad. El militar sujetaba a una mujer joven y mísera que, víctima de un síncope, se caía de su asiento.

Demandó trabajo sostenerla y, más todavía, enderezarle la cabeza. Por más que el teniente asegurase que estaba en plena reacción, no volvía de su trance. Una señorita atractiva, eso sí que imperiosa, me dijo secamente:

—¡Fricciónele las muñecas; es lo que se debe hacer!  
Me eché hacia atrás, porque las órdenes me producen algo semejante a la urticaria, y afectando el mayor comedimiento le sugerí, con ademanes, que ella hiciera el milagro. Comenzó la hermosa doncella a friccionarla y la enferma fue dando muestra de que salía de su inconsciencia.

—¿Qué tiene? ¿Le dan ataques a menudo? —preguntaron los pasajeros más inmediatos.

—Llevo dos días sin comer —expresó con un hilillo de voz—. Iba en busca de ocupación. Ay, ¿qué me pasa? Tengo los ojos entelados. Todo lo veo oscuro, ¿o es de noche?

Era blanca, algo trompuda, gorda, de ojos celestes. A pesar del trastorno sus mejillas seguían sonrosadas. La estatua de una persona igual a ella haría decir: ¡le falta mucho para estar terminada!

La gente mostró silencioso asombro. Otras palabras lamentables fue diciendo la cuitada.

—¡Por Dios! ¿Dónde estoy? ¡Que me favorezcan con una taza de agua caliente!

—Vamos a llegar a la asistencia pública. Allí le darán lo que necesite —aseguró un arbitrista.

—En tiempos de Ibáñez no ocurrían estas cosas —agregó, con aspereza, un sujeto huesudo, vestido con traje de buen origen pero en vías de deshilacharse.

El auditorio le observó con desconfianza.

—Esta es la famosa prosperidad de la derecha —ex-

clamó un cristiano altivo y miró en torno por si cabía pegarle a uno.

—Se equivoca. La derecha siempre está próspera —repuso un radical, flaco todavía.

Conmovidó por la hambrienta, vacié en su falda unas monedas. Me encontraba cesante, pero aún tenía de comer. Descartar la posibilidad de desmayarme por idéntica causa érame imposible.

Un caballero de magnífico sobretodo, dejó un billete en el regazo de la pobre, no sin dirigirme una rápida mirada desdeñosa. No hice caso. Otros hombres y mujeres de emoción más contenida fueron depositando monedas pequeñas. Con todo eso la desmayada podía subsistir una semana.

Apoyándose en unos y otros, con paso inseguro, avanzó hacia la plataforma delantera.

—¡Qué débil me siento! Bajaré a tomar un platito de caldo.

En mi casa, no sobra anticipar que odio lo dramático, conté el suceso y fui observado con extrañeza porque estaba trémulo. Oír cualquier relato sobre el hambre es penoso; ver al hambriento desmoraliza. Poco después, cómo se borra lo doloroso, olvidé el hecho. Debo confesar, en mi descargo, que me sustentaba de pequeñas comisiones. Minuto tras minuto concebía cómo hacer una venta, cómo lograr que el coleccionista

me pagase en seguida. Mi mente no tenía descanso. La incertidumbre me convirtió, con los años, en ulceroso.

Regresé al centro de la ciudad alrededor de las cuatro. ¿Quién, en esa tarde, me haría ganar lo suficiente para cubrir el arriendo? Estos eran los nobles pensamientos que me embargaban. Regustábalos hasta dar con la solución teórica. En mediodía no era viable visitar a más de cuatro personas. Lo importante era elegir las tan bien para que una, al menos, adquiriese una pintura, un grabado, un libro de precio.

Tal vez pasaron diez minutos y no me afectaba que el tranvía corriera y crujiere. Alguien tocó mi brazo. Era mi vecina, señora de rostro angustiado, propensa al llanto, cuya existencia era una sucesión de sínopes. ¡Con qué facilidad descubría lo pesaroso!

Moviéronse los pasajeros delante de nosotros.

Miré y, como no pudiera enterarme, avanzamos. Dos hombres, esforzándose, pretendían mantener derecha en su asiento a una joven. “Esto es un horror”, pensé. ¿Será otra fatiga causada por el hambre? Me sobrecogió la más grande indignación. Una parte de culpa, muy pequeña, correspondíame porque, ocupado sólo en lo mío, no destinaba ni siquiera un rato al bien común. Sentí vergüenza y deseos de gritar o romper lo que fuera. Debí hacerlo. El freno contra el ridículo me contuvo. Me hice el propósito de no tolerar injusticia ninguna, de protestar individualmente y seguir todos

los consejos de la emoción que en ese instante me re-  
mecía.

Los individuos habían conseguido sentar a la víctima, aún inconsciente y con su cabeza caída. Teníanla sujeta por los brazos y conseguí verla (¡Silencio: era la mujer de la mañana!).

A la vecina la vi dispuesta a sufrir. Ya se le escapaban unas lágrimas iniciales. Como su piadoso corazón la sumergía fácilmente en el desmayo, quise evitárselo y, al oído, le confíé mis dudas. Seguro estoy de que no me lo agradeció y sí le causé desilusión.

Uno de los que sostenían a la paciente, mozo de anchas espaldas, con jersey café, dábase tiempo para vituperar el régimen. Buena parte de sus frases constituían delito. En cambio, el señor que la cogió del otro brazo, con aspecto de jubilado, como de paso entre los vivos, era de sangre menos ardiente y no despegó los labios.

No me atreví a propalar mi secreto. Por timidez o por la compasión que inspira la desgracia, aunque sea simulada, me callé, y cuando los pasajeros comenzaron a echarle monedas en el regazo, igual que en la mañana, agregué, sin ilusión, la mía. Conmovíame ese remozamiento súbito de la piedad. Al sentirla, mujeres y hombres se revisten de cierta hermosura, y se vuelve a confiar en el ser humano.

La desdichada iba reponiéndose. Dijo que no había probado alimento desde anteaayer; que anduvo buscan-

do empleo, sin suerte, y que en ese momento no veía con nitidez, consecuencia, acaso, de la suma debilidad en que se hallaba.

Una señora compasiva y práctica, se le aproximó:

—¿De qué desea ocuparse, hijita? Porque necesito una niña de la mano...

Como la infeliz no salía de su marasmo, dejó sin respuesta la tentadora proposición. Sólo pudo decir una que otra frase incoherente y, por lo mismo, conmovedora.

Vino a ocupar un asiento cercano una dama de severo perfil, en cuyo sombrero alzábase una pluma airosa. Los últimos donantes dejaban su óbolo en la falda de la cuitada, y luego poníanse en acecho de los retrasados y más aún de los impasibles. La advenediza de la pluma verde, no pudo sufrir en silencio la presión de tantas miradas, nada cordiales además, y declaró que no daría, ahora, porque lo hizo al presenciar otro ataque padecido por la misma persona. A su parecer veníanle desmayos cada vez que abundaba la gente en torno suyo.

El socialista del jersey, ¡también podía ser ácrata! se puso rojo y con gran violencia le espetó:

—¿Cómo puede sostener que es un ataque fingido? ¿No la vio caída en su asiento, más para la otra vida que para ésta, envarada, sin habla? ¡Mentira parece que haya personas tan inhumanas y tan...! —Se mordió los labios y no quiso decir más. Sin ser adivino po-

día apreciarse que entre los labios y los dientes, sellados, pugnaban atroces injurias.

La dama, aunque sincera, no fue oportuna. El ambiente, transido de piedad, no admitía reparos. Era natural que se tornara en un monstruo, en ser de viscosa apariencia. La miraban de soslayo, no sin repugnancia y, al descender, hubo quienes se inclinaron para seguir su nervioso andar.

—Algunos creen haber conseguido mucho con la supresión de la esclavitud —expresó un cincuentón bigotudo, con abundantes diarios viejos bajo el brazo—. El esclavo tenía comida segura. ¿Le ocurre algo semejante al trabajador actual? No hay ni que pensarlo. Se le contrata para un quehacer y se le paga lo que es costumbre. ¿Que se porta mal? Se acude a otro hombre libre y se le ofrece lo mismo. ¿Que se enferma? Se le manda a su casa. ¿Que se muere? Si era bueno se le sentirá, pero en el acto se acudirá a un tercer hombre libre y ¡santas pascuas!

—¡Se echa de ver que está con toda la cuerda! —exclamó un mozalbete.

Al monologuista le disgustó se le comparase con un gramófono y, enmudeciendo, miró a la calle.

Gracias a la cariñosa solicitud de los presentes, la hambrienta se repuso; pudo hablar con orden, apreciar el lugar por donde iba y manejar sus manos. Con naturalidad juntó los donativos, los hizo desaparecer en los pliegues de su pollera y trató de incorporarse. El

del jersey ofreciéndole apoyo. Aunque sus piernas parecían debilitadas, tomándose de cuanto pasajero hallaba cerca, llegó a la puerta; vacilando, pero animosa, entre ayes y suspiros, tal vez con la visión todavía no muy clara, descendió.

## EL AMANTE PRESUROSO

A Manuel Rojas S.

ME ABRAZA y queda con su rostro pegado al mío. “¡Cuánto te amo, no puedes imaginar hasta qué punto te recuerdo! Vivo cuando pienso en ti, pero siéntate, te quitaré el abrigo. Ah, toma ese traguito ¿es bueno, verdad? Estaba sufriendo al pensar que pudieras retrasarte. Si no estoy contigo las horas no pasan. ¿No te sirves una galletita, una aceituna? Están sabrosas”.

Habla paseándose, nervioso. Tú sabes que es delgado, narigón, con la mirada ardiente. Esto último fue lo que me gustó al conocerlo. Te mira y te enciende.

“Sírrete otro trago, acompáñame. ¿Andas perfumada? Qué agradable. Deja olerte. Eres sublime”.

Se sienta en el sofá junto a mí. Me oprime, enmudece y como si nada me desabotona un poco. En seguida se levanta y prosigue su paseo. Quiero decir algo, no me deja.

“Qué tarde es para todo, con esa mujer enferma los más de los días y varios chiquillos, que ni siquiera son buenos estudiantes. ¿Cómo separarme? ¿Es que no tengo derecho a ser feliz? ¿No amo, no soy amado? ¡Qué tesoro eres, cómo te sacrificas por mí! Pero la

pobre, además de enfermiza, no sabe atar ni desatar en cosas prácticas. Aunque le diera una buena pensión, a mitad de mes no tendría un centavo. Sus hijos la dominan (dame para esto mamá, dame para lo otro, voy cerca, vuelvo en seguida). He consultado a un psicólogo; es para peor. La ruptura de un matrimonio dijo, produce en los niños tormentos morales, fuera de alteraciones en la conducta: roban, esquilman a sus padres, abandonan el hogar, y con la responsabilidad que tengo encima, yo que manejo tanta gente”, y disimulado mira la hora.

“¿No fumas? Son realmente buenos, me los trajeron los accionistas holandeses que vienen una vez al año. En fin, qué pena todo, tengo que andar con ellos, comer con ellos, llevarlos a sitios característicos, si los vieras mirar los cerros, y el problema de mi casa, y el mío y el tuyo”.

Vuelve a sentarse, me coge y besa como para hacerme un collar.

“¡No estés incómoda por mí!” y me quita los zapatos, pero mira el reloj. Es un tic, se levanta, sirve otro trago, sigue paseándose. “Ah, no te he preguntado por tu mamá, está bien, seguramente y se lo merece”.

Me sirve, bebemos, si no lo hago me estaría enfocando con ese mirar afiebrado que es el suyo y que a ratos me da miedo.

“No has probado ni una galleta, ni un pastelito. Soy prisionero de los gerentes. Dicen: con esto ganaríamos,

aquello es peligroso, la nueva operación es segura. Pongámosle el hombro. Con lo que tengo podríamos vivir en el campo, sé que no te gusta, en la playa entonces. Me tienen amarrado, a ratos me tienta un negocio brillante, es un vicio, ¿comprendes? Y esos niños tan flojos. Por suerte mi esposa ha mejorado, pero la atención a los holandeses ten la seguridad que la echará a la cama, y más problemas, y una huelga con los holandeses encima, la estoy sujetando, y yo atado y tú sacrificada. ¡Si no te tuviera sería terrible!”

Se desploma junto a mí, sigue con sus palabras entrecortadas y luego si yo me pusiera de pie, estoy segura, que se me caería toda la ropa. No sé qué habilidad tiene. Es muy cargante también que no cese de ver la hora.

Me sirve el último trago y, hablando con desesperación y entremezclando muchos requiebros, me transporta por los aires, es muy forzado, y no sé más de mí. Reposa unos minutos, todavía me tiene apegada a su cuerpo, y continúa: “y esos majaderos ya estarán en la sala de directorio con los accionistas holandeses. ¡Es extraño que se haya atrasado! dirán. Y uno no puede prolongar su dicha, no puede entregarse al amor que es su vida, porque los mentecatos viven sólo para amasar dinero. ¡Quédense con el dinero, yo quiero ser feliz! les diría si fuera fácil liquidar”.

Con movimientos delicados se aparta y va vistiéndose cuidadosamente. ¡Como que debe llegar a la se-

sión! Antes de irse me besa con frenesí, se arregla la corbata, se alisa las solapas. Desde la puerta vuelve y me besa los cabellos. Parte, abre, vacila, regresa y me besa en los párpados. Se endereza, levanta los brazos y exclama: "¡Tener que irme!" Siento cerrar la puerta y lloro tendida largo rato.

No. Es una vida absurda. La primera vez que me llevó a su departamento expresó ideas muy hermosas, me dio un trago, tomó un libro y me leyó unas páginas sobre el amor. ¡Te juro que era lo más delicado que oí en mi vida! Resultaba natural que en cada intervalo me besara, pero apenas comenzó a soltarme los botones, me resistí. ¿Por quién me había tomado? Se volvió loco besándome hasta los zapatos, tal como te digo, y de repente ¡zas! tirón a la blusa, me la desgarró. ¡Fíjese en lo que hace! exclamé.

"¡Tu amor me tiene ciego, inconsciente, repararé el daño, no controlo mis músculos, quise acariciarte!"

¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? No le creí ni quise resistir porque me hubiera quedado en tirillas. Al día siguiente me envió no uno, sino dos trajes preciosos, no puedo negar que tiene gusto, y varios libros apasionantes.

Esa vez le dí mi teléfono y acepté que me llamara don Néstor. ¡Qué tontería! Soy mujer y me dice don Néstor.

"No quiero comprometerte. Si acudes al teléfono, hablemos; si lo hace tu madre o la empleada, pasa por equivocación".

—Su secretaria llama y llama. “Preguntan por don Néstor” informa la sirvienta. Usted sabe que aquí nadie tiene tal nombre. Diga que se fijen bien en el número. Cinco minutos después estoy sola y él habla a torrentes, pero me pregunta y respondo. Vuelve a llamar. Y me llegan flores, una linda peineta, un pañuelo, una cartera, un prendedor de oro, no hay semana que no me envíe algo. Como a una le gustan las monerías y él se muestra tan apasionado, lo perdono.

—Sé que no se casará conmigo nunca. No me invita a lugares públicos, el encuentro es en un sitio solitario para meternos en otro más solitario todavía.

—“No hay como la naturaleza; respirar este aire con olor a campo reconforta. Tú sabes que me crié en el fundo de mi padre. A la oficina llegan gerentes, accionistas, pillos. ¡Tendremos que irnos al campo!

—Callo. Estoy sola aquí, en el campo sería peor que en un convento.

—He pensado terminar, pero no me oye ni me deja. Se me ocurrió una idea. Después de varias llamadas tuyas, le anuncié que me pretendía un boxeador alto, con cierta fortuna, que a la semana me ofreció matrimonio. Es bueno, aunque por ser boxeador querría concluir muchos asuntos a golpes. No sigamos viéndonos. Sé razonable. Tú nada puedes ofrecerme, excepto esas entrevistas tan rápidas, y quise agregarle: “en que hablas solo”.

—“¡Sin ti no podría vivir! Tú eres mi felicidad. ¿Quién

te dice que mi esposa no se allane a un arreglo? Deja que mis hijos crezcan algo más. La menor tiene quince. En dos años tendrá pretendiente. Saben que poseo unos pesos y quizás ya anden rondándola. Después haremos lo que nos dé gana. ¿Dijiste que es boxeador? No importa, yo tengo revólver. Si me ve guapear puede asustarse. Me ha ocurrido. Uno busca la seguridad en todo, pero en la defensa de su amor debe arriesgarse, y lo haré. Es verdad que podría menospreciarme por mi flacura, entonces no queda sino evitar que la bala le comprometa el corazón o el pulmón. Figúrate que suceda así. Se le extrae la bala de la pierna y el paciente se rehace. No voy a perder mi dinero por eso. ¿Me estás oyendo? Un poco de escándalo no mata. Mi mujer no querrá seguir conmigo y ¿lo ves? tras unos meses vamos en tren o en lo que sea a celebrar nuestra luna de miel. Dejo unos negocios y cada viernes partimos al campo, si estoy contigo el campo no te asustará. Supón que consigo liquidarlo todo. Pongo lo mío a interés en un banco, con un corredor no conviene aunque pague más. ¡En un banco sí, y nosotros en el campo, si no en las afueras de una ciudad, en una hijuela con árboles, cultivos, vacas, con amistades, no de gerentes ni accionistas, no, con un auto para ir de un lado a otro, y yo mirándote minuto a minuto, y tú junto a mí, cariñosa como siempre, ¿no te seduce? Deja al boxeador, esos sujetos tienen la cabeza sólo de adorno. No temas, si te sigue, lo provocho, como que hay Dios

lo provocho, ¿entendido? y si no se intimida, le disparo a un pie. Sana pronto, le doy indemnización y nosotros felices con árboles, flores y cerros a la vista. ¡Qué dicha! Y en las tardes tú me contarás tu vida entera, tus pensamientos, porque en estos cortos años he hablado solamente yo. Es que no bien te veo ansío contarte cuanto pasa por mí. Te espero el martes, no demores, a las seis, sabes cuán ocupado estoy, malditos negocios y los mentecatos que buscan dinero por cielo y tierra. ¿Me dices que no? Te llamo más tarde. Algún accionista golpea. No te puedes imaginar lo confianzudos que son”.

Se me acabó el boxeador y volví el martes porque me tenía histérica con “¿Está don Néstor?” Mi madre, sabes lo astuta que es, decía a cada instante: “raro es que la misma persona se equivoque tantas veces; no lo puedo comprender”. Me había dicho meses antes: “¡qué feo desgarrón tiene tu blusa! Parece hecho de intento. No lo puedo comprender”, y yo callada para no variar la primera mentira. Se creería que los hombres han nacido para embromarnos.

Si tuviera dinero me iría con mi madre al extranjero. No tengo otro medio de librarme de él.

Suelo pensar en otro, figurarme el porte, los ademanes, el rostro de ese hombre ideal con quien uno se casaría en el acto.

En la oficina miro a unos, otros se me acercan espontáneamente. Parecen pavos. Cuánto demoran en de-

cir la segunda frase y lo que les sale es resabido, destenido, tan sin gusto. No les doy alas aunque me dejen hablar. Me interesó un actor. En la escena, además de buenmozo, era tremendo. Lo aplaudí a rabiar. "¿Te lo presento?" Solía hablar con énfasis de asuntos que no valen la pena. ¿Qué sentiría, qué pensaría verdaderamente? Y otros, más jóvenes, no saben conversar.

Tengo treinta años. Los hombres inteligentes, con vida, con imaginación, están casados.

Debo seguir con él. Me acostumbré a su carácter. Es vehemente. No me explico de dónde saca tanto brío. Está lleno de electricidad. Sin saberlo, es también actor; representa su vida; es inútil resistirle porque con sus manos y toda su persona hace su idea, alegando que es para bien de una. Se ignora qué hará un minuto después; es generoso, te hace soñar, te convence, pero con él todo ocurre en poco tiempo; tiene una maña especial para desprenderse de ti en menos de una hora, y te deja contenta. Lo espera tal gerente, debe llegar a una reunión, come con el ministro.

Con él me siento otra, es como si corriera o si bailase, estoy más animada. Nos separamos y todo me parece inmóvil. Es verdad que apenas está conmigo. Me alimento con el recuerdo de la hora que pasa en mi compañía. Sus palabras, sus arrebatos, su ir y venir se me graban. A veces en la oficina me río sola. Es que estoy saboreando de nuevo el último encuentro. Es un diablo de hombre.

Si él quedara libre y nos casásemos, dada su índole, no nos veríamos más que ahora. De empobrecer me daría igual. No concibo la vida sin él, aunque a solas, alguna vez, me rebele. El pícaro me ha borrado a todos los hombres.

## LA LORERA

A María Romero C.

PUSO el oído al parloteo del loro. La voz llegaba desde la carnicería inmediata.

Mi amiga Ernestina, que pasa sola el día entero —pensó la Visitadora— sentiríase contenta de poseer uno tan hablador como éste. Entretiene, además, enseñarle palabras. Y se hizo el propósito de obsequiárselo para su cumpleaños.

La esposa del carnicero, luego de hacer memoria, le indicó:

—Lo compré a una señora frente al Matadero. Es más bien baja y se pasea por esa cuadra con su canasto.

Cuando la Visitadora fue al Matadero miró en torno. Iban y venían otros vendedores ambulantes. Entonces preguntó en un puesto.

—En la mañana aparece por aquí ¿no está dentro del Matadero? Creo haberla visto.

—¿Dónde vivirá?

—Eso sí que no lo sé, pero es fijo que trajina por todo esto antes de doce.

No la encontró en el interior del Matadero. Tuvo que irse. Al volver a los pocos días, le aseguró un cargador:

—Ayer la vi ofreciendo sus loros. ¿No se hallará cerca de la esquina? Si no, es seguro que anda en el Matadero.

Se fatigó andando y atisbando, pues debía sortear a los cargadores, que volaban con sanguinolentos trozos de vacuno, y a infinitas señoras con bolsas y paquetes, desconfiadas, temerosas de que el contacto ineludible con sujetos, en medio de tanta gente, fuera ardid de aquellos para robarles el portamonedas.

—¿Tampoco anda por dentro? Es señal de que se le acabaron los pajarracos. Dejará de venir por unos días.

No importa. Durante la semana iría a otro barrio a ver enfermos, buscarles ajuste a matrimonios desavenidos o albergar niños indigentes. Mas la vendedora, existente y a la vez invisible, comenzó a preocuparla en sí, como ser humano. Es raro que ignoren su nombre quienes la ven a diario. La cubría el más increíble anonimato. Lamentaba haber anunciado a su amiga el regalo. Si hubiera sabido cuán difícil es conseguir un loro, habría elegido un jilguero, que alegra con su canto.

Al presentarse, al cabo de ocho días, el diariero le comunicó:

—Anduvo por aquí anteayer. Quizás ahora se encuentre en la estación retirando loros, pues se los mandan del sur.

Había pasado el cumpleaños de Ernestina, a la cual debió entonces darle unos aros, pero tenía empeño en

descubrir a la vendedora. Parecía leyenda que existiese. Y qué curioso el carácter de esta criatura que podía mantenerse sin ninguna relación íntima.

Apenas la Visitadora dispuso de tiempo acudió una vez más al Matadero.

—La vi hace días y la conozco muy bien. Es una señora que anda sola y por lo contenta hace creer que ve cosas muy bonitas, pero no es loca. Es así. Cuando no anda por la cuadra ni está dentro del Matadero, pudiera hallarse en el bar de Aurelia, doblando a la derecha, en una casa saliente que está por caer.

Con su acostumbrada lentitud se encaminó a la taberna. El paso de la Visitadora era flojo, de paseante. Viéndola se podía pensar que sólo llegaría a la esquina, poco menos que desmayada. Sin embargo, caminaba kilómetros por calles que eran un tormento o por caminos rurales.

Podía oír durante horas a cualquiera de sus peticionarios, respetaba la conducta de éstos aunque fuera estafalaria o criminal y, por su aspecto desvalido, no había uno que no accediera a su consejo creyendo hacerle un favor.

Tras el mostrador de la taberna, atendía una mujer alta y huesuda. Había dos o tres ebrios poco menos que en el suelo, hablando estropajosamente, con el espíritu liberado, pero con la lengua inhábil para expresar pensamientos deshabituales. En el fondo otros tantos conversaban junto a una mesita cubierta de botellas de cer-

veza. No había vasos ni lugar donde ponerlos. Bebían en las botellas y su charla era plácida, discontinua, sin idea central. A uno caíale el cabello sobre la frente. Otro miraba hacia abajo, privado hasta del entendimiento. El tercero, de cabeza más firme, pretendía contar algo. ¿Para qué beberían tanto? Podían paladear los primeros tragos. Los siguientes iban garganta adentro sin sabor distinto. Ni siquiera les era dable retener el líquido, pues, si no éste, era otro quien se metía por una fétida puertecilla.

—Aunque no viene mucho por aquí, noto que se ha perdido. Puede estar enferma —respondió Aurelia.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Creerá que no lo sé? Suelen decirle la lorera, la mujer de los loros y así. Como es la única que vende esos pajarracos. Ella llega, pide un vasito de vino; de platicar no hablemos porque ¿qué dice? No conozco persona de tan escasas palabras. Lo que hace es sonreír si uno la mira. Es una sonrisa tan poquita que una no se siente en confianza para enhebrar una conversación. Y siendo así, ¿creerá que nadie se propasa con ella? Comprenden que deben dejarla tranquila. No es que sea vieja ni fea. ¡Nada de eso! Es como si no fuera nada.

Ambas pasearon la mirada por los bebedores, todos dentro de una atmósfera que no les recordaba sus pecados, sus perrerías mil, ni sus hijos, ni sus mujeres, respirando fuera del presente y del porvenir, más allá aún de su propia y mísera condición.

La Visitadora no se resignaba a la incertidumbre:

—¿Dónde alojará?

—Una vez dijo que arrienda pieza en un conventillo de esa otra calle, pasando la línea de tranvías.

La Visitadora quiso averiguarlo al momento. Notaba en la señora de los loros fuerza moral, deseo de soledad o suma timidez. Hay personas que no llegan a representar algo para los demás. No es porque sean rudas, de mala índole o chismosas. No. Tal vez se deba a que no se puede contar con ellas. Las inhibe un exceso de prudencia, no calculada, sino instintiva.

Así pensando, la Visitadora se interesaba más y más por la mujercita que iba de un lado a otro sin crearse lazos ni dejar huella.

La mayordoma del conventillo se había ausentado. La atendió una anciana delgaducha, de mirada curiosa.

—Ninguno de los vivientes de esta casa se dedica a ese negocio. Déjeme preguntar. —Pronto volvió—. Dicen que fue arrendataria, pero hace ya mucho. ¿Era pariente de usted? ¿No? Bueno. Entraba calladita a dormir. La echaron de varias casas, no por ella, sino por los malditos loros que no dejaban dormir a nadie.

Preguntando a las perdidas en puestos y boliches, le confirmaron que es sureña, baja y de buena presencia. Alguien de su pueblo le manda loros. Con quien sea cambia unas cuantas palabras. No se le conoce marido, acompañante ni amigas. Es frecuente que algún carga-

dor de reses le pida dinero. Lo da. Al serle devuelto lo recibe sin chistar. Nadie la convida a fiestas ni a tragos, pero no es por menosprecio. Nunca se le oye una mala palabra, aunque también se salta las buenas. A sus clientes les expresa el valor. Si le piden rebaja o le señalan cualquier defecto del loro: su flacura, que las plumas no lucen, que no habla fácilmente, en fin, lo que sea, sonríe con suavidad, como indicando que no se enoja, del modo que al comprador no le queda sino pagar lo que ella pide o irse. En casos de trifulcas, se aleja despacio, con su sonrisa. Y no es sonrisa de tonta, no hay ni que pensarlo, no, pero esa sonrisa separa.

—¡Es raro que ninguno sepa su nombre! —insiste la Visitadora.

—Así es. Quien la conoce de cerca, dice: “la señora de los loros”. Los que únicamente la ven: “la mujer de los loros”. Eso es todo. Nunca hubo curiosidad por conocer su nombre de pila. El sobrenombre es único, pues no hay otra de oficio igual. Va para los dos meses que no se la ve. Si ha muerto, nadie pudo enterarse porque en el diario debió salir el nombre verdadero.

La Visitadora no logró averiguar más.

Mientras camina, al ver grupos de mujeres pobres, se pregunta: “¿cuál de éstas puede ser?” Pasan años y como los que desaparecen no mueren, no bien la vendedora acude a su memoria, escudriña y se dice: “Quizás sea aquella”.

## CONVERSACION PARALELA

Era treintón, de ojos expresivos, rostro ovalado y porte común. Sendos pliegues en sus comisuras hacían pensar en que siempre sonreía. No era así.

Una idea moral o política apoderábase de él igual que tifus invisible. Entonces dialogaba con quien estuviera, insatisfecho, trémulo, con creciente angustia por no vislumbrar una salida. Hasta perdía el apetito. Al llegar a la más alta tensión la idea obsesora se enfriaba. De no suceder habría perecido porque toda visión trágica que se fijase en su mente, lo envenenaba. La desesperación lo inducía a preguntarse: “¿soy culpable del nazismo? ¿podré aniquilarlo con mi solo esfuerzo?”

Con lentitud, dolorosamente, comprendía que su deber era combatirlo, mas, si aquel demoraba en desaparecer, no era benéfico arrancarse los cabellos. Una parte de su alma era del mundo, la otra, esclava suya, debía guiarlo a lo placentero.

A ratos se creía muy inteligente, pero las más de las horas tenía por desacertado. Emparedaba sus emociones temeroso de caer en actos ridículos.

Si una mujer, hambrienta de certeza, le preguntaba: “¿me quieres?” sentíase anonadado. Tenía horror a esas palabras tan grandes. Habría querido decirlas para siempre, mas ¿qué sentiría mañana? Cuando era

irremediable, valíase de versos conocidos para responder. Y aquella no sabía si creer o no.

El empezó narrando escenas populares y amores sin destino. Vislumbró que debía expresar su matiz. No era fácil. El trato con pintores lo llevó a la crítica de arte.

En ese momento fumaba fuera de la sala de exposiciones.

—Juan, una señora desea conocerlo —díjole Abelardo, peninsular reflexivo, dueño de sí, risueño, con quien caminaba cada tarde.

Juan botó el cigarrillo, fue al encuentro de la desconocida, no sin ordenar el nudo de su corbata y cerciorarse de que sus ojales cumplían su oficio.

Ella le dijo cuánto le gustaba la pintura y que lo invitaría a tomar té para conversar.

Tenía ojos color violeta, iguales a uva mojada. Mirando su rostro, su cuello y sus manos no se perdía tiempo. Era natural y contenida. Con una de estas cualidades otra sentiríase oronda hasta el último minuto.

Junto a la señora, un caballero formal, vestido con buena ropa, alto, rojo, quizás poderoso comerciante, que apenas habló, aguardaba.

Cuando Juan Carreño estuvo a solas con Abelardo, en vez de echarle los brazos al cuello por la presentación de la dama, se distrajo pensando que bienes semejantes correspondían a su manera de ser.

Gozaba a los pocos días, al hallarse solitario, en es-

culpirla; seguidamente la pintaba y, como si él fuera un pequeño dios privado, le infundía aliento. Dando un toque aquí y otro más leve dotábala de nuevas hermosuras.

Otrora más de una le produjo parecido encanto. Inevitablemente aquélla se convertía en humo. El sentimiento que lo moviera a ponerla por encima de todas ¿qué se había hecho?

Debió madurar a través de lentos años para que ante una fémina atractiva, se preguntara: “¿qué maña tendrá?” y resistir la atracción. No lo conseguía con frecuencia. A pesar de sus dudas, solía aligerarse su ánimo; su organismo llenábase de ese poderío con que se lucha por algo elevado. Y él decía a su razón, a modo de excusa, que sentirse así, tan vibrante, valía más que ser razonable.

Cuando le llegó el convite de la dama empezaba el otoño. Llegó a su puerta un tanto trémulo, porque su impaciente imaginación le anticipó raptos dichosos. La veía echarse en sus brazos. “Esto es absurdo” pensó, aunque comprendía que ciertas mujeres suscitan tamaños anhelos.

La criada, que seguramente no lo fue de corte alguna, se limitó a indicarle por dónde se llegaba al jardín. Caminando por un ancho pasillo en penumbra, lo detuvo una onda de perfume denso. Luego lo rebuscó con avidez, queriendo renovar su placer. Supuso que

ella había atravesado hacia su pieza de vestir tal vez en ese minuto. La fragancia se había desvanecido.

A veces, cuando al atardecer iba él por una callecita después del riego de los jardines, le llegaba el perfume de una planta. Era inútil que oliera nuevamente. El resorte sutil de su olfato funcionaba poco y a capricho. ¿Qué hubiera sido de él, si percibiese hasta los aromas más suaves, cuando sus demás sentidos eran no sólo sensuales, sino golosos?

En un rincón del jardín había una mesa redonda, de metal, y dos sillas. Un nogal proyectaba generosa sombra. Más allá de la verja una callejuela de puertas cerradas, con hileras de árboles, servía de muro silenciador. Se desentendió del paisaje.

Gustábale la charla y, aunque con sacrificio, oía religiosamente un buen relato personal, sobre todo si escapaba a lo dicho en libros o a lo que sabía.

La comparación de los seres por su apariencia, actitud, o temperamento excitaba su fantasía. Los gestos nobles, unos ojos hermosos, el dejo, eran para él manantiales de sugerencia. Acaso lo hechizaba más el oculto imán de cada rostro femenino.

Surgió la señora. El habló, ¿de qué no habló? Apenas se daba tiempo para respirar. La dama creaba en torno de sí agrado, libertad, confianza. Tomaron té. Juan Carreño cogía del aire los asuntos y los desarrollaba brevemente, con exclamaciones, gestos y sonrisas. Ella, según él, estaba conmovida. Dijo la dama con sa-

bor a verdad, que vivió en una pequeña ciudad europea. Su padre era jefe de algo; antes del matrimonio su madre figuró entre las buenas actrices. Poseían una casa grande, con huerto. Las frambuesas se extendían por los muros. La dama terminaba sus estudios cuando conoció al que es su marido. A los pocos años emigraron a este país donde su hijo se ha formado.

Opinó sensatamente de libros, cuadros y constantes de la existencia. Hubo tanta delicadeza en sus palabras que Juan Carreño lamentó que fuera desacostumbrado, a guisa de homenaje, tomar a una señora, en instantes parecidos, y besarla hasta los pies.

El habló con arrebató del impresionismo. En seguida lo hizo la dama con el donaire que era su atributo. Transcurrieron dos horas largas. Todo fue sencillo, afectuoso, y por parte de él lleno de intenciones apasionadas. Cuando se despidió sentíase como nunca feliz.

Al cabo de unos días su piel, sus ojos y su corazón, seguían impregnados de ese algo tan grato que fluía de ella, pero su mente, más templada, dióse a regustar sus propias palabras y cuantas pudo recordar de las dichas por la dama, por esa criatura tan bien dotada, de cuyo cuerpo, con la sal y el calor, salían tiernos destellos.

Lo angustió que entre su cuarto y el hogar de ella mediaran kilómetros. Cuánto mejor sería que ambos formaran parte de un paisaje de Corot, con árboles frondosos; que yacieran en la grama olorosa y se oye-

se distante el agua. ¡Qué no se dirían! Acaso no hubiera necesidad de hablar, sino de mirarse, y tal vez valiese más permanecer con los párpados cerrados, pero unidos de la cintura a los dientes.

Lo enrabió que algo tan vital fuera sólo ensoñación; y más aún la entrada de un pintor joven, de mirar inquisitivo y recia voz. Con seguridad que a éste se le habían ocurrido dos o tres ideas geniales y quería confiárselas a través de la tarde.

Paladeaba la entrevista con la dama sin saber por qué. ¿Faltó algo, sobró? El dijo esto; ella lo otro y continuaron así, alternativamente. Eso fue todo. Sin embargo, ahora comenzaba a entreverlo. La señora no contradijo, ni agregó, ni varió, ni alabó, ni comentó, ni preguntó ni opuso palabra a sus aseveraciones. ¿Pudo pesar en la dama el temor a interrumpirlo o la timidez?

Ella lo impuso de sus predilecciones y recuerdos con voz que tocaba su piel, lo que debió engañarlo porque si no, dado lo preguntón que era, le habría pedido aclaraciones y pormenores. Aunque rebuscara en su memoria no recordaba haberle hecho pregunta ninguna. ¿Entonces la conversación fue paralela?

El, al expresarse, estuvo envuelto en ese nirvana que ella producía. Cuando ésta habló, él tampoco adujo ni una frase por hallarse fuera de lo temporal, consumiendo avaramente esa partícula de fascinación que

trascendía de la señora. Por eso también las horas parecieron minutos.

Causábale extrañeza, a pesar de la afinidad que se produjo entre ambos, que la dama no tuviera una exclamación mientras él monologaba. Ordinariamente ocurre en una charla. Tal vez no se pidan detalles, pero el oyente agrega una excepción o narra un episodio relacionado con lo que se dice. No podía reputarla de indiferente, pues no se distrajo un segundo ni cesó de mirarlo con simpatía.

Fue doloroso cuando, después de tanto inquirir, descubrió en su recuerdo que la señora lo miraba con la vista fija, pero más a sus labios. Dado que su boca era bien proporcionada, le halagó que reparase en ese pequeño mérito de su naturaleza. Mas no debía ser así. En el hombre se busca su temple o su pensamiento, y la señora sobreestimaba el movimiento labial.

Abelardo pudo enterarlo. Es verdad que Juan Carreño ocultó la impresión que la dama le causara y deseaba conservar aquella tal como la sentía, sin comunicarla a nadie, como tesoro personal, aunque fuese ella la mujer de su prójimo, el comerciante rico y alto; pero la imagen que él se había formado, revestida de tanta gracia y recato es seguro que no era la del marido, sino suya solamente. Hasta podía ir donde el esposo y probárselo y si éste no comenzaba por agredirlo, y era comprensivo, tendría que reconocerlo.

“No puedo negar que su imagen es hermosa —le di-

ría aquél— pero yo la tengo a ella y, para serle sincero, no bien la conocí deseé su cuerpo ¡no se escandalice! Era muy joven entonces. A fuerza de desearla fue penetrando en mí algo que siento y escapa a mis palabras. Ustedes los poetas lo definen mejor. Cuando se convirtió en mi esposa gocé con sus virtudes y he padecido sus caprichos, pues los tiene. Ya nos entendemos con un gesto. Usted me aventaja en que puede conversar con ella largamente (y sonrió). A veces parecemos extraños, pero sufro un sinsabor y me conforto sintiendo su cuerpo junto al mío. Sin embargo, la mujer no es todo. En los buenos momentos cultivo ciertas aficiones. ¿Usted no es coleccionista? Yo junto pipas. Tengo la de un rey de Holanda. ¡Si pudiera contarle la historia de cada pipa! Desgraciadamente diviso a un mayorista. ¡Son muy quisquillosos! Tendré que atenderlo. No se pierda de la casa, mire que a mi mujer los cuadros la enloquecen”.

Juan Carreño sintió que le ardía la frente.

Abelardo debía ser entendido por la señora. Por ser profesor habla fuerte, mas la voz suya es baja, hasta cae en el susurro. Los que lo conocían poco, muchas veces lo hicieron repetir.

Su memoria le trajo un detalle que no pudo apreciar en la presentación: la fugitiva sonrisa del marido cuando ella dijo que lo invitaría a conversar.

Ella, de seguro, le oyó unas palabras y otras no, también pudo escucharle tal o cual frase. No era suficiente.

El pudor acaso le impidió aventurar comentarios. ¿Quién, si no media una razón poderosa, propala, por ejemplo, que ve con un solo ojo o que le transpira el vientre? Nadie. ¡Tengan la seguridad!

No obstante, ella quiso conocerlo. Tal vez leyó sus artículos y le gustaron. Una vez presentado, es evidente que él le hizo buena impresión, puesto que lo invitó a tomar el té. Ella, aunque no captara sino unas cuantas palabras y frases, le demostró preferencia al pedirle que la llevase a la exposición anual.

Fue aceptado sin preámbulos, empero desconsolábasele que no lo oyera. Si hay que alzar la voz, el lenguaje pierde su intimidad, se empobrece mortalmente, pues se reduce a fórmulas: “¡Buenos días! Estoy contento, ¡qué hermosa es usted, me voy!”

¿A dónde van a dar entonces las expresiones tiernas, las sugerencias, los matices, las medias palabras que suscita una mujer? No hay conversación. Quedarían sólo los ademanes, que sin la palabra resultan absurdos, la mirada y lo que transmite una mano que acaricia a otra. Coger una mano, por más que responda a un impulso profundo, sin mares de palabras previas, sabe a demasía. Toda relación se construye con frases y confesiones prolijas que llenan horas, meses y años también.

Apenas conocía a la dama. Era contenida y sensible. Su alma en ebullición quería comunicarse con él. ¿Lo querría sólo de oyente? Dolíale figurarse hablando con

la señora, sin que ésta pudiera hacerse cargo de lo que él dijese. Fuera de oraciones sueltas que percibiera en su sentido directo, la dama recibiría supuestos, retazos de verdad.

Desilusionado, sin decirse: "probemos", decisión que lo habría llevado a casa de la señora a corroborar si el coloquio era realmente estéril, se dejó invadir por la cortedad, no se atrevió a telefonear. Y la fecha de la exposición se venía encima. ¡Cuánto le pesaba la promesa de acompañarla! Al asomar ese día, entorpecido por sus dudas, por su egoísmo y por el prurito de ser oído, lo dejó irse.

A los pocos meses la dama, sin menoscabo de su encanto, fue a guarecerse a una celdilla oscura de su memoria. ¡Quién va a decir que eso estuviera bien! La dama merecía ser vista y evocada. Otro, por mentecato que fuera, no se le habría separado. Sin embargo la dama, injustamente, por error del corazón, por ofuscamiento y tal vez por falta de humildad de Juan Carreño, quedó en esa tiniebla.

En los diez años siguientes, a las perdidas, no tan a las perdidas, una mujer lo emocionaba. Su voz, su mirada, sus donosos movimientos elevaban su aliento vital. Empero, el molejón del tiempo privaba a la joven de figura, de voz, de hechizo.

Volvía a caminar solo, a comer solo, a distraerse solo.

Al ver una pareja de personas maduras, embebida

una en otra, conversando, que sugiere haber sido así desde el primer día y que lo será hasta el postrero, a Juan Carreño le dolía no poder darse a su compañera eventual, pues, a pesar suyo, era desconfiado y receloso. En el instante de las palabras cariñosas sentíase vacilante, igual que si entrara de noche en lugar desconocido.

En su conciencia se cruzaban el horror al compromiso y el respeto al compromiso. Pretendía que cada acto suyo fuera eslabón de una cadena en perpetuo aumento, aunque supiese que varía el sentir, no menos que la veleta, y que el individuo apenas puede responder de la hora en que está.

Nacía su amor ¿no sería preferible decir su embeleso? y su fantasía lo desarrollaba en un círculo de delectación casi celestial. ¿Lo inspiraba inconscientemente el desdén religioso por lo sensual? El otro amor exigía la hembra, acusada en un rasgo, en un fluido ígneo. También era amor sin porvenir, porque tras la fusión ambos se convertían en ceniza, aunque con dolor y tiempo él volviera a reintegrarse.

Y como no se concertaban estos dos polos de su personalidad, jamás conseguía la conexión del manantial interior de su amada con el suyo. ¡Qué viaje tan largo para tropezar en la puerta cerrada!

Es verdad que solitario leía con método, frecuentaba talleres, escribía más y repasaba su concepto del mun-

do, con lo cual se enriquecía en tolerancia pero no en adivinación sentimental.

Días hubo en que ni a él ni a sus contertulios se le revelaba una idea o parecer novedoso, aunque tuvieran la noción de que el orbe había mudado el rumbo de los espíritus. Ni siquiera surgía un chiste, risueña alteración de lo real. Entonces, cansado de sí y de ver lo requeteconocido, íbase al campo o la playa.

El azar lo hizo congraciarse con Blanca, cuya voz de adolescente se emparejaba con su risa fresca. Lectora asidua, amistosa, veía las flaquezas del ideal o mito que la atrajo, y sonriendo, sin desdeñarlos, situábase lejos hasta que otra novedad la exaltaba.

Quizás le sucedía igual con los varones. Necesitaba acompañamiento, pues sólo en la conversación daba de sí cuanto podía.

Habitaba con su padre que, en las tardes tosía desde su cuarto, más una hermana viuda con su hijo pequeño, empleada en un ministerio, y también una sirvienta morena enamorada de su escobillón. Acaso manejarlo fuera para ella danzar.

A Blanca le apasionaba descubrir el sentido de algunos hechos:

—¿No encuentra que los muchachos son muy raros? Quieren ser hombres a los quince. ¿No los halla insolentes y prosaicos?

—El muchacho es absoluto, puro y acaso un tanto badulaque. ¡No me mire con esos ojos! Los adultos son

a menudo sólo badulaques. Aquél, sin matices en su conducta ni en su criterio, por no ver el matiz acribilla a sus mayores. Uno cristaliza a los treinta, a los cuarenta, y de acuerdo con su mira verá el mundo ya para siempre. La guerra, la aparición de un gran apóstol o un asombroso invento alteran los valores. Esto lo percibe al momento el joven. Nosotros no. Para el muchacho somos carcamales, seres equivocados, a la deriva. ¡No hay remedio! Cuando por fin el joven hace de manera algo distinta lo que se hacía, agregando, naturalmente, una cosilla de lo nuevo, los que vienen, sus hijos, sus sobrinos, están maldiciéndolos, y a nosotros deben ternos, no ya por carcamales, sino por momias animadas. ¡No, envejecer es casi un delito!

La viuda, menudita de todo, empecinada tejedora, intervino:

—Blanca, ¿recuerdas a Ismael Araos, ese flaco que me rondaba tanto? Ahora es riquísimo. Y yo, buena tonta, terminé casándome con un militar. ¿Cuál ha sido mi vida? Languidecer en ciudades sin gracia, economizar porque el sueldo de mi marido si permitía comprar zapatos, nos dejaba sin abrigo. ¿Ha sido eso vivir? ¡No! Con Ismael conocería más de veinte países, me hubiera rozado con personajes ¿lo oyes? tendría una casa aquí, otra en la playa, automóvil. ¡Si hasta de llorar me dan ganas! ¿Cómo encuentras esta manga, no estará corta?

El chicuelo de la viuda, de unos ocho años, en el sue-

lo, distante, se afanaba en armar aviones ya de papel, ya de cartulina, pero repentinamente salía de sí y echaba un vistazo al ambiente:

—Tía, quiero postre.

—¿No acabas de tomar agua? —respondía Blanca, desde la cabecera de la mesa, con falsa seriedad.

Ernestito, dubitativo asía una hélice de cartón y, al fin, se le aclaraba el sofisma:

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntaba enojadísimo.

Si Juan Carreño desaparecía una semana, su teléfono musitaba: “Estoy sola. No lo veo desde el domingo. ¿Acaso lo han embrujado? ¡Véngase, lo espero, sé remedios contra la brujería!”

Esa voz infantil y afectuosa quitaba interés a lo demás. Permanecía en el salón. En un cuadro varias jóvenes iban en ameno paseo por el campo. Distráido vio en el espejo una imagen conocida. Al comprobar que ese semblante era el suyo, con disgusto miró a la calle. Allí, fuera del verdor naciente de los árboles, el aire conducía los olores de la primavera y él, por segundos, los aspiraba. En el piso superior alguien se movía sin sentido. Iba mermando la luz. Pronto bajó Blanca con un traje azul. El salón se inundó de perfume. Juan Carreño lo absorbía hasta con su piel. Y como súbitamente se le esfumara, le rogó:

—¡Por favor, déjeme olerla! —y con osadía juntó su rostro a sus cabellos. Se habría quedado así, pero ella se alejó riendo.

Antes del llamado de Blanca, supo que para alguien sus críticas eran sólo literarias y superficiales. Quería probarse que valían, sin conseguirlo. Pensó que no cabe fijar valores en abstracto, y sí en obras materiales destinadas al uso. La opinión de su crítico tal vez fuera errada, pero no dejaba de hacerle mella.

Al oír la distante voz de Blanca, abstracta también, creyó en ella y ahora más aún en la onda de perfume, que él tenía por milagro, debido a su olfato nulo. Sintió el vehemente deseo de apoderarse de Blanca. Su impulso creció tanto que hubo de echarse los brazos a la espalda. Entró el padre, de mirar tan agudo. Juan Carreño, en su corazón, no pudo expresarle ardiente simpatía. ¡Y el anciano se asomó para irse al punto a su habitación!

Derrotado, adivinaba que en la risa de Blanca había una pizca de perversidad, y con sus frases lo estaba acercando y alejando. No podía sino admirar su aire sereno, de seguro superpuesto, porque el origen de tal juego debía tener su raíz en lo pasional. Acaso lograra ella ese equilibrio por la chispa cómica de sus palabras, ninguna directa, sino intencionadas. Había más: en la unión de las oraciones un vocablo gracioso advertía al oyente que su promesa o negación podía ser retirada o transformada en no se sabe qué. No cabía agraviarse porque de su rostro no se iba la niña.

Sofocada entró la pequeña viuda conduciendo a Ernestito:

—¿Lo crearás? Por un número no me gano millones, es decir, tuve la llave de una casita en la playa. ¿No es cierto que al papá le haría bien? Algo me habría sobrado para ir a Europa. Me detengo en Italia, cuántos cuadros estaría viendo, Señor, y lo que se gana en salud en un viaje por mar.

Llegaron un abogado, que asentía sin fe y obsequiaba cigarrillos, y un señor maduro, imagen de la resignación, hombre embotellado, que fue corredor de la Bolsa antes de dar con sus huesos en la cárcel, por breves días; y de la que salió con su honor immaculado y sin qué para comprar un pan. Ahora era un simple comisionista.

—¿Qué se puede adquirir don Raimundo? —preguntó Blanca.

—Hay acciones en alza ¿hasta cuándo? Sólo el diablo lo sabe. Si le sobra dinero, si le sobra, adquiera de productos nobles, de gran consumo, y déjelas como algo muerto en un cajón. ¡Todo es tan misterioso!

—Fuera de la tierra —agregó el abogado con pesimismo— que sube porque los pobres aumentan, lo demás son cábalas, suposiciones que inevitablemente llevan a la ruina o a la revolución. ¿Quién puede detenerla?

Durante la comida contó don Raimundo que un agiotista solía echar al mercado paquetes de acciones. Los corredores cavilaban: “si éste, se decían, con lo astuto que es, las vende, es que se vendrán al suelo” y,

presurosos, se deshacían de las suyas. A la semana, depreciadas, el agiotista las recogía. A eso lo llamaba: “probar la fuerza de las acciones”.

—¡De lo que me libré! —suspiró la viuda.

Con qué alborozo cantaban los pájaros cuando se retiraron.

Al mes de ser acogido por Blanca, Juan Carreño vio surgir la estampa de esa agradable dama a quien él debió llevar a la exposición anual. Conservaba el pudor y la expresión subyugadora que él apreció en las dos únicas veces que la viera. Era raro después de tan largo olvido.

Quedó en deuda con ella. Pudo llamarla, excusarse o enviarle un embeleco. ¿Con qué cara presentarse pasado un decenio? ¿Lo reconocería? Hay personas que olvidan fácilmente a los sujetos desagradables o ingratos.

Y a partir de ese instante, en donde estuviera, con luz o a oscuras, la señora asomábase a su recuerdo sin pedir nada, como don gratuito.

No siguió viéndola por vanidad. El pretendía que sus palabras fuesen escuchadas. Por vivir ella aislada era grande su deseo de comunicación, no con cualquiera, sino con quien pudiese comprenderla. Si lo prefirió debía sentirse honrado. ¿Cuándo la amistad de una mujer no es un regalo? Es presumible que su marido, por no alzar la voz, le hablara sólo lo indispensable, y que

varias amigas le escatimaban los encuentros. El obró mal, como vanidoso y egoísta.

Se había perdido de casa de Blanca y cuando asomó, al oscurecer, ella con misterio le dijo:

—Acérquese.

El sonriendo le puso la oreja.

—Usted es un ingrato redomado.

Juan Carreño aspiró profundamente su aliento tibio. Con éste también entró a su conciencia la dama, no en son de reproche, sino recogida, tranquila, dulce.

“Tendré que verla. ¿Así reclamará mi promesa?”

Mientras caminaba descubrió que ya no sabía el nombre de la dama, ni el apellido del esposo. Después del famoso té la vio en una esquina céntrica. Seguramente cerca de allí estaría el negocio del esposo. Juan Carreño se propuso entrar a las tiendas próximas. Reconocería al esposo, pues no se le había despintado su figura. Fue en balde. No lo descubrió.

Durante días y días espío las siluetas femeninas. Algo de ella había en algunas.

¡Qué memoria la suya! Tampoco dio con el nombre de la calle. Sabía, sí, que antes y después de donde ella moraba, había árboles semejantes, con iguales casas silenciosas. ¿Cómo descubrirla? Buscó a su amigo Abelardo, que conoció a la dama y tuvo un hijo suyo de alumno. Abelardo levantó su cabeza, persiguió por el aire cualquier remembranza. Nada bajó del cielo. Ma-

dre e hijo se le habían borrado. Mas, le prometió ver en el registro de alumnos.

Quizás fuera pretensión absurda buscarla, pues la dama, desde temprano, mezclábase a sus ocupaciones en el recuerdo, comedida, animosa, como buen augurio mañanero.

Cuando volvió a verse con Abelardo, éste le anunció que la mayoría de los nombres registrados eran franceses; seguían los alemanes, los eslavos; luego los árabes y sus primos sefarditas. De los franceses había apellidos que se repetían varias veces. No pudo recordar el del alumno.

Juan Carreño tenía la certeza de que ellos no eran franceses. Ella se lo dijo. La familia procedía de otro país, pero ¿cuál?

No. Tendría que dar con ella y, si era verdad que oía dificultosamente, se ingeniaría para hablarle con énfasis. Asusta más la figuración que el acto ¿No podría ser que la dama oyese y sólo ansiara expresar sus pensamientos? Hay quien aguarda el silencio del otro para decir lo suyo, con pasión, durante horas. De lo que ella le contara le quedó el concepto de su juicio penetrante. Solitaria, pensando en su dilatado recogimiento, y volviendo a pensar, sin amigos gratos para el diálogo, debía estar colmada de observaciones acaso profundas. No pudo confiárselas esa primera vez porque la conversación fue torrencial.

Un conocido preguntó a Juan Carreño por alguien

que pudiera venderle parcelas de bosque. Una súbita iluminación lo indujo a ofrecerse. Era el medio de ir casa por casa y descubrir a la señora.

Primero fue a conocer el bosque. En un mes se hizo teórico en crecimiento y beneficio de cada árbol.

Apenas regresó estuvo donde Blanca.

—¿Le parece bien irse, dejándole a una la convicción de que se aleja un amigo y que éste no escriba dos líneas? ¡Usted merece castigo! Déjeme prepararle un trago. Además se queda a comer, pues vendrán amigos que le gustarán. Mientras, medito mi venganza!

—Pero si no estuve en ningún pueblo. Anduve por bosques bordeando un río, atravesándolo a veces. Dormía en una cabaña. He vivido como salvaje, pues así les ocurre a madereros y plantadores. Estos no tienen otro halago, a los tres meses, que bajar al caserío cercano. En la víspera, con ojos encandilados, exclaman: “¡dormiré con pierna suave!” y permanece junto a ella y el vino hasta que nuevamente suben a la montaña.

—¡Ahí tiene su trago! Sepa, señor maderero, que es mi cumpleaños. De haberse portado bien le daría un abrazo, pero no lo recibirá hasta que lo merezca. ¿Ve como me vengo? ¡Papá! ¡Volvió el prófugo!

—Llega muy tostado. En mis buenos años anduve por serranías pavorosas en busca de minas. Hace bien cuando es sólo por un tiempo. Con qué felicidad se regresa. No hay nada comparable a la cama de uno, la comida que nos gusta, los amigos, los traguitos y la

mujer. De soltero no tardé en enterarme que Dios estuvo en su día a inventar a la mujer.

—Pero no sólo de soltero gozó usted de ese invento —arguyó la viuda que venía llegando.

—Habladurías, hija.

—Y usted, señor maderero ¿disfrutó del invento? —preguntó con sorna, Blanca.

—Querría, pero mis merecimientos no...

—¡Qué modestito el señor! ¿Acaba de hacer la primera comunión?

—Ay, Blanca, siéntate —irrumpió la viuda chiquitita—. Si no te caerás. Figúrate: la casa que mi marido vendió en una friolera ¿sabes en cuánto se ha traspasado? En cuarenticinco millones. Estuve amargada la tarde entera. Sólo a mí me pasan estas cosas.

—Señor, con su permiso me retiro. Ya se habrá enterado de que, no bien anochece, mi oficio es toser. ¡No se lo recomiendo! —expresó melancólico el anciano.

—Blanca, voy a echarle una mano a la cocinera —anunció la viuda, incansable hacedora de esto y lo otro.

—Comienza mi venganza: ponga la mano.

Juan Carreño obedeció y recibía palmada tras palmada, cada vez más benignas. Intentó besarla, mas por el aire vino la dama, jovial, graciosa, con tal evidencia que él sintióse igual que si hubieran caído las paredes

y quedase ante testigos. El impulso necesario que lo inclinara hacia Blanca murió sin transición.

Ella, más lúcida, con sus emociones encajonadas, percibió en aquél algún raro gesto porque, un sí es no es sarcástica, subrayó:

—Señor maderero: ¿qué visión lo sobrecoge?

En seguida llegaron invitados y por más que cambiaran otras frases, y la velada concluyese de amanecida, una sospecha de trizadura quedó latente.

Apenas abandonó el lecho, Juan Carreño se fue a la callecita que tal vez albergaba a la dama. Las sirvientas, desapacibles, armadas con sus traperos, farfullaban: “La señora está en cama”, “la señora no recibe a desconocidos”, “¿por qué no va a la oficina del caballero?” “La señora está enferma”, “la señora se halla en su negocio”. Otras, mímicas de nacimiento, entreabrían la puerta, escuchaban recelosas y, rápidamente, respondían con un portazo.

Ganas tuvo de finalizar ahí su búsqueda, pero resolvió probar en las tardes.

Sus andanzas por bosques y montañas obligábanle a regustar lo nuevo. Desde la mañana gozaba de una constante sensación de frescura, del crujimiento leve y misterioso del suelo, de colores, de aromas sin nombre que se desprendían de los árboles. No dejó de sorprenderle el avivamiento de su olfato.

La selva se extendía por laderas y montículos. Los rumores confusos, con instantes de silencio, y el canto de

pájaros que jamás oyera. Mas la fuga o deslizamiento de animalejos, bajo las hojas, lo mantenía volcado hacia fuera. Sólo en la noche pensaba vagamente en lo inmediato. Por minutos anhelaba quedarse, satisfecho de vivir más como organismo que ser pensante, empero, la naturaleza dejaba de apasionarlo, y el hábito hacía añorar ese pequeño mundo de la ciudad del que era número. Lo curioso es que mientras estuvo en medio de la fronda no recordó a la dama.

Al regreso el ruido urbano se le hizo insufrible. “¿Por qué me vendría?”

Una tarde prosiguió su investigación en las callecitas. Un señor le compró dos hectáreas de pino para su hijo. Otros lo desalentaron, pero de la dama, ni sombra.

Dejó la mañana para sus artículos y después del mediodía dedicábase al visiteo. De cada diez individuos uno le compraba, pero la conversación también había que anotarla al haber. Le relataban hechos asombrosos, únicos. Le fue interesando esta aventura que lo ponía en relación con una humanidad ni siquiera entrevista.

Con Blanca solía charlar por teléfono. Hubo un florecimiento de exposiciones que le obligó a duplicarse, pues los exponentes querían juicios. No estaban seguros de haber pintado obras maestras, pero se lo temían.

Juan Carreño debió reemplazar a su maestro junto al aserradero. Recorría en tren largas distancias, subía a viejos automóviles y, finalmente, a caballo llegaba al

pequeño aserradero. Todo esto fue enfriando sus compromisos con la ciudad. De un pueblo veía sólo a la muchacha rubia que, varilla en mano, guiaba una comunidad de gansos; de otro, una calle de madera. Más allá, al detenerse el tren, el parloteo simultáneo de veinte o más mapuches, y por arriba: sol, cerros, bosques y colinas verdes y nuevamente sol o viento.

Ausente por meses, Juan Carreño retornaba al hogar de Blanca. Se le acogía, pero nuevos visitantes polarizaban el primor de la amistad. Conversaba con Blanca y advertía, aunque ésta se mostrara obsequiosa, que buscaba algo más allá de él. Pretextando ignorar su paradero ella ya no le telefoneaba.

—Cambia el mundo, cambian las personas, ¿qué no cambia? Me olvidaba: mi tos —decía el caballero.

Juan Carreño comprendió que se dirigía a él, a juzgar por la picaresca expresión de sus ojos, por el endurecimiento de las facciones de Blanca y por otra tierna mirada de la viuda. Esta le hizo bien. ¿Qué signo de simpatía no enriquece?

Sus idas al sur, el trato fortuito con tanto desconocido, su holgura económica, esa especie de embriaguez que todo esto le deparaba, contribuían a liberarlo de su rincón ciudadano, y hacían más tenues sus relaciones con Blanca y los demás, aunque ella lo retuviera haciéndole contar su último viaje. El impulso imponderable que los unió había desaparecido, y como él, de seguro por timidez recóndita y orgullo, al menos

así lo creía, no forzara ninguna voluntad en lo emotivo, sólo aguardaba que el rescoldo se enfriara para no irse tan de repente.

Su desdén por cualquier artificio sentimental no impedía sus celos, ni que cayera en la ruindad de aminorar las virtudes de ella, ni del ignorado aquél.

Trájole otra sorpresa su nueva vida. La dama se había esfumado. Recordó el perfume que ésta dejara a su paso, mientras él se encaminaba al jardín, tan intenso como para desasosegarlo. Y saltó veloz a otro instante, más próximo, aquel en que Blanca entró al saloncito perfumada hasta lo indecible. Tal vez la percepción de su fragancia removi6, entre sus sensaciones escondidas, el aroma singular de la dama, para no abandonarle durante meses.

Ahora la dama no acudía. Tuvo que ser evocada, al igual que un dolor físico, pospuesto por un sentimiento imperioso, es recordado para comprobar que dejó de sentirse.

Comprendía que la ausencia de la dama era temporal. Con gracia, en juego, iba a surgir apenas él se enamorara de otra de perfume parecido, tal vez condenándolo a soltería de hecho, a inapelable fidelidad.

## DESPUES DEL RAPTO

A Nené Aguirre.

AL ANOCHECER, disimulado en una puerta, los esperó. De salir bien, escaparía por la callecita lateral. Era moreno, de ojos vivos, más bien delgado. Media hora estuvo esquivando su rostro para que ningún conocido le viera.

Nunca habló con ella, pero viéndola con tanta frecuencia adquirió la certeza de que al final no le diría que no. Sorpresivamente surgieron de la calleja inmediata. El acompañante, cincuentón por lo menos, era cargado de espaldas, distraído. Se le aflojó la voluntad y quiso dejarlos pasar. Sería un tonto y un cobarde puesto que se había preparado para lo que pudiera ocurrir. Cauteloso se fue tras ellos y, con toda su fuerza, empujó al acompañante el cual tambaleó para caer de bruces junto a la pared, sin ni siquiera chistar. Cogió de la muñeca a la mujer y le ordenó cortante:

—¡Sígueme!

La mujer se dobló y la condujo rápido por la callejuela, luego por un laberinto de pasajes hasta llegar, dando vueltas, a una casita perdida entre otras muchas. La hizo entrar a su dormitorio y quiso atar-

la al catre con su cinturón. Ella, aunque con expresión grave, y sin mirarlo, no decía palabra.

El raptor vaciló:

—Mejor te dejo con llave. ¡Te aviso que no tolero alharacas! Voy a comprar algo y vuelvo en seguida.

Dando rodeos fue a parar a la esquina opuesta a la del rapto y, como no viera gente ni policía, partió tranquilo a sus compras.

Al entrar halló a su presa en cama y, en una silla, muy ordenados su vestido y prendas menores. Yacía de espaldas, mirando el techo.

Al hombre le gustó esa pasividad, aunque hubiera preferido cierta rebeldía y que después viniesen las paces.

Deshizo los paquetes, trajo platos y preparó el comestramo.

—Sírvene.

Ella enderezóse y comió ávidamente, sin ni pizca de interés por las circunstancias que mediaban.

—¿Quieres más?

Le repitió. Los ojos de ella eran bonitos y lo que el cobertor permitía ver —rostro, brazos y pecho— acusaba cierta delgadez.

—Bueno es que nos conozcamos —dijo el raptor—. Te darías cuenta de que te miraba en todas partes. En los últimos días no tuve otro pensamiento que tú... Creo que de no intentar lo que hice, habría caído enfermo. Así se presentan las cosas. Soy soltero y he vi-

vido con mi madre, arreglándomelas como he podido, porque ella era vieja y en los últimos años pasó cayendo y levantándose. Me enseñó a cocinar, lavar, planchar, tal como si fuera mujer. Hasta remedios tenía que hacerle. Murió hace más de un año. Preparo mi desayuno y la comida; en los domingos lavo mi ropa, pego botones; si es para la risa todo lo que hago. Trabajo en una fábrica y almuerzo cerca de ésta. Mi nombre es Emeterio Sáez. De familia tengo sólo una hermana con varios chiquillos, casada con un camionero. El tiene camión propio y una casaquinta en Renca, frente al cruce. ¿Quiéres té? ¡Qué me demoro!

La mujer bebió el té como si fuera lo primero que se llevaba a la boca, mirando hacia la mesa. El raptor Emeterio entendió que aún tenía hambre, porque allí veíase un pan.

—¿Te lo paso?

También lo comió sin desperdiciar una miguita. Al notar la sorpresa de Emeterio, dijo apaciblemente:

—Es la cara de Dios.

El no le conocía la voz. Era reposada, sin vacilación, voz de convencida.

Emeterio se fue a la cocina y sonaron la vajilla y el agua. Desocupado al fin, se despojó de su ropa y a oscuras se acomodó en el lecho.

Con la confianza que nace de dormir juntos, al amanecer ella habló de corrido.

Cuando Emeterio quiso levantarse, ella lo atrajo y retuvo un deleitoso momento.

Luego él pudo decir:

—Tengo que ir a misa. Si no lo hago paso la semana inquieto, sobre todo ahora con lo que hice.

—¿Entonces a qué hora tomaremos desayuno? —preguntó no sin prudencia Emelinda.

—Es cierto. Saldré a comprar. A misa voy más tarde.

—¿Me traerás una escobilla de dientes?

—Convenido —respondió el católico, con voz oscura.

Al regresar, Emelinda tenía preparado el café y los cuartos limpios. En el cordel del patiecito había colgado sus prendas interiores, inclusive sus medias.

—Te voy a servir. ¿Tienes queso? En la mañana cae bien. No sé si mantequilla...

—Traje de todo.

Desayunaron como pretéritos conocidos. Emelinda comió de cuanto había, acaso dudosa de que pudiera hacerlo otra vez.

—Ahora iré a misa —declaró Emeterio— pero no creas que soy católico de curas; no, entiéndelo bien, soy católico de Dios.

Emelinda preparó el almuerzo. “Ojalá Emeterio fuera bueno y ella no tuviera más que ver con otro hombre”.

Volvió reconfortado al mediodía Emeterio. Brillaba de limpia la casa y Emelinda se había puesto un traje de él, justamente el rayado. Véase cómica. Le extrañó

que ella se acostumbrara de un día al otro a una situación nueva.

—El almuerzo no tarda; en un ratito estará listo. Disculpa que me pusiera tu ropa. ¡Pensar que jamás recuperaré la que tenía en casa de Julián!

Sirvió el almuerzo contenta.

Con la agitación mañanera a Emelinda habíasele avivado el apetito. En un santiamén despachó su parte y algo más. Al observar que él comía lentamente la cazuela, expresó:

—¡Qué malo eres para comer! —y pasó a su plato el trozo de carne y daba gusto ver cómo desaparecía en su boca—. ¡Tú deberías comer más ya que trabajas el día entero!

Emeterio se avergonzó de lo que ella hacía.

El lunes Emelinda le encargó varias prendas para mudarse. El no pudo encontrar insensato tal pedido, aunque desde muy adentro deseaba que nada más se le ofreciera.

Emelinda se atrevió a entreabrir la puerta, ¿no rondaría Julián? y luego se asomó confiada. Una vecina, precisamente la del costado derecho, rogóle mirar su casa, pues iba de carrera al almacén. De vuelta la convidó a tomar té. Llamábase Soledad. La habitación de estar y el comedor hallábanse cubiertos de oleografías y retratos de parientes, hombres y mujeres imposibles, que parecían mirar desde un pasado remoto.

Ambas eran de estatura semejante. No bien cambia-

ron frases de mutuo sondeo, Emelinda comenzó a platicar, sin perjuicio de repetirse el té y de saborear la tercera rebanada de pan con mantequilla:

—Viví con mi madre. Cosíamos y lavábamos lo más del tiempo. Nunca me gustaron los embelecos ni me atrajo la calle. Cuando ella murió seguí sola. Entre los que nos daban ropa a lavar había un hombre bajito, que parecía caballero. Era encuadernador y leía. “Emelinda es mejor que te vayas a vivir conmigo. Así no tienes porvenir. Lo que gana alcanza para los dos” y su cara partía el alma. ¡Son muy facinerosos los hombres! Odiaba la carne. “Soy naturista” era su dicho. “La carne causa pudriciones”. Pasábamos con tortillas de verdura, frutas, a las perdidas un pedazo de queso, pero a diario leche en abundancia. Al visitar a una amiga con qué gusto me servía asado o carne cocida. Por desgracia él tenía un olfato que no he conocido en persona alguna, y era fanático. “¡Tú comiste carne, pase esta vez; si vuelves a comer te las verás conmigo!” Fue cierto. En lo sucesivo, luego de olerme, me cacheteaba. Lloré a más no poder. Sin embargo, no podía verme con el vestido viejo o los zapatos deformados. En seguida no más me compraba nuevos. Un día me dijo que haría un viaje y si le iba bien me mandaría dinero para el pasaje. En el fondo me alegró porque el deseo de comer carne a mi regalado gusto me tenía enferma.

Entré a servir en casa de unas dos señoritas de sus buenos años, hermanas de un cura, delicadas de salud.

Es verdad que me trataron bien. Eran educadas pero me pagaban poco y me tenían a dieta, no de ave, sino de guisos livianos, sin condimento, que le caían bien a ellas y a mí me dejaban con el hambre viva. Vino un tal Julián. “Si te habla —me dijeron ellas— no le hagas caso. Es un pícaro”. El llegaba a la cocina a calentar cola. Era cincuentón, de mediana altura, algo grueso. “Conozco a alguien que estaría dichoso con usted. Apenas quiera me cierra un ojo y se lo presento” me decía haciéndose el gracioso. Al verlo conmigo, una de las señoritas exclamó enojada: “¿hasta cuándo te pido que no empaliques a la empleada? ¿No recuerdas que el Señor ordenó que se proteja a la viuda y al huérfano? Eres incorregible”. El, falsamente compungido, preguntaba: “¿me he propasado en algo, señorita Emelinda?” Ese es mi nombre: Emelinda Berríos. Cuando él terminó la compostura de los muebles, se me juntaba en la verdulería. ¡Qué hombre con tanta conversación! Se le puede escuchar horas y horas. Oí a la señorita mayor decirle al cura:

—¡Qué maña tiene este hombre para elegir siempre a nuestra empleada! ¿Lo hará por burlarse de nosotros?

Julián seguía hablándome. Me pregunté ¿qué hago sola en el mundo? y me fui con él. Me llevó a Valparaíso, me mostró los buques y de vuelta me dio para delantales. “Que sean largos y te cubran los costados. Así no gastarás tu ropa”. Julián recibe trabajo de gen-

te rica: muebles antiguos que deja como recién hechos. Quise que me llevara al biógrafo y me salió con que esa luz tan fuerte acaba los ojos. Si quería repetirme de algún plato, murmuraba que el mucho comer engorda, quien engorda pierde su agilidad y se enferma del corazón. "El pobre come poco y rara vez padece; puede trabajar hasta muy viejo. Los ricos, apenas pasan los cuarenta, toman remedios". Su manía es que nada se perdiera. Tantos puñados para esto, tantos para estotro. "Con dos terrones no se azucara la sangre. Este cañamito dóblalo. Recoge los botones. También los clavos nuevos. La ceniza es buena para fregar el servicio". Leía en cama. "¡Para la oreja!" me advertía. No puedo asegurar que entendiera mucho. ¿Qué no sabía él? Hasta leyes. "Los libros conversan con los ojos". Era refranero, muy de su casa, sin vicios. No me despintaba el hija por aquí, hija por allá. Supe que vivió con la familia del cura, pues era primo de éste. Esa compañía debió convertirlo en cicatero. En cuanto a quererlo, no sé. Más bien le tengo respeto. No he tenido suerte con los hombres, aunque he hecho lo imposible por quedarme con uno. Ignoro cómo me irá con Emeterio.

Fueron pasando los días y Emeterio vio alarmado que su salario se le hacía agua. Supuso, al raptarla, que Emelinda no aguantaría más de una noche. A cualquier hora, además, de las comidas, pedía algo. El hallaba extraño que comiendo tanto no engordara.

Una noche él comenzó a decirle:

—De lo que me contaste resulta que Julián es buena persona. Fui brutal, obré con precipitación. Me ofuscó el deseo de tenerte, pero uno no debe ser egoísta. He pensado dejarte libre para que vuelvas al lado de Julián. El pobre se ha quedado bien solo. (El eje de este sentimiento era que el dinero se le iba rápidamente).

Emelinda replicó con viveza:

—Ah, no. Tú me trajiste a la fuerza. No grité ni pedí auxilio porque sentí un miedo terrible. ¡Tú eres tremendo! Durante horas me fue imposible sacar el habla. ¿Con qué cara podría presentarme ante Julián? No, hiciste tu voluntad conmigo y aquí me quedo. ¿Por qué no miras si hay algo con que entretener el hambre?

Emeterio se levantó mohíno, con una vaga, pero muy vaga satisfacción por haberle inspirado miedo.

En la semana, justamente el jueves, ella no encontró sus zapatos y, en seguida, llena de sospechas, revisó sus prendas y también echó de menos el abrigo. ¿El los habría tomado para comprarle otros y sorprenderla con el regalo? Le pareció posible y estuvo contenta largas horas. Al no llegar a la comida ni después, se dijo: ¡Qué hombres han de tocarme a mí!

Al mediodía pidió a su vecina ambas prendas y partió en busca de Emeterio. Preguntando a unos y otros no tardó en descubrir el domicilio del camionero.

Se vio obligado Emeterio a presentarla a su hermana.

—En un decir Jesús preparó las once —expresó la hermana.

—He venido a buscarte.

—¿Y para qué? —respondió Emeterio inamistoso.

—¿Cómo para qué? Tú me robaste y debes estar conmigo.

—Si no quisiera ¿qué sucedería?

—Me vería obligada a implorarle a Julián que me aceptara. Supongamos que se compadezca. Me preguntará que por qué no grité ni busqué un carabinero. Al final, si él cree que tuve miedo, como es cierto, yo tendría que declarar contra ti. ¿Quién te despintaría un año o más de cárcel?

—¿Quieres decirme de dónde sacas tantas leyes? —preguntó Emeterio con la boca abierta.

—Ya te dije que Julián me daba poco de comer, pero me leía y explicaba muchas cosas. Creí que eso nunca me serviría; ahora veo que algo me he desperdiciado.

Tomaron el té con un mínimo de locuacidad, aunque valía la pena. Fuera del té y el pan, había queso, mermelada y unas empanaditas de arroz con almíbar. Sólo Emelinda gustó liberalmente de cada exquisitez. Tras breve sobremesa, Emeterio anunció a su hermana que debían irse. Esta le oyó abriendo mucho los ojos (seguramente Emeterio le dijo al llegar que se quedaría varios días). Su hermana asintió sin dejar de decirle

que no se perdiera tanto, y que la trajese. Emelinda le había caído en gracia.

Silencioso fue el regreso. Emelinda iba colgada del brazo de su raptor. Este apenas toleraba tales muestras de afecto. Algo después de entrar en su casa, Emeterio, huraño, hacía cábalas en un rincón. Emelinda alegó cansancio y se metió en cama. Ya más repuesta le preguntó en tono alto:

—¿Y qué haces que no vas a comprar? ¿Crees que podré conciliar el sueño sin comer?

Emeterio la gratificó con mirada de fastidio profundo, cogió la bolsa y salió dispuesto a pegarle al primero que lo rozara.

## LA HIJA DEL PROFESOR

EL DIRECTOR del periódico los convidó a casa de tres hermanas, tocadoras de guitarra, que no sabían decir no. Estas invitaron a una amiga. De los visitantes Alberto Ramos tendría treinta años. Era delgado, moreno, de estatura mediana y ojos risueños. Por obligación escribía editoriales y artículos de fondo; para su propio deleite, versos, que leía a sus compañeros entre sorbo y sorbo de vino, porque entonces sólo eran abstemios los enfermos, los vegetarianos y las mujeres.

Tras largo alternar copetines, charla y baile, Alberto Ramos no quiso separarse de Genoveva, precisamente la invitada, criatura de piel lechosa, ojos azules y bovinos y busto reconfortante. Queriendo librarse de las risotadas, se fueron a un cuarto inmediato. Genoveva vio que Alberto la miraba con embeleso. Ante tamaña admiración sentíase otra, y no sabía cómo agradecerle que mantuviera su vista entre su cabellera y su barbilla, y no que le examinara los pechos, las caderas y las piernas, como se hace con el caballo o la yegua antes de comprarlo. El súbito apego de Alberto Ramos la elevó a lo que ella creía ser.

Genoveva le habló largo de sí:

—Soy hija de un profesor que se movía entre libros y personas cultivadas. Nos visitaba un poeta de voz profunda, incansable para recitar. Recuerdo aún el poema de Víctor Hugo: “Eran cuarenticinco marineros que un día partieron de Francia...” Con la voz y los gestos pintaba a esos hombres que sufrieron terribles contratiempos. Oírlo contar con tanta viveza emocionaba. Tenía mirada de bandido. Mi padre que también escribía versos y tenía debilidad por la literatura, celebraba sus dichos. Dijo en una ocasión que poseía un libro raro y fue a traerlo. El poeta miró los cuadros y avanzaba por el salón sin hablarme.

—Yo, aunque desarrollada, sólo tenía dieciséis años. Al llegar junto a mí, exclamó: “¡Criatura! ¿has mirado bien este rostro? Es lo mejor que pintó Valenzuela Puelma”. Me levanté. Habló él sobre el exquisito dibujo del óvalo y su color acertadísimo. En seguida puso su mano bajo mi barbilla y con la otra me atrajo y besó hasta dejarme sin aliento. Sentimos los pasos de mi papá y el farsante, despreocupado, completó la vuelta al salón. Quedé confundida. El muy hipócrita se acercó a mi padre, diciéndole: “Qué sortilegio tiene esa cabeza de Mandiola”. Evité permanecer sola con el poeta. Mirándolo bien era feo, feo, feo.

—En la casa de enfrente había un joven con rostro de moro. Mentiría al decir que no quise ser besada por él, pero el moro no me vio, nunca coincidimos en la calle.

—Mi madre partía una mañana a la parroquia, otra al dispensario, del que era secretaria, y una tarde sí y otra no a ver a su parentela o visitar amigas. La enorgullecía tener en su familia un obispo, un coronel y un marino. Le pesaba que su marido fuera tan sencillo, tan sin ambiciones. “Este nunca será algo” decía con tristeza. Ella no se interesaba por la casa ni por mí, aunque me trataba con delicadeza.

—Cumplía yo los dieciocho años cuando Ismael, un veterinario joven, empezó a cortejarme. Los versos le aburrían, pero soportaba que yo leyera y, sufriendo, solía decir: “¡Sí, están bien!” Según mi madre era de buena familia, un tío suyo fue ministro. Bueno. Por su oficio salía al campo a menudo. Me acostumbé a verlo, y como los míos lo apreciaban, creí quererlo. ¡Qué sabe una a esa edad! Al año nos casamos. Tuve un niño y una niña.

—Ismael era juguetón y algo raro también. A veces, mientras me besaba solía pellizcarme fuerte. Ante mi asombro se echaba a reír. Con todo me sentía mejor que de soltera. Cierta vez me arrebató un libro de versos. “¡No lea estupideces, mi hijita!”, gritó. Sin transición me abrazó y prodigó un sin fin de caricias. Con el tiempo se puso celoso. ¿Usted también lo es? Apenas veía a cualquiera mirándome, no me perdía de vista. A fiestas hogareñas sólo invitaba a mis padres y a los suyos. Por su profesión iba de un fundo a otro. Me recomendaba no salir, una mujer casada debe hacerlo

con su marido solamente. Si en donde estaba había teléfono sus llamados eran frecuentes. De vuelta me ponía sus fríos ojos encima. Los tiene azules, acerados. Es la suya una mirada sin cortesía.

—No sirvo para vivir sola, de modo que hacía visitas. La soledad me entristece. En ocasiones él anunciaba que volvería el jueves y se dejaba caer el miércoles. Apenas yo aparecía encontraba sus ojos de juez. No sólo eso. Me sometía al más odioso interrogatorio. “¿Dónde estuviste?”. “En casa de Amelia”. Seguía él: “A qué hora, ah, el tranvía no demora tanto, has tardado mucho. ¿Quién había allá? ¿Te encontraste con alguien? ¡Júrame que es así! ¿No has estado con un hombre? A ver, mírame...”

—Y como no acertara en nada de lo que presumía, íbase al escritorio, gemía, se daba cabezadas en la pared. Tenía que jurarle que lo quería a él solamente y repetírselo. Era verdad. Sin embargo, el rencor no se le disolvía pronto. Ah, no.

—En sus buenos momentos me regalaba fotografías suyas con marco y pie. “Sé que te mueres por ellas” me decía. No había tal. Se tenía por buenmozo. El mismo las colocaba en mi tocador. En una aparecía a caballo, en traje de huaso; en otras con el pecho desnudo, atlético; con o sin boina; con impermeable, de esmoquin, de frente o de perfil, en un bote, hasta fumando pipa. Se adoraba. Pues bien: al enfurecerse las ocultaba. Cuando se le concluía su rabia negra, aparecían en

su sitio y una nueva. “¡Qué amor por su marido. Mira cuántos retratos y qué actitudes!” decían mis amigas.

—Una tarde volví a la caída del sol. Reparó en que dos botones de mi blusa, creo que entonces usábamos alrededor de ocho, no estaban en sus ojales. ¡Cómo se puso, Dios mío! Pálido, casi verde, gritó: “¡Tú te has desvestido! ¿Dónde fue? Responde inmediatamente. Estás preparando la mentira. “Estuve en casa de la modista” le respondí indignada. El había cogido un florero. Lo dejó. Y temblaba. Luego arrojó una regla y una corrida de libros míos. ¿Se figura cómo estaría? Continuó: “no puede ser. Ella habría advertido la desabotonadura”. Agregué: “Vamos a verla y te convencerás”. Replicó: “a lo mejor estás de acuerdo con ella” y se quedó en un rincón, hosco y silencioso, con la respiración acelerada.

Era milagro que transcurriera una semana sin que-  
rellas. Deseaba que él siempre estuviese en el campo. Cuando iba a regresar experimentaba un miedo vago. ¿Con qué saldría?

—No sé dónde estuvo con amigos bebiendo. Uno dijo que los dentistas, por trabajar con mujeres semiten-  
didas, disfrutaban de ellas a menudo; que para dar  
abasto preferían mantenerse solteros. ¡Y yo iba al den-  
tista martes y viernes! Mi marido llegó llorando a en-  
cerrarse en su escritorio. Sonaron cristales y porcelanas.

No quiso hablarme porque a mi primera vacilación se había propuesto matarme.

Me exigió visitar con él al dentista para ver si debía dispararle.

Todo fue verme, verlo y exclamar: “¿Por qué no convence a su esposo para que vea a otro dentista? Es una Magdalena. Ve una herramienta y suelta el llanto; la calmo; empiezo a trabajar y gime, manotea, hasta se desmaya y después no sólo grita: da alaridos. ¿Se figura el efecto en las clientas que esperan turno? Creerán que soy un bruto y un sanguinario. La que sigue entra pálida, temblando. Si estuviera al comienzo de mi profesión, créamelo, solamente atendería hombres. ¡Llévesela por favor!”

Como el dentista me demostró tanto fastidio, mi marido no quiso que viera a otro.

Una tarde llegué con el cabello enmarañado, pues solaba viento. “¡No me lo niegues, estuviste con alguien!” El infame me tomó de los hombros: olió mis cabellos, mis senos, mi cuello, mis manos. ¿Pretendía descubrir olor a tabaco o sencillamente a hombre? Lo insulté. Me pegó rabioso, ciego; caí desvanecida. Me trasladó en brazos al dormitorio. A ratos me hacía las caricias más tiernas y en seguida me pegaba. Poníase a caminar y echaba al suelo todo, hasta sus propias fotografías. Esta humillación me fue insoportable. Al acudir a mis padres, arguyeron que tales arrebatos de Ismael terminarían apenas comprendiera su error. Vi que

en ellos no tenía apoyo, ahorré y aprovechando un viaje del energúmeno, dije que partía a Chiloé, allí tengo parientes y me vine al Puerto.

—¡Qué dicha no verlo, no sentirme culpable, leer versos y hablar de paz con la gente de la pensión! Mi padrino me prometió no divulgar mi escondite, costeó mis necesidades y me consiguió un empleo. Me duele sólo no ver a mis hijos ¡y con lo lindos que son!

Suspiró.

—Después de esta confesión ¿por qué se la hice? no querrá verme más.

Alberto Ramos, alma de violín, en la no breve hora que ella habló, oía arrobado. La veía niña, desvalida, hecha de materia delicada, víctima de un veterinario demencial y se propuso adorarla.

—A Genoveva la veía a hurtadillas, contadas veces, pues no quería agraviar a mi señora. ¡Tú la conoces! Quedé solo muy niño y ansiaba que alguien estuviera conmigo. Me casé a los veinte años. Mi esposa tendría cerca de treinta. Su carácter reposado la privaba de edad concreta. Parecía a ratos una hermana mayor. Solía mirarme un instante, cuando discrepábamos, y el ambiente con eso se calmaba. Una vez me dijo: “al limpiar tu traje gris encontré ese papel”. Era una carta femenina. Me tuvo en el puño. Por suerte no es celosa y no agregó palabra. Mas puede tragarse sus penas sin que uno lo sepa. ¡No te hablaré la tarde entera de mi mujer!

—¿Cómo encuentras el vino? Entonces pedimos otra botella.

Esto y bastante más le reveló Alberto Ramos a su silencioso compañero, cuando cientos de sucesos que presenció o supo eran borrosas imágenes; cuando tantas personas conocidas: amigos, camaradas, vecinos, seres ligados a él por un servicio habían desaparecido; cuando su propia existencia carecía de imprevistos.

Su oyente era bastante mayor, de expresión variable, no decía palabra, empero el tono cálido de Alberto Ramos lo hacía vibrar. Mirábalo con los ojos muy abiertos; con visajes le contestaba. Eso sí que movía su cabeza, dominado por leve mímica y hasta levantaba una mano.

—Te dije que apenas conocía a las mujeres... Genoveva me cautivó. Era espontánea, no tan razonable como mi señora, pero sí más efusiva. Se te sometía al momento. Y yo que recelaba de ser un chiquillo grande, solamente, no cabía en mí. La veía de vez en cuando. ¿Te conté que mi mujer es astuta? Por eso. Al reunirnos, las horas pasaban en vuelo. Es que no te puedes figurar lo mimosa que era. Al irme ¿qué veía? Nada que no fuera ella. Podía reproducir sus actitudes y un celemín de acciones pequeñas y graciosas, modos de mirar, inflexiones de la voz, dengues. Fue el período en que más expuesto estuve a ser atropellado y en que más injurias recibí de choferes y camioneros: “¿dónde tienes los ojos?”, “¡cierra la boca!”, “¿te

crees en el patio de tu casa?”. Te cito las más académicas.

—Genoveva me pidió que le arrendara un cuarto para vernos. Me conducía como adolescente. Sin embargo, qué placer hallaba en ser así, un sujeto que nace de edad y ama a la otra persona, abstrayendo su don erótico. Rehuía cualquier pensamiento que la menoscabara. La tarde en que me atreví a besarla fue gloriosa. Avanzamos pareando nuestras sensaciones, mirándonos embobados, obedientes a los impulsos que iban del uno al otro. El fuego echó abajo nuestras defensas. La tenía en mis brazos. Ni con hacha nos hubieran separado y ella susurra: “¡pégame!” ¡Qué absurdo! ¿Cómo hacerlo con una criatura tan adorable? Insistió suspirando. Entonces toqué suavemente su mejilla. Genoveva, con expresión angustiada, me dio un puñete en la oreja que me produjo agudo dolor. ¿Cómo lo encuentras? Sin pensarlo, instintivamente, pegué en su rostro con la mano abierta. Cogió mi mano —me morderá, créí— y la cubrió de besos.

—Nos veíamos de ocho en ocho días. Yo estaba por salir de una tienda y ¿qué veo? Genoveva pasa con sus ojos amoratados y la cabeza baja. Sí, no abras tanto los ojos, fue tal como te digo. Corrí tras ella. ¿Qué le dije, qué no le dije? Atroces insultos. Genoveva se limitó a llorar, sin detenerse. En la noche, en mi cama, seguía furioso y la mataba con pequeñas puñaladas. Al suplantador lo asesiné con hacha. Me lo figuré grosero,

repugnante, bestial. Seguí hiriéndolos, a través de los días con menos encarnizamiento. ¿Por qué al que nos priva de una mujer lo consideramos tan infame y por qué, si el suplantador es uno no se tiene por indecente, malvado ni despreciable? Resuelve tú esos problemas.

—Llegó el momento en que dejé de hierirla porque no hay dolor tremendo que no acabe en olvido. Entonces el no verla me causaba pesar, tanto que a menudo quería reconciliarme. Al estar solo oía su llamado. Era mi ansia de verla. Pasaron meses. En el Puerto lo difícil es no verse. Son pocas las casas y nadie puede a permanencia estar encaramado en los cerros. En una callejuela tropecé con Genoveva. Sonrió.

—Me separé de ese bruto. Si supieras cuánto me hizo sufrir. ¡Lo eché! Al recordarte, me decía: “el único en quererme bien, que es delicado y caballero, es Alberto; si él me acepta volveré a su lado sumisa para siempre. ¡Te juro que ya no miraré a nadie!”

—Mientras ella hablaba me latían las sienes; ondas de calor me subían de los pies a la cabeza. De no haberse excusado también habría consentido. No obstante, la conminé: “Si me fallas no te miraré en la vida”. Dije esto por satisfacer mi orgullo mal parado. Entenderás que mi vida volvió a ser un festival. Con cualquier pretexto abandonaba el diario y corría a verla. Dejaba sus brazos en un estado de plenitud que sólo experimenté a los veinte años. Olvidaba decirte que seguía produciéndome desazón, a un gesto de ella, que mi mano ca-

vera con alguna fuerza en su cuerpo o su mejilla. Dicha tontería la electrizaba.

—Una tarde llegó al diario mi señora. ¿Qué había ocurrido? Nada menos que la muerte de su padre. Partimos a la capital, ordené allí los asuntos de mi difunto suegro y dejé en trámite la posesión efectiva. Mi señora lloró, no calladita, sino a gritos. De vuelta traté de distraerla y regresaba a casa no bien concluía mis artículos. No vi a Genoveva. Pensé en que pudo hacer un viaje y no quise preguntar por ella. Se fueron otros días. Conversaba con alguien en un cruce de calles y, Dios mío, veo a Genoveva con un brazo en cabestrillo. No necesité averiguar a qué se debía tal desgracia. Me figuré al salvaje que la moliera a bofetones y puntapiés. Al doblar la esquina, felizmente sin transeúntes, me le apersoné. Debo haberle dicho horrores y nunca más quise verla. Así como había sido dichoso junto a ella, esa tarde y muchos días la odié. Me sentía humillado porque el bestia que bailó en su cuerpo y le rompió el brazo significó más para ella. Me había cambiado por un cochino, por un ser ordinario y vulgar. En mis sueños le pegaba y, cogiéndola de una mano la conducía a un hogar íntimo, donde ni respirar podía lejos de mí.

—Genoveva seguramente se repuso de la quebradura. Siempre ignoré la dirección de la oficina o negocio del que era empleada. Una fuerza me impulsaba a rondar por el cuarto que le arrendé o por la habitación

de las tres hermanas. Nunca la nombré ante nadie. Temía que dieran un juicio hiriente para ella. No oyendo su nombre en otra boca continuaba siendo mía y sin defecto. Supuse que estaría con sus parientes de Chiloé. La imaginaba en la playa entre interesada y alegre. Ella no podía vivir fuera de los brazos de alguien.

—Acaso un año después, un compañero de redacción me dijo: “¿recuerdas a Genoveva? Oí que ha muerto en el hospital de contusiones internas. ¿Cuándo? No lo pregunté. ¿Sufriría un accidente? Era joven y gracia tenía”.

—Tal vez él me semblanteó, pero no le dí mis ojos. Ya sólo me puse a mirar por la ventana como persona a la que le han pegado entre diez.

Su amigo, su oyente, gritó: ¡Otra botella de vino!

## MAR Y CIELO

AL LAVARSE las manos el agua queda limpia. Es la novedad del mar. No hay polvo. Las preocupaciones que en tierra persiguen al ser humano, sin dejarlo, no se embarcan. Ya no debe ni poseer. ¿Quién allí tiene mujer e hijos? Han desaparecido con los amigos y enemigos.

Navegan más de cien ingleses que hacen el viaje de ida y vuelta, y otros van a pasar sus vacaciones a Inglaterra.

Se acercan dos muchachas a Manuel Bermúdez, hombre cincuentón que dibuja a la entrada de la sala de segunda. Una —Elizabeth— de hermosa piel, ojos azules y plácidos, que al mirar son amantes, calla, pero debería gritar: “¡quiero ser madre!” La otra —Dorothy— es una espiga voluntariosa, de nariz arriscada, casi enemiga del hombre. Elizabeth, con vivo candor, pregunta a Bermúdez:

—¿Cuál es su actitud frente a Cristo?

Ambas trabajan en el sur de Chile, en un hospital. Son anglicanas, van a descansar a su país y, mientras dure la travesía, quieren hacer algo en favor de Dios.

Bermúdez comprende que ese momento es delicadí-

simo y prefiere descubrir la vena pagana de la sublime catequista, apenas escondida, porque al recibir una lisonja —y a Bermúdez le nacen en serie— se reviste de mayor hermosura.

La mirada de Elizabeth lo convierte en ángel aunque él no quiere serlo. ¿Qué puede interesar a un ángel la vista, la voz y el todo de una mujer? Pero a él sí le interesan.

Dorothy, que vela junto a Elizabeth, pronuncia palabras frías, separadoras. No le gusta Bermúdez y éste, si cortés, no tuvo para Dorothy un gesto exclusivo, que la pusiera a su favor.

Elizabeth instada por Dorothy renuncia a convertirlo. ¿Qué religión tendrá Bermúdez?

Después de días, por huir del aburrimiento, lo invitan a jugar con un naípe instructivo en que figuran tres músicos, tres guerreros, tres poetas y tres de otras vocaciones.

La mesa de Bermúdez está a la entrada del comedor, a la derecha; lo acompaña el argentino Cayetano Ocampo, severo, de mirar desconfiado y que evita hablar, y el gordo Cachemirian, que respira con fuerza y seguido. Cachemirian tiene ojos hundidos, grandes y una mirada preguntona. Al lado se sientan una norteamericana rural que habla un sobrio castellano propio, y una añosa colombiana que viaja con dieciséis hijos, nueras y nietos. Estos van en tercera y ella baja a dia-

rio a mirarles el semblante. La colombiana sí que conversa. ¡Qué buena mano para cocinar la de estos ingleses! expresa al repetirse uno o dos platos del copioso menú.

—¿Hasta dónde llega usted? —pregunta Cachemirian a Bermúdez.

—De aquí a Panamá conozco los puertos. Me quedaré en donde pueda dibujar.

—Yo voy a Puerto Limón. Van a desguzar un barco y si no es caro, lo compro. El fierro lo coloco en un decir Jesús. Los ojos de buey me los encargaron para el poeta Neruda, que los pondrá de ventanas en su casa de Valparaíso.

Sirven muchachos rubios o de cabellos negros, acaso biznietos de Lord Byron o de Shelley, con apostura para llegar a capitanes o almirantes. Los vigila un mayordomo alto y desabrido, a quien el divino hacedor no dio una migaja de donosura. El mayordomo vibra sólo por la cuerda de la energía. Es el ojo censor del Capitán, quizás del barco, porque el Capitán entra al comedor igual a un rey, asistido por dos oficiales, sin ver caras ni cosa ninguna. Mas, a menudo come con los ingleses de primera.

El mayordomo pasea su mandonismo por entre las mesas, aunque su presencia disminuye a nada durante las comidas. Quién se luce es un australiano pequeñito, vestido de azul. Se desliza a lo ancho del come-

dor, enaltecido por la cadena de plata que pende de su cuello y la llave que va a su término, a la altura de su ombligo. Es el semilior. De un movimiento descorcha la botella, con otro llena la copa desde lo alto. Usa gruesos lentes, no es menos serio que el mayordomo. ¿Quién le vio sonreír?

¡Sirven arenque, sollo, sardina, anguila, almeja que saben igual. El australiano escancia en el centro. Entre dos miradas atiende comensales en el fondo del comedor.

—Nadie guisa mejor el pescado —confiesa la colombiana—. ¡Repítame el sollo!

Ramón se encuentra flanqueado por Amparito, su esposa, y doña Consuelo, su suegra, ambas altas, parecidas, opulentas. Amparito ¿tendrá veintitrés años? Es todavía seria y su espíritu está en desarrollo. Doña Consuelo, su madre, ríe, habla, se mueve, mira, vuelve a hablar. Parecería tener el diablo en su cuerpo. Ramón es carilargo, debe de ser mezclado pues tiene una dulcedumbre que no entra en la química habitual del español.

Doña Consuelo exclama:

—¿Cómo han podido sobrevivir estos ingleses con tan mal comer? Todo rezuma barrica. ¡Ramoncito! ¿Por qué no pides para mí un buen trozo de carne?

No bien el australiano se quita su cadena de plata, triunfa el mayordomo, que le impone trabajos durísi-

mos. Aquel los ejecuta callado, sudando, rabioso. Si hay que acomodar el gran salón, porque en la noche habrá cine, es al pequeño australiano, a él solo, a quien le cae encima, como si no hubiera otros mozos, el traer ciento o más sillones, nada livianos. Si por un golpe de suerte el australiano fuera mayordomo, el actual perdería rápidamente veinte kilos y treinta también. Con esfuerzo, presuroso, mueve todo, forma filas, limpia. Es inútil que el mayordomo mire y remire. No hay falta. Y mientras el australiano enjuga su abundante sudor, suena la campana anunciando la comida y él, por los aires, va a colocarse la cadena de plata.

Además del australiano, hay un lenguaraz español, también menudo y bajo. ¿Será consigna inglesa no contratar extranjeros altos? El lenguaraz carece del vigor fenomenal del australiano. Acaso no lo necesite, pues trabaja en papeles y es guía de los pasajeros de habla castellana, pero, tan menudito como es, su actitud es la del ser absoluto, y si está contrariado su mirada es un peñascazo.

A las siete de la mañana quien quiera oprime un timbre y el camarero llega con té. Después lo sirven espontáneamente, helado, en la sala de estar, alrededor de las once. Y a las diez de la noche, a pedido, lo llevan al camarote.

En la mañana las jóvenes y algunos varones toman largos baños de sol. Los demás pasajeros miran el ho-

rizonte, deseosos de ver costa, y gozan cuando aparece una línea de pájaros. Las señoras leen extensas novelas sobre los más variados amores.

O'Judá, adolescente agradable, criado para caballero, toca una sonatina, la misma siempre. ¡Honor a su maravillosa madre que lo pulió como un diamante! Una anciana vela discretamente por él y se empeña en enseñarle otra melodía, pero O'Judá tardará años en dominarla, aunque a diario la estudia. Es de ojos limpidos, mejillas igual a granadas y cuerpo lleno. Con la sonatina embelesa. Miss Donaldson, alta, fornida, con cara de luna, que bordea los cuarenta pero que por su timidez aparenta veinticinco, con un susurro de voz le ruega repetirla. Y no menos entusiasmo muestra un ecuatoriano, que debe de escribir versos, delgado, bajo, de facciones ascéticas y de mirar apasionado. Tal vez no sólo de mirar. El ambicioso no quita el ojo de miss Donaldson. Si esta se emociona con la sonatina, él declara que pieza mejor no se escribió.

Asoma una inglesa septuagenaria, puro esqueleto, con sombrero de paja, mira, lanza un alarido y escapa. El músico y sus oyentes quedan consternados, pero entra el australiano con té frío. A través de sus espejuelos su mirada es más fría que el té.

Rosita vigila a su hijo, un condenado de once años, vigoroso, entrometido, que dispone del barco como si fuera suyo. No bien ella lo ubica, sube a una torreci-

lla llevándole comida a su perro y le prodiga palabras mimosas. Usa delantal y al sentarse, teje. La acompaña Amparito. Ninguna de las dos es conversadora y si dicen una que otra palabra es sobre tejido. Amparito aprende de Rosita innumerables maneras de tejer el punto. No importa que brame el mar: ellas mueven sus palillos sin alzar cabeza.

Cachemirian las frecuenta. Diga lo que diga, Rosita a lo más sonrío y en los labios de Amparito se dibuja una media sonrisa. Rosita a veces porque oye algo singular o por un acto sorpresivo, lanza una mirada eutrápica, y vuelve a tejer, recogida en sí. Parecería que está en el patio de su casa.

—Con permiso —vuelve a decir Rosita—. No sé dónde estará Renato. —Se aleja a cortos pasos. Lo descubre en el cuarto de máquinas.

—¡Hombre! ¿Dónde se oculta usted? —exclama Cachemirian al ver al argentino Cayetano Ocampo, que trata de escurrirse. Ocampo luce traje y zapatos blancos y camisa crema. La primera noche que estuvo a bordo, lo situaron en el camarote de Cachemirian, que respira con un solo pulmón. Su jadeo lo mantuvo en vela y deprimido, aunque Cachemirian salía a cubierta resollando porque nunca el aire es bastante para él. Ocampo consiguió con el lenguaraz que le diera otro camarote. Además evitó a Cachemirian porque su resuello lo deprimía.

—¡Si caes al mar, te mato! —amenaza la señora July

a su rapaz de siete años que intenta trepar a la borda. Por suerte lo tiene atado del busto con una soga cuya punta maneja. Desde la mañana lo sigue por el barco. July tiene ojos preciosos y acaso fue bella de muchacha. Ahora su mirada es salvaje. En Southampton la espera su marido. Si le preguntan cómo vivirá allá, responde que “muerta de frío porque las casas no se calientan jamás”. La sonrisa no se ha hecho para ella. Alega que es una mártir porque su chicuelo no se acostumbra con nadie.

Ocampo dirige unas palabras al chico. Este lo mira detenidamente, sonrío y escapa. Entonces July, la mártir, sigue tras él.

La pequeña orquesta se acomoda. Llega Mrs. Carolyne, madre de tres hijitos que le ocupan el día. A las ocho los tiene bañados, comidos y dormidos. Ella se viste, baja a comer, la invade la alegría, fraterniza con cuantos halla y seguidamente pasa al salón. Entran también Ramón, Amparito y doña Consuelo.

A los primeros acordes O'Judá y el ecuatoriano invitan damas pretéritas, que se entregan a sus brazos conmovidas, con sonrisa virginal. Mrs. Carolyne gira conducida por un oficial. Ella es una alta figura de miel. ¿Quién renuncia a lamerla aunque sea desde lejos? Pasa a los brazos de otro oficial, danza luego con el piloto y excepcionalmente con un civil de buena facha.

A veces riendo echa su cabeza hacia atrás o la oculta, por la emoción, en el cuello de su compañero.

En torno hay señoras, caballeros, jóvenes, muy pocos jóvenes. Bermúdez observa junto a la colombiana. Le da un cigarrillo y ésta expresa:

—¡Muy formal, muy formal!

El supone que será su manera de agradecer.

A una presión de Amparito, tan seria, Ramón empieza a bailar sin entusiasmo, pero con talante amable. Cesa la música por un instante y vuelven a sus asientos. Doña Consuelo está trémula y echa miradas en redor. No es de mal parecer, mas los bailarines escasean. Suenan nuevamente los instrumentos, apodérase de su yerno y éste danza como si trabajara.

—¡Tómame mejor, flojonazo!

Y Ramón pasa de Amparito a doña Consuelo sin que aminore su sonrisa. Entran las anglicanas. Elizabeth esparce su mirada benéfica. Bermúdez que le dibuja a lápiz un retrato, se le acerca, la enlaza y se desliza. Elizabeth con un guiño pide perdón a Dorothy; va dichosa y, aunque en su rostro no hay malicia, sino algo evangélico, se comprende que no renunciará a ninguno de sus fines de mujer. Un oficial la aguarda para el siguiente baile y ya no le dan descanso ni marinos ni caballeros. Es universal.

Dorothy se consume en su propia llama.

El Capitán solía quedarse un instante para enaltecer la reunión, y concedía un baile. ¿Qué lo indujo a ele-

gir a Dorothy? Esta no salía de su sorpresa, pero cómo negarse al Capitán. Era honor. Bailó y hasta sonrió con alguna broma exquisita de aquél. El alto personaje vino a dejarla, se inclinó y desapareció. Sencillamente la puso de moda y no fueron pocos los oficiales que la hicieron dar vueltas y más vueltas. Huyó la palidez de Dorothy y una revolución interna hízola pensar que hay en el hombre algo atrayente.

Yuly desde un rincón musita en el oído de la colombiana:

—¿Qué cualidad pudo encontrarle? Mire como es: ¡un palo! Los hombres son muy insensatos —y esparció su mirada salvaje.

El ecuatoriano gira con miss Donaldson. La estrecha, le habla en el cuello, seguramente de hondos sentimientos. Ella se siente en camino del paraíso. Y piensa: “¡Oh, si fuera más alto!”

O’Judá, sentado con la viuda que fue su dama, oye confidencias incomprensibles, y responde: “oh, yes”.

—¿Por qué no saca a mi hermana Adelfa, que lo admira tanto?

—Yes, yes. —Se inclina ante una ¿señora? figurita de ojos imperiosos. Ésta para sí alaba el buen porte de O’Judá, su pura expresión, sus mejillas que en una muchacha también serían hermosas. Le cuenta ella que las flores escasean en el barco, que lee libros apasionantes. Adelfa ha visto a O’Judá llevar un diario. Cuánta curiosidad experimenta por ver lo que allí anota.

¿Se lo leerá un día? ¿Sí? Oh, qué gentil. Ella posee un volumen de poesías. ¿Querría leerlo? ¿Sabe poco castellano? No importa, le irá traduciendo. Y se estrecha un poquito, porque él es demasiado tímido y casi no la roza, aunque baila bien. Y súbitamente alza su cabecita y con deleite mira en O'Judá al hombre.

Mientras, el ecuatoriano danza con la norteamericana que parece dormida. El da pasos de fantasía con sus livianas piernas y la embarulla con su lenguaje floreal. El así lo cree. La música cesa y él no la suelta en seguida lo que choca a unos. Con más penetración otros barruntan que a la salud del ecuatoriano puede convenir ese método.

Ramón se retira con las dos mujeres, aunque se queda en el pasillo fumando, sin alejarse del camarote hasta que su suegra o su mujer grita:

—¡Ven acá, Ramón!

El ecuatoriano conduce a su compañera a cubierta, obstruida en el centro por grandes cajones y bultos. Hay escasos huecos, pero buenos para la intimidad. Se detienen. Ella se conserva en pie y él de rodillas, abrazado a sus piernas (¡qué ecuatoriano tan emprendedor!), con el rostro alzado ¿qué le pide? La norteamericana se inclina y con sus brazos de jornalero lo empuja lejos.

Mrs. Carolyne pasea con un oficial, muy expresiva, llena de dengues, risueña.

Sentado en el suelo, en camiseta, entre dos bultos fuma su pipa el australiano.

Al día siguiente la cubierta está llena. La nave va entrando a puerto. O'Judá desciende ataviado con traje a rayas. Se propone tomar muchas fotografías. También Cachemirian baja resoplando. El ecuatoriano que ha volcado definitivamente su pasión en miss Donaldson, camina con la cabeza alzada para no perder gesto ninguno de ésta, que se protege bajo una sombrilla verde. Bermúdez oprime contra sus costillas una carpeta negra. De seguro que se instalará por ahí a tomar apuntes de rostros negros y de paisajes. Cayetano Ocampo con sombrero de jipijapa, traje crema y un libro desciende cuidadoso de no acercarse a nadie. Se ve que prefiere leer y quizás le guste asimismo un poco de soledad con gente a la distancia. La colombiana con su familión parece jefe de tribu. July sujeta a su chico que grita: "¡quiero bajar, quiero bajar!" July mira hacia adelante con desdén profundo. ¿Qué le interesa? ¿Pensará suicidarse en fecha próxima? Más atrás Amparito, con una bolsa en la que lleva el tejido, y doña Consuelo flanquean a Ramón.

—Hay que cambiar de comida siquiera una vez —declara doña Consuelo—. ¡Animo Ramón! Verás que lo pasaremos bien.

Ramón conserva su sonrisa melancólica.

A bordo no escasean las prohibiciones, mas, por evitarse el sufrimiento de hablar castellano, el oficial de turno deja que algunos pasen a primera.

Entre los sudamericanos de pro yace tendida una dama de color blanco mate, de grandes ojos sombríos, nariz perfilada, boca pequeña, una joya. Desde los hombros, sujeta por largos tirantes, cúbreala una falda oscura hecha de angostas tiras, unidas cada treinta centímetros por presillas. A cualquier movimiento, una o más tiras se entrecierran dejando pequeñas zonas desnudas. El erótico puede apreciar sus bien contorneados muslos, y los tontos y los demás vuelven a pasar. Ignoran que el marido hirió a bala a dos que pretendieron seducirla. Ella quieta, tiene su vista en lo alto, en una nubecilla fugaz. Más allá hay beldades en traje de baño, con sus piernas completas, sus brazos y sus espaldas en exposición. Apenas alguien las mira.

Los ingleses, mujeres y hombres de años, algunos enfermos, juegan a las cartas, conversan mientras los dora la brisa marina. Cuando la anciana de los alaridos asoma medrosa, adoptan actitud indiferente. Quizás en meses varios de ellos se pongan a gritar. ¿A qué no está expuesto el ser humano?

A la izquierda del barco, cerca de la costa, vuelan millares de pájaros. Es difícil distinguir cuales son unos, cuales otros, salvo los alcatraces, tan graves, que van de

avanzadilla. Se sumergen y rápidamente reemprenden el vuelo. Los observadores se contradicen:

—Van al clima templado del sur.

—¡Qué clima ni qué sur!

—Persiguen un cardumen.

—Son albatros.

—No sólo albatros. Son muchos pájaros distintos.

—¿Y esos chiquitos que parecen moscas?

Vuelan a ras del mar, prosiguen sus veloces inmersiones. Después de un instante raros son los pasajeros que conservan interés.

O'Judá sí. Los mira largamente, con los ojos muy abiertos, y entra al salón a consignarlo en su diario. Cuando está muy inspirado escribe versos y se los manda a su madre que, desde Bristol, lo ve, aunque sea de noche y la distancia tanta. Cuando la tiniebla es muy profunda ella se pregunta angustiada: "¿qué será de mi niño?"

Apenas se divisan los pájaros. Unas pocas nubes fragmentan el cielo. Déjase oír un alarido. La inglesa de la chupalla se asustó con los volátiles y cayó desvanecida. Unos marineros se la llevan en silla de mano.

En el salón la suegra dice a su yerno:

—Venirse a marear ahora. ¿O será, a ver ¡mírame picaronazo! que la has preñado? A mí me ocurrió igual; sentí mareos en un viaje y es que estaba lista con Amparito.

El peninsular sonríe humildemente, como persona que cumple su deber, y fuma.

A O'Judá léele el ecuatoriano versos de Burns. O'Judá escucha fascinado; es su hábito, sólo va empezando el sendero de los prodigios y el contorno es para él un gran escenario poético. Dice con variedad de acentos:

—Oh, yes.

—¡Yes, yes!

—Yes.

Repite cada tanto una palabra del verso para corregir la pronunciación del ecuatoriano que tal vez, siga a Londres. Entre estrofa y estrofa éste busca su salud, pero sólo ve a la arisca y selvática Norteamérica, con la boca tan abierta que podría tragarse los pájaros.

—¡Mira! ¿No es el médico? Vamos a ver qué tiene Amparito —resuelve doña Consuelo.

El australiano agita la campanilla por todos los re-covecos del barco anunciando el almuerzo.

En la noche hay gente nueva.

Sientan, a la mesa de Bermúdez, a un caballero boliviano cuyo rostro cobrizo absorbe todos los fluidos del ambiente. Es delgado, de buen porte, todo lo oye y al sonreír descubre sus preciosos dientes. Es don Ventura Bustamante. Cuando a los postres Bermúdez da un cigarrillo a la colombiana, aquél se lo enciende.

—¿Vuelve a su tierra? —pregunta Cachemirian.

—Todavía no —responde triste la colombiana—. An-

damos haciendo tiempo. Allá los conservadores matan a cuanto liberal encuentran a mano. Entonces los liberales van a un lugar de conservadores y no dejan uno. ¡No hay familia que no esté de duelo! Y otras bandas, sin ninguna idea pero sí con el deseo de robar, obran como aquéllos. Y todos, sin excepción, qué deshonestos son con las mujeres. Aún no llegan a mis tierras, tengo un pequeño cafetal, pero se dejarán caer. ¿Quién aprovecha de esos crímenes? Unos pocos que compran los campos abandonados casi por nada. ¡Nunca conocimos horror igual! —Y la colombiana enjuga sus lágrimas.

—¿Vamos a ver a tu mujer? —propone doña Consuelo. Es fórmula porque aunque el yerno no quiera siempre irán.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, mamá. Mañana puedo levantarme. Ahora tengo deseos de dormir solamente. Ramón, acompaña a mamá. Tú sabes cuánto le gusta estar al aire. Yo con dormir me alivio.

La noche está ligeramente cálida. El mar produce un rumor comparable a una poderosa respiración.

—Mi Amparo es muy buena. Piensa en todo. Te has encontrado una joya y no dices nada. ¿Por qué nos corresponderían hombres tan callados? De no morir el pobre de mi marido hubiera tenido más hijos. ¿Cree-rás que a veces siento rencor contra él? Por que dejarme

sola tan joven, cuando apenas le tomaba gusto al matrimonio, es terrible. No era malo, no, qué lo iba a ser, pero no le gustaba conversar. Era calladito como tú, sin tu buen carácter. De noche yo solía despertar y le hablaba. ¿No era mi marido? “¡Cállate por Dios!” decía él, como si le hubiera dado una puñalada. Cuando nos casamos compró una casa a mi nombre. Era considerado. Después me regaló esta pulsera (de oro apropiada para el cogote de un perro). Me acompañaba a fiestas. ¿Crearás que me dejaba bailar con el que fuera? El se metía en un rincón hasta que nos íbamos. Me dejó un mediano pasar, pero me dejó sola. Tú ves que aún soy joven. ¿Dónde podríamos sentarnos? Ahí se ven dos sillones. ¡Qué bien se está así! ¡Cómo vivir sin alguien que nos acompañe! Si tuvieras un hermano, Ramoncito, tan jovial como tú aunque esté mal decirlo, me lo pondría por delante. ¡No me aprietes tanto el brazo!

—Usted tiene el suyo sobre el mío...

—No hagas caso.

Distantes, apoyados en la borda, están miss Donaldson y el ecuatoriano, que acaso le recite versos, lo que no impide a su brazo izquierdo regodearse en la opulenta cintura de la inglesa.

La norteamericana agreste escucha en un extremo a un marinero rojo, de camiseta, que en el antebrazo, tatuado, lleva al Señor en la Cruz y, en el otro, sobre un travesaño, un loro. El marinero al no divisar ni la som-

bra del mayordomo, extrae una botella tableada y la ofrece a la mujer. Esta bebe lentamente, sin apuro.

El australiano, aislado, termina de lavar su chaqueta de semilior y la cuelga con otras prendas. Frota la cadena de plata y, por último, fuma, lejos de los ingleses que lo desprecian. El no sólo abomina de los ingleses, sino de todos los demás.

Cachemirian salió a respirar al alba. En el suelo, sin cadena, igual a un paria, el australiano, después de abrillantar los escupitines, pule los broncecillos incontables de las escaleras y las puertas. No lejos el alto mayordomo vigila.

Fuera del producido por el trabajo de rutina, Cachemirian siente un murmullo hacia popa. Un hombre corpulento de traje negro, cuyo chaquetón tiene abotonado hasta la garganta, lee. A su lado están el Capitán, a derecha e izquierda los oficiales y, más atrás, cuatro marineros. Algo separadas se ven Elizabeth y Dorothy. La actitud es solemne. El pastor cerró su libro y apartáronse todos. Entonces los marineros alzaron un delgado ataúd y lo arrojaron al mar.

En el misterio del amanecer despedían a la anciana inglesa, que paseaba su espanto por el barco y que al ver las miríadas de pájaros volando hacia el sur, sufrió el mayor y murió.

Se habían reunido en el bar, Bermúdez, Cachemirian y el silencioso Ocampo. Iban en el segundo whisky.

—Está igual don Ventura Bustamante —comentó Cachemirian—. Le pregunté si iba a Europa. Me contestó que traspasaría en Panamá pues lo habían contratado para dar un curso, y se puso a decir otras cosas rápidamente.

—¿Por qué dijo que estaba igual? —inquirió Bermúdez.

—Lo conocí en Cochabamba donde era abogado de un señor a quien compré maquinaria en desuso. Creo que, además, hacía clases en la escuela de leyes. Es cortés, habla bien, pero no se franquea ni revela qué piensa, y cuando no se confían las preocupaciones lo que se dice no tiene gusto a nada. Supe que había estudiado canto y que actuó en varias ciudades de Sudamérica. Al comienzo bien, después se le ahogó la voz. Estuvo meses tratándose. Sin embargo, en su cuarto cantaba sin dificultad. Y volvió al proscenio en Lima. A poco de comenzar se le cortó la voz y su amargura fue tremenda. Es curioso que siendo abogado, acaso con porvenir político, le interese más que todo cantar. Para mí que ahora anda en misión de su gobierno y puede ir a Bogotá o Caracas —y Cachemirian miró profundamente a Bermúdez y Ocampo, pues los suponía en idénticos trajines. La mirada que le devolvió Bermúdez era tan bobalicona como la de niña de las monjas.

—No se puede negar que el señor Bustamante es persona agradable.

A Cayetano Ocampo le eran indiferentes los ajeteos de Bolivia y de Chile, pero era posible que se moviera en favor de una querrela de su país. Al regresar volvería a sus libros. Ya no conservaba creencias, salvo en el desarrollo de un bosque que empezó a plantar hace años.

Antes del mediodía O'Judá otea el horizonte. Lejos, donde termina el mar, una masa de nubes viaja. O'Judá viene a sentarse y escribe en su diario. Por ahí, sentada con su hermana, Adelfa procura atraerlo. La anciana que protege a O'Judá, tan tierno, mira con fastidio a la señorita Adelfa. “¿Por qué no se fija en un hombre si tan precisada está, no advierte que O'Judá, por su especial naturaleza, es todavía un niño?”

—Hijo ¿por qué no tocas? —pregunta, cariñosa, la anciana.

—¡Oh, yes!

El toca la sonatina. Debe repetirla a ruego de miss Donaldson. No bien termina, Adelfa se aproxima:

—¡Qué sensibilidad tan fina la suya!

Lo reemplaza la anciana y ensaya unos estudios de Brahms. También es aplaudida.

Continúan entrando pasajeros. El español, su suegra y su mujer se acomodan distantes del piano.

—Y usted ¿no se anima? —pregunta Cachemirian al

señor Bustamante, porque barrunta que si canta también debe tocar.

—Cuando muchacho estudié. Ahora veo un piano a las perdidas. Probaré, sin embargo, por complacerlo. Y se queda inmóvil ante el teclado. Todos respiran apenas. Comienza con las danzas húngaras de Listz. El salón se llena de notas alegres, cantarinas, fuegos artificiales. Entran recalcitrantes que vagaban solitarios por cubierta.

No hay mujer que no acuda a felicitarlo. O'Judá y el ecuatoriano están electrizados. ¡Que siga!

Don Ventura Bustamante agradece con movimientos mesurados. A semejanza del cazador busca la tecla y su derecha cae. Es un preludio de Chopin. Cuánto lamento, cuánto efluvio puro invade el aire. Los oyentes querrían yacer en un bosque y sentir el ruido del agua.

Cuando se levanta el señor Bustamante, con aplausos, con miradas, con ademanes, todos se le ofrendan.

Los sonidos tan deliciosos anularon los pequeños intereses de cada uno. Los domina aún la vaga tristeza de volver a ellos.

El señor Bustamante queda en alto pedestal. Al que se cruza, Cachemirian advierte que si aquél toca bien canta mucho mejor.

La noticia, rápida, sube a primera y en la tarde un oficial transmite un pedido a don Ventura Bustamante.

Este se excusa. Por impedimento emocional no puedo hacerlo sino ante unos pocos conocidos.

Durante la comida un círculo de miradas sigue los gestos del señor Bustamante y los de sus compañeros. Ocampo pidió champaña. En secreto la música de Chopin le deja transido largamente. Si en ese lapso le pidieran dinero, lo daría. Daría también un traje, varias corbatas y objetos de adorno. Después Dorothy y Elizabeth llévanse al señor Bustamante a tomar el café. O'Judá se le acerca con un libro de autógrafos. Adelfa insta a don Ventura Bustamante a tomar un traguito con ella y su hermana. Ya no lo dejan. Miss Donaldson, por sobre el ecuatoriano desvía una mirada intensa hacia el señor Bustamante. Abandonan el comedor y Adelfa y Bustamante se alejan por cubierta. Una gran masa de niebla envuelve al barco, pero en torno de éste queda un anillo de claridad.

El ecuatoriano expresa a miss Donaldson:

—¡Qué fenómeno tan inesperado! —y la conduce a la borda desde donde, según él, pueden seguir su misterioso desarrollo. Mientras, él explora la cintura de su acompañante.

—Ha refrescado —exclama doña Consuelo aspirando ansiosa toda la niebla que hay a su alcance.

—¿Por qué no me dejan en el camarote? Temo que la humedad me ataque la garganta.

—¿No será mejor que nos retiremos todos? —propone Ramón.

—Si no temiera tropezar con las cuerdas, me pasearía sola, flojonazo. Aguarda aquí. Voy por un chal.

Figuras fugitivas van y vienen. La niebla se espesa encima del barco, aunque las luces dejan visibles algunos puntos.

—La niebla no deja ver las cuerdas —expresa doña Consuelo—. Afírmate, Ramón, porque si tropiezo me cargaré en tu brazo. ¡Con qué sentimiento toca el señor boliviano! Y qué digno es. A un hombre así no hay mujer que le diga no, fuera de las que tienen dueño, aunque algunas... Seguramente es casado. La mujer, a un hombre que sea alguien, lo atrae joven. ¡Tú qué sabes de mujeres! Tu tío decía que varias se enamoraron de ti y nunca te diste cuenta. ¡Mejor para mi hija! Yo, con ser mujer, de soltera fui más despierta que tú. Y esto que te cuento no es para repetirlo. Un amigo de mi hermano me encontró sola en el salón y, de sorpresa, me dio un beso atornillado. En vano me eché atrás. Gritar no podía. En la noche pensé mil cosas contra él, contra mí. La idea del pecado no me dejaba. Días después me vino el gusto del beso ¡mira tú! como si lo recibiera. Y qué pecadora tan grande hay en una. Hallé que había sido muy bueno y me quedé con ese pensar, pero no te creas tú. En adelante no estuve a solas con él. Y eso que era muy simpático. Por suerte me casé pronto. Veo dos bultos allí. Por lo baja parece la señorita Adelfa.

—Hará cuarenta años mal contados que es señorita.

—¿Hablaste? Te felicito.

—Si usted me deja hablo otro poco...

—Te pones gracioso.

—Por favor, siga usted que se me acabó la cuerda.

—Ramoncito ¿ves donde sentarnos?

Encontraron dos sillones junto a la pared exterior del salón.

La niebla apenas deja ver lo cercano. Empezó el barco a dar largos pitazos cada tantos minutos. La colombiana, cuyo hijo mayor está ligeramente resfriado, entendió que con esos pitazos el Capitán quería avisarle que su hijo empeoraba. Bajó desalada a tercera.

En la tarde vaga con su hijo la señora July. Cachemirian desearía conversar. O'Judá está sentado frente a Adelfa. A distancia pasa Ocampo con un libro ante sus ojos, tanteando el piso. Adelfa luce una blusa verde pálido que termina en dos puntas, bien abajo de su garganta. La abertura entre ambas puntas, cuando éstas caen, deja ver el nacimiento de su seno. Habla y se empeña vanamente en que dichas puntas se unan arriba. O'Judá la inunda con su mirada de doncel, pero Adelfa de tanto empeñarse en unir las blandas puntas, consigue, aunque no es esa su intención, que O'Judá admire sus pechos. Siente una deliciosa confusión, se ruboriza y piensa que es un degenerado. Al rato Adelfa olvida su exquisito pudor y se inclina. El tímido O'Judá se recrimina porque vuelve a mirarla y algo más ve de su belleza enclaustrada.

Ocampo se aproxima caviloso como si temiera un

agravio. La criatura de July anda suelta no lejos de su madre.

—¡Ven! —dice Ocampo al muchachito y éste por miedo o seducción se le acerca. Ocampo lo coge de una mano y lo lleva por aquí o por allá. Después lo toma en brazos y le muestra cosas, hasta le hace morisquetas.

—¡Qué extraño! —exclama July—. Nunca se va con nadie. ¡Henry, ven!

Henry no responde.

July va en su busca y lo arranca de los brazos de Ocampo, sin mirar a éste. Henry llora y Ocampo reinicia su paseo con el libro en alto.

—Señor Cachemirian, ¿qué es el señor Ocampo?

—No es fácil saberlo. Rara vez habla y si abre la boca es para alabar un bosque que ha plantado.

—¡Qué raro! Los argentinos que he conocido hablan mucho y fuerte.

—Supongo que Ocampo es de provincia, es hombre de pluma, un letrado. Lo vi con un libro sobre el BÉlice. Para mí que se dirige a Centro América, pues Argentina reclama las Malvinas y querrá meter bulla en combinación con Guatemala. ¿Bermúdez no le inspira curiosidad? Dice que anda de paseo, que desea dibujar pero sospecho que se encamina a Colombia, en seguida a Venezuela y de ahí al Ecuador. Bolivia está en campaña para salir al mar. Bermúdez les hará retratos a las señoras de los ministros, de los hombres in-

fluyentes y tratará de parar el golpe por medio de sus dibujos y otros procedimientos que uno ignora. Si se le pregunta algo habla de cómo dibujaba Leonardo de Vinci. Y de ahí usted no lo saca. Viajo a menudo y me hallo con personas que no son comerciantes, ni turistas ni ricos. ¿Qué son entonces? Agentes secretos que van a probar voluntades. ¿Cree que el señor Bustamante es sólo profesor? Nada de eso. Va a luchar en la sombra contra las maniobras de Bermúdez. Es hábil, cae bien, y lo que no consigue con la palabra no le falla con el canto, ni con el piano. Si usted comiera en nuestra mesa se reiría. Ninguno habla de sí, sino de historia, de viajes, cuentan chistes, ponen por las nubes a Leonardo de Vinci o aseguran que el porvenir de América está en plantar bosques. Ni con trago muestran prenda.

No bien aparece don Ventura Bustamante se alegran los rostros. Con él entra la brisa, lo nuevo, la música. Dorothy consiguió que tocara para ella apenas desayunaron. ¡Cómo ha cambiado la anglicana! El paganismo hace estragos en su pecho. En sus ojos, su cutis, sus manos, su busto, sus piernas, trasciende la primavera.

Bermúdez acompaña a Elizabeth y entre los pensamientos insensatos que atraviesan su mente, está el de que si fuera soltero casaría con ella en el minuto siguiente. Más allá doña Consuelo, miss Donaldson y O'Judá siguen el paso de don Ventura Bustamante con

ojos de admiración. Don Ventura cortés, discreto, acompañado, con gestos simpáticos, deja a una y enhebra conversación con otra.

Luego de almorzar el señor Bustamante se queda en su camarote hasta muy tarde. El ecuatoriano confiesa que va a París, aunque no desecha la idea de seguir a Londres donde se estudia más seriamente, y de súbito descubre en el vestido de miss Donaldson una pelusa y la coge. Querría que hubiera más. No lejos Adelfa enseña castellano a O'Judá que, apenas puede, echa una mirada a la distancia. En torno, descontenta, camina la anciana que lo cuida. Si en ese momento Adelfa estuviera por caer al mar ¿lo evitaría? En sendos sillones, adormilados, Amparito, Ramón y doña Consuelo yacen. Esta suele mirar al ecuatoriano, mira a O'Judá, mira a Ocampo y no viendo a ningún otro mira con un matiz de fastidio a su yerno.

Al término de la comida todos van a sus camarotes y ellas regresan muy peripuestas. Los músicos afinan sus instrumentos. Las mujeres con la mirada ansiosa ven entrar a los varones y hacen rápida cuenta de sus posibilidades de bailar.

O'Judá, el bien educado, danza con su protectora. El señor Bustamante se inclina ante doña Consuelo y parten. Ya va girando Mrs. Carolyne con un erguido oficial.

—Y tú ¿qué esperas? —exclama Amparito, que se ha

repuesto del todo. El español sonríe y la conduce. Ocampo se anima también con miss Donaldson. Le conversa en buen inglés que aprendió de niño. Ella se sorprende de que a través de tan áspera apariencia, muestre cierta ternura y, además, que baile igual que si anduviera. Bermúdez lleva a la señorita Adelfa y huele su esencia penetrante. Hablan de lo grato que son los paseos campestres. Dorothy y Elizabeth también van en brazos de sendos oficiales, pero Dorothy, cada vez más en declive al paganismo, no pierde los pasos del caballero Bustamante.

—¡Qué hombre! —afirma doña Consuelo mirando a su yerno sonreír condescendiente—. ¡Y tan señor! Una conversación fina. Nada de lo que dice incomoda. Y al hablarnos su actitud es como para dirigirse a princesas.

Mientras, en donde están los músicos, Cachemirian, Dorothy, Elizabeth, Adelfa, instan al señor Bustamante. Este se contrae ligeramente, mas, en seguida, con gesto amable ¿consciente? Los músicos siguen canturreando y más atrás la concurrencia resuella y habla. Reaparece don Ventura Bustamante y nadie chista. Pasa al pianista unas partituras y al instante se oye una canción de Manuel de Falla. El señor Bustamante se queda unos segundos inmóvil, y comienza a cantar con su voz grave, que en el cante adquiere un acento no sólo emotivo, sino dramático. Todos se conmueven y cuando termina hasta lágrimas brillan en los ojos. ¡Oh,

que cante algo más, por favor! Y el señor Bustamante arrebatado por el calor de sus oyentes, hace una indicación al pianista. Nadie respira. Canta ahora una melodía granadina y, en las notas altas, su voz oscila dolorosamente.

Ya no es sólo emoción lo que transmite, es como si tocara las entrañas de cada cual. Cuando su voz se dispara nuevamente hacia la altura, se convierte en un sollozo continuado, interminable, da unos pasos y se deja caer en una silla. Acuden las mujeres y don Ventura Bustamante sigue sollozando por un momento, tremendamente afectado. Cuando logra ponerse en pie, Dorothy y Elizabeth lo acompañan a su camarote.

Para varios está próximo el puerto final. Bermúdez en un extremo del salón termina el retrato de la hermosa Elizabeth. Cachemirian anda por cubierta tras alguien que lo escuche. Cayetano Ocampo lee con rostro aburrido un largo informe sobre las Malvinas. Don Ventura Bustamante pasea en compañía de Dorothy a lentos pasos. Su ataque de llanto, que dejó inconclusa la canción, se debió según confesión de Dorothy, a que Bustamante se emociona con su propia voz y, a pesar de cuanto se esfuerza por mantenerse sereno, termina llorando y queda deshecho. La colombiana trajina con dos de sus nueras llevando maletas. Ramón entre Amparito y doña Consuelo escucha a ésta:

—Porque, Ramoncito, fuera de comer algo bueno,

podemos en Panamá comprar regalos para nuestros parientes. No es cosa de llegar con las manos vacías.

—Paseen ustedes. Iré a juntarme con Rosita para que termine de enseñarme el punto escocés —dice Amparito. Rosita trae a su chiquillo de la mano. Acaba de darle de comer a su perro. Tiene ya ordenados sus enseres. Se queda en Panamá. Allí su marido, que es ingeniero del Canal, la espera.

—Dicen que los negros huelen mal. ¿Será verdad? —pregunta Rosita a Cachemirian.

—Los negros nos hallan olor a trementina. ¡Ellos! Y los chinos dicen que olemos a podrido. ¿Qué le parece?

En seguida Rosita enseña a Amparito el punto escocés, sin perder de vista a su movedizo muchacho. Y cuando éste se acerca a la borda, corre y exclama:

—¡Tú me llevarás a la tumba!

Desde las ocho los camareros no cesan de subir maletas a cubierta. El barco está entrando a puerto. A las nueve suben los aduaneros y se instalan a revisar la documentación. Hay entre ellos dos hombres grandotes, con rostros aniñados, seguramente norteamericanos y también está el lenguaraz español. Quien primero se adelanta es Rosita. Trae un perro con cadena. Varios envoltorios, entre éstos un cesto y dentro un gato negro:

—¿Pero usted no ha declarado el gato? —exclama, severo, el lenguaraz.

—¿Y cuándo me dio usted formularios para gatos?  
—responde Rosita.

El lenguaraz no encuentra qué contestar y se limita a mirarla con profundo desprecio. Uno de los aduaneros indica que tanto el perro como el gato quedaran en la aduana, en sanidad.

Después de una larga hora termina la revisión y muchos bajan. El caballero Bustamante, Ocampo y Bermúdez se desean incontables felicidades y se despiden con implacable amabilidad. Vuelven a encontrarse en la aduana pero no se miran.

Al anoecer, Bermúdez que buscó habitación en un hotel alejado del tránsito, entra al comedor. No abundan los parroquianos, mas allí están Cayetano Ocampo y el caballero Bustamante. ¡Qué buena sorpresa! dicen todos, aunque sus rostros reflejan encubierto fastidio. Cada uno se vino al hotel de Efemérides seguro de no encontrarse con ningún conocido. Comen, conversan y hasta ríen. Uno de ellos comenta lo revuelta que está China. Es la salvación. Lucha por expulsar a los japoneses, pero hay generales que guerrean por su cuenta con un par de cañones. Al parecer hasta existe un ejército comunista. ¡Si han trasladado toda la Universidad al interior de China, cada estudiante con su carga! ¿Adónde no llegarán los seiscientos millones de chinos, aunque carezcan de armas? Durante dos horas lo exponen todo, lo analizan todo y se muestran preocupados del porvenir de la raza amarilla.

Un italiano moreno, bajo, macizo, de cabellera gris con manchones blancos, y de mirar sombrío, vigila el movimiento de los mozos. Viste como un cocinero.

En el amplio recibimiento del hotel la señora del italiano moreno está sentada. Es blanquísima, flaca, rubia, entrada en años; otrora fue soprano. A ratos se levanta para atender a un pasajero.

Al término de la comida se despiden los amigos con un ¡buenas noches!

Cuando Bermúdez, en la siguiente mañana, baja a desayunarse no encuentra en el comedor al caballero Bustamante ni a Cayetano Ocampo. Averigua y le responden que ambos, uno antes que el otro, partieron temprano. Bermúdez se queda allí y sale a tomar apuntes mañana y tarde. El hotel conserva su buena apariencia, pero por dentro está descuidado. La mantelería tiene piquetes y parches. Bermúdez permanecerá allí hasta saber qué rumbo ha tomado Ocampo y el caballero Bustamante.

Descubre que el italiano y su mujer no se hablan. El se encarga del comedor y aloja fuera. Ella atiende los dormitorios y recibe a los pasajeros. El muchacho, que está junto al teléfono, sirve de comodín; transmite lo que un cónyuge quiere comunicar al otro. Tienen un hijo, ya grande, casado, que habita en una ciudad del interior.

En la tarde, alrededor de las cinco, Bermúdez ve llegar al italiano. Este se sienta en una plazuela que hay

frente al hotel. Lo acompaña una mulata de buen parecer y dos niños que juegan a la vista de ambos. Conversan largamente. Mientras, sentada en su sillón de brazos, la dueña mira con dormida ira al conjunto. En los largos años de bigamia de su marido lloró, maldijo y gritó cuanto pudo. Ahora sólo le queda un poco de odio en la mirada. Por fin el italiano posa la mano en la cabeza de su mulata, hace carantoñas a sus oscuros chicos y atraviesa. Entra al hotel sin ver a nadie y se mete en la cocina.

Esta obra se terminó de imprimir el 4 de julio de 1968, en los talleres gráficos de la Editorial Nascimento, Arturo Prat 1428, y trabajaron en ella, don Alfredo Beltrán, litotipista; don Luis Muñoz, cajista; doña Eliana Collado Martí, correctora; don Miguel Campos, prensista; don Manuel Valenzuela, doblador; don Pedro Miranda, alzador; don Fernando Sáez, cosedor; don Eduardo Fabar, entapador; don Carlos George-Nascimento Márquez, gerente,

paralelo de las ciudades van convirtiéndose a todo prójimo en persona anónima, desconocida, extraña para los demás y aunque pululen y se rocen al desplazarse de un lugar a otro, son desconocidos, igual que sombras. En **Necesidad de Compañía**, desde varios ángulos, José Santos González Vera presenta la angustia avasalladora de la vida solitaria.

El autor ha publicado también: **Vidas Mínimas** (novela); **Alhué** (novela), obra que cumple 40 años de editada; **Cuando era Muchacho** (memorias); **Eutrapelia** (ensayos); **Algunos** (biografías); **La Copia y Otros Originales** (relatos); **Aprendiz de Hombre** (selección con sentido biográfico, hecha por Enrique Espinoza).

PRINTED IN CHILE

---

FABRICACION CHILENA